

EDUARDO BECHARA BARACAT



PATRIA DEL VIENTO

*Ediciones del Boulevard*



Deán Funes, una ciudad argentina de pasado glamoroso, es el lugar en el que Eduardo Bechara Baracat ubica un conjunto de cuentos que exploran temas como el arte, la muerte, el fracaso, la identidad, la modernidad y el olvido. A través de personajes marginales, políticos truhanes, ancestros heroicos, guitarreros bohemios y artistas, el autor se adentra en la existencia humana. Lo lúdico, lo inocente, lo fantástico y demás emociones que se pierden con la llegada de la adultez, son abordadas a través de las voces narrativas que convergen en un mismo lugar geográfico.

*Patria del viento*, segunda obra del autor, es un manifiesto a favor de la memoria de aquella tierra que cobija la infancia y marca a sus habitantes con lecciones que permanecen en sus vidas. Fue escrita en los bares y los andenes, frente a las sierras y rieles de una ciudad ferroviaria. Estos relatos comenzaron a existir en las madrugadas frías y ventosas del invierno, con aquel compañero de siempre que aúlla al chocar contra las fachadas y nos recuerda que somos endebles y tristes, pero, en ocasiones, también fuertes y felices.

Se terminó de escribir en Frías, Santiago del Estero, en la penumbra nostálgica del lobby del hotel Biarritz, una tarde de septiembre del año 2011.



Eduardo Bechara Baracat nació en Deán Funes, provincia de Córdoba, República Argentina, en 1975. Es Licenciado en Administración de Empresas por la Universidad Blas Pascal. En los años 2003 y 2004 realizó la maestría en Administración Pública en la Universidad Americana de El Cairo, Egipto. Ha escrito ensayos sobre política y economía. Entre los años 2003 y 2006 se desempeñó como editor en Jefe de las

revistas *El Gouna Magazine* y *Taba Heights Magazine*, publicadas en El Cairo. Durante el mismo período, colaboró con la revista política *Cairo Magazine*, censurada por el gobierno egipcio. Ha vivido desde el año 2000 transitando varios países, consagrándose a una vida nómada. Su primera obra se llama *Creaturas del mandala*. *Patria del viento* es su segundo libro.



# PATRIA DEL VIENTO

Bechara Baracat, Eduardo

Patria del viento.- 1ª ed. - Córdoba: Ediciones del Boulevard,  
2012.

168p.; 21x14 cm.

ISBN: 978-987-556-364-3

1.Narrativa argentina. 2.Cuentos. I. Título  
CDD A863

© 2012, Eduardo Bechara Baracat  
eduardo.bechara.baracat@gmail.com  
www.eduardobechara.wordpress.com  
Bogotá - Colombia

© 2012 Editorial Escarabajo Ltda.  
escarabajoeditorial@gmail.com  
www.escarabajoeditorial.com  
Bogotá - Colombia

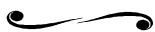
© 2012, Compañía de Libros S.R.L.  
Ediciones del Boulevard  
Rosario de Santa Fe 535  
X5000ACK - Córdoba - Argentina  
Tel./fax: (54 351) 425 8687  
E-mail: ediciones@delboulevard.com.ar  
www.delboulevard.com.ar

ISBN: 978-987-556-364-3

Arte de tapa: *El vuelo*, del artista deanfunense Sebastián Olmos  
Foto de solapa: Marcos Manzur

Hecho el depósito que indica la ley 11.723  
Impreso en Argentina

EDUARDO BECHARA BARACAT



PATRIA DEL VIENTO

*Ediciones del Boulevard*





*A la memoria de Juan Antonio Bechara Menguedjian*





«Llegas viento, cabalgando sobre carnívoras vacas,  
Anaxitas hambrientas bramando inmovilizan.  
Me ven comida, arrancan mordiscones,  
dejan mis huesos limpios al viento  
lamer a mi esqueleto. Ya mi vida se acaba.  
Mi última palabra será adiós».

Manuel Graña Etcheverry, poeta, profeta hede.  
(A diferencia de profetas vulgares que profetizan futuro,  
él profetiza el pasado y nunca lo acierta).

«Yo quiero que me conozcan,  
del corazón para adentro,  
soy como un niño perdido,  
que anda persiguiendo al viento».

*Persiguiendo al viento*, fragmento de chacarera deanfunense  
de los hermanos Ica y Pepe Novo.

«(...) Arrastra los pies  
incendia su voz a lo lejos.  
Devana el silencio  
se mueve en la danza,  
se mueve (...).».

*El viento*, poema de Guillermo Córdoba Martínez



## PREFACIO

El día que Deán Funes no exista me convertiré en un vagabundo. Mis padres no estarán. Mis hermanos ya no serán los mismos que crecieron conmigo: la madurez habrá endurecido sus expresiones. Otra familia habitará mi casa con sus costumbres, sus batallas y sus aromas.

Escribo estas palabras enfrentado a la suma de mis miedos. Pronto, yo tampoco estaré. Seré parte de la tierra, mi alma, un fósil etéreo del que nadie podrá hacer una inferencia. Ni atacarla, ni entenderla o conocer los detalles de su fugacidad, mucho menos, adivinar el propósito de su paso por el mundo. Tampoco estarán mis fotos, mis amigos, mis mujeres y sus nietos. El mundo cansado y seco dejará de girar. En el final de los finales, el Apocalipsis hará de mi pueblo de leyenda, un campo sembrado de meteoros, una tierra infestada de criaturas del inframundo que absorberán las almas de los vivos con sus lenguas. Las bibliotecas donde mis libros ganarían posteridad, serán incendiadas por una horda barbárica. Las sonrisas que me anestesian se habrán transformado en indiferencia. El olvido sepultará mis plazas con escombros. Todos, tarde o temprano, habremos perdido nuestras esquinas. Antes de eso tengo algunas cosas que decir.

Volví después de una ausencia. Crucé todos los puentes como cualquier peregrino. Mi bolso pesaba veinte kilos, mi vida pesaba veinte kilos. Lo traía lleno de amuletos: libros, discos, fotos y *souvenirs*. Aunque el acento que heredé de los

comechingones asesinados sonaba igual al que pronunciaba antes de irme, yo no era el mismo. Traía el pelo largo con un rodete amarrado en mi cabeza y el yodo de seis mares pintaba mi piel envejecida. Una barba dramatizaba mi aspecto. Saludé con un abrazo a mi gente en la plaza. Algunos bebían café en los bares. Otros, caminaban lento y sonreían, dueños de su tiempo. El sol de mi tierra me calentó el alma.

Los amigos, el arte y la bohemia, esperaban para despertar en cualquier momento. Le grité al cielo:

—¡Es bueno irse para saber lo que es volver!

Volví a la cuna de mis trenes, esos gigantes dormidos sobre un ramal de vías que abrazaba al país. Todo parecía igual aunque todo había cambiado. Muchos habían desalojado de sus rostros la inocencia, y la habían reemplazado por el rictus que da la gravedad de existir. Me refugié en mi casa, deambulé por mis calles, me di cuenta que conservo en mis ojos el destello de una infancia de amores truncos, amigos entrañables, plazas abiertas y estrictos códigos de barrio.

Parado frente a los edificios del casco céntrico, quise reconstruir historias de lejanía. Sumido en el invierno le indagué a mi corazón por su insatisfacción maniática. Me contestó que el mío no era el único corazón insatisfecho. Añadió que es imposible cambiar de naturaleza.

Estas líneas llevan la sal de mi suelo. El mismo que cobija a mis ancestros. Quiero compartirlas antes de que sea tarde. Lo haré para celebrar la vida que me queda. Si hay algo de noble en mí, el viento de Deán Funes lo extrajo de lo profundo de mis huesos.

Sé que aquí me espera una lápida. Antes de eso, mi tierra me salvará del abismo. Pueden llamarlo fe.

*Eduardo Bechara Baracat, septiembre de 2011*

## EL PAN DE LOS ATALA

### **Ingredientes:**

- 1 kilo y medio de harina
- 200 gramos de manteca
- 0.50 gramos de levadura de cerveza
- 3/4 litro de leche
- 1 huevo
- Un pocillo chico de aceite de girasol

Abro los ojos. Los detalles de una pesadilla me han causado taquicardia. Manejaba un auto por una ruta oscura. Un niño vestido con un traje de terciopelo bordó y un violín en la mano, me miraba con ojos que ardían como fuego. Intenté acelerar y dejarlo atrás. Pisé el pedal a fondo, el auto rompía el viento, el velocímetro subía en el tablero, pero el niño seguía atrás. Aceleré hasta que el motor no daba más y el niño seguía atrás, siempre seguía atrás... Al final me pareció escuchar su voz. Me preguntaba de qué huía...

Intento recordar la respuesta pero se me escapa de vuelta al inconsciente. Entre el sueño y la vigilia existe un limbo en el que no distinguimos los prejuicios ni las culpas. Mi boca está pastosa y un gusto acre se ha asentado en el fondo de mi lengua. Algunos rayos de luz se cuelan por la persiana desenrollada. Debe ser mediodía. He descansado unas horas después de un sábado entero de farra. Respiro un vaho de vino extendido en el ambiente de mi cuarto. Siento una incomodidad en las yemas de los dedos de mi mano izquierda

aunque no llega a ser dolor. Toqué mi guitarra por veinte horas y canté hasta agotar mis cuerdas vocales. Hicimos chacareras, gatos, carnavalitos, huaynos y zambas.

Algunas de mis canciones favoritas han sido compuestas por músicos de Deán Funes, como Ica Novo, Héctor Choya Pacheco, Martín Bravo, Marcos Manzur y Claudio Pacheco, aunque en mi cabeza aún resuena *Sueñero*, del rosarino Jorge Fandermole.

El techo de mi cuarto da vueltas. Necesito agua. Al levantarme, evalúo el nivel de daños colaterales. Ya no soy un veinteañero, pero aún persigo la musa de la noche. Palpo la boca de mi estómago. Una corriente de dolor se propaga por el costado derecho de mi abdomen. Ahí debe quedar ubicado el hígado o el páncreas. Me pongo de pie con mucha lentitud. Abro la ventana para ventilar. Tiro de la correa y la persiana se enrolla largando un ruido a madera golpeada. El iris se me contrae. La luz me arruga el ceño y se proyecta contra un cuadro de Silvia Solohaga, una artista que decidió radicarse en mi pueblo.

El cuadro, de tipo surrealista, exhibe un rostro felino con rasgos humanos y unos ojos que transmiten melancolía. Todos tenemos un lado triste y animal. Sigo escuchando la estrofa de aquella canción: «Sueñero jinete sin descanso / sueñero sobre un papel en blanco / sueñero centinela de mi alma / sueñero duérmete y dame calma».

Me enfundo unos jeans y salgo del cuarto silbando. En verano mi casa huele a madera. Las especias y perfumes de medio siglo anidan en los recovecos, muebles y paredes. Cada familia tiene su aroma como un sello. Llena el ambiente como un habitante. Es parte de su historia.

Mientras me cepillo los dientes escucho la voz de mamá. Me llega de la cocina. Es posible que esté hablando con

alguien por teléfono. A veces pienso que ella es la principal responsable de mi vocación de escribir. Ensayaba en casa, con los actores de mi pueblo, obras de Alejandro Casona, Lorca, Chejov y Abelardo Castillo. En *Los árboles mueren de pie* repetía con diferentes niveles de entonación las escenas en las que Mauricio e Isabel, una pareja de impostores de corazón noble, relataban sus viajes imaginarios. Varias veces he encontrado escondidos en los cajones poemas escritos con su letra. Llenaba de libros las repisas de mi cuarto con la esperanza de que alguien los leyera algún día. Uno que otro terminó en mis manos. Mi papá colaboró otro tanto en la definición de mi oficio. Él se iba a jugar al póker, desaparecía noches enteras y volvía oliendo a mujeres, con aliento a trasnoche y contando unas ficciones enrevesadas en su defensa. Le salían con mucha fluidez. En su tienda, tomaba los zapatos en las manos, se paraba enfrente de los clientes y los mostraba con la boca llena de argumentos y monólogos convincentes. Inventaba propiedades curativas para que los compradores se los llevaran. Mi papá me contaba una y otra vez, en medio de risas, su batalla cuerpo a cuerpo con un rinoceronte y un león, en algún país —podía ser africano—, adonde solo se podía llegar a través de la «puerta de Erk». Comentaba, con tono erudito, su alianza con el jefe comechingón, el cacique «Toro Sentado», y la forma en que derrotaron a aquellas bestias usando los poderes del bastón de mando Simihuinqui, hecho de piedra «litis». Me explicaba en diferentes versiones repletas de contradicciones, cómo salvó su vida después de una batalla de tres días, y cómo cicatrizó sus heridas con compresas de «palán-palán», aplicadas por el chamán de la tribu.

Su muerte agrietó a mi familia. Produjo una falla que rompió el asfalto de la ruta nacional, tiró las torres metálicas

de alta tensión, quebró el gasoducto, acabó con los flamencos de San José de las Salinas, y destiñó los loros subidos a las ramas de los naranjos de Frías, para después convertirse en lluvia ácida llegando a Purmamarca. Mi familia, tal como existió en mi infancia, es un recuerdo lejano. Jamás me recuperaré de la tragedia de haber crecido.

A mi vocación dramática la absorbí atrincherado bajo alguna cama o encerrado en algún placard, esperando a que mis papás dejaran de rugirse como dos titanes enfurecidos. En medio de esas batallas también los vi quererse mucho. Es un milagro que tanta emocionalidad haya tenido en mí tan pocos efectos. Tal vez una ligera fobia al compromiso, o un ligero malestar cuando escucho la palabra rutina. Ser quien soy me ha garantizado una ligera angustia perpetua.

Camino desde el baño hacia la cocina por un pasillo. *El estanque* de Martín Santiago cuelga de la pared blanca. En el cuadro predominan los azules y el rojo, aunque el motivo —un estanque invadido por árboles—, permanece oculto hasta que tomamos distancia de la obra. Abro la puerta. Mi mamá prepara alguna comida sobre la mesa redonda de madera. Le doy un beso.

—¿Qué estás cocinando?

—Quiero hacer el pan de tu tatarabuela, Mariam de Atala.

—¿Tengo una tatarabuela?

Me siento, cruzo las piernas y froto mis ojos.

—Todos tenemos una. —Abre dos paquetes de harina de un kilo con sus manos de dedos finos y largos, y los pone en un recipiente—. En 1865 Mariam Saleme se casó con Youssef Atala y construyeron una casita en el centro de Sadad. Era una mujer de ojos almendrados y piel morena.

—¿El abuelo Chaia no viene de Sadad también?



—Exacto, de ese mismo pueblo de Siria viene el papá de tu papá.

Hace un cuenco en medio del montón de harina. Rompe un huevo en el filo del recipiente y lo vuelca en un pocillo con aceite de girasol. Mezcla el contenido del pocillo y lo echa en el cuenco.

—¿Fuiste alguna vez?

—Nunca. Pero es conocido. El Antiguo Testamento lo nombra dos veces. Antes tenía ríos, pero se secaron. Ahora es un paraje desértico.

—¿Y qué pasó con Mariam?

—Quería ser mamá. Lo había querido durante cinco años pero no podía quedar embarazada. Iba a la iglesia, lloraba, levantaba los brazos al cielo y decía: «¡Dios! Dame un hijo». —Mamá baja sus brazos y espolvorea una cucharada de sal fina en el cuenco de harina—. Mariam se arrodillaba enfrente de la cruz de la iglesia ortodoxa y negociaba con Dios: «Aunque sea dame una hija».

—En esa época estaban obsesionados por hacer varones.

Me desperezo, saco una jarra de agua de la heladera y me sirvo un poco.

—Las guerras religiosas habían acabado con casi todos los hombres. Y no había quién fecundara a las mujeres —agrega mamá al sacar una caja de leche.

La abre y vierte un poco sobre una olla.

—Qué escenario triste y bello —digo y bebo el vaso de un golpe.

—Consumida por la tristeza de no quedar embarazada, asistía a la iglesia sin perder la ilusión. Levantó los ojos hacia el cuerpo raquítrico de un Jesús sufriente y suplicó con la voz cortada por el llanto: «una hija, señor, aunque sea con

un solo ojo». Pasaron varios años en los que el cielo parecía haberla olvidado.

—Imagino el bajón anímico del tatarabuelo Yousseff. ¿Le puedo decir así? —pregunto en broma.

Mamá sonrío. Pone a entibiar leche sobre una hornalla y la vierte en un recipiente.

—Mariam se cansó de esperar. El día en que debía menstruar combinó una mezcla de harina, huevos, sal y aceite, con *mahleb* (una especia que se compra hasta hoy en la feria de los domingos), y la amasó con un ingrediente adicional: arsénico. Sacó el pan del horno, fue hasta su cuarto y se sentó en la cama. Con el pan en la mano, presta a terminar su vida de un mordisco, esperó a ver la sangre manchando su ropa interior.

—¿Le vino?

—Ese día no se indispuso y decidió guardar el pan dentro de una caja de madera donde tenía la imagen de la virgen santificada por el patriarca de la iglesia Ortodoxa, el padre Boutros Khalil. Al día siguiente tampoco se indispuso... A los dos meses, en medio de vómitos y mareos, Mariam confirmó que estaba embarazada.

—¡Buenísimo! ¿Fue varón?

Mamá mezcla unos doscientos gramos de manteca con leche y los derrite en un cuenco.

—La llamaron Cherine Atala. A los tres años de edad perdió un ojo al recibir una pedrada jugando con sus primos. Mariam no protestó. Dirigió las palmas hacia la cúpula de la catedral y le agradeció a Dios frente a la mirada atónita del resto de la comunidad.

Mamá amasa la mezcla y sus manos se cubren de una pasta espesa que va tiñéndose de amarillo.

—La apodaron «la loca Mariam». Nadie conocía el pacto

que ella había realizado con Dios. Al poco tiempo, Cherine murió de fiebre amarilla.

—Esta vez se debe haber querido matar en serio.

Mamá continúa amasando con las manos firmes. Niega con la cabeza y comprime los labios.

—Dejó de comer por veinte días. Con sus últimas fuerzas, preparó el pan de nuevo. Esta vez le echó el triple de veneno.

Mamá separa una enorme bola de masa y la cubre con un mantel para dejarla leudar. Me levanto y camino al baño. Orino escuchando el sonido del chorro golpeando el agua. El eco rebota en las paredes cubiertas por azulejos negros. El viento se cuele por la banderola agitando una pequeña telaraña. Este recinto conoce las intimidades de mi familia. Me siento un poco mejor, aunque mis ojos están hinchados. Sacudo, me cierro la bragueta y aprieto el botón de la descarga. Me lavo las manos y vuelvo a la cocina. Mamá toma un encendedor, gira la espuela metálica y enciende el horno. El volumen de la masa exhibida sobre la mesa se ha duplicado.

—¿Se lo comió y cayó muerta? —le pregunto.

—Lo sacó del horno de barro y se desmayó. Al verla tirada en el suelo Youssef la levantó en brazos, la llevó al cuarto y la dejó tendida en la cama. Volvió a la cocina, inspiró el perfume a pan recién horneado y se le hizo agua la boca. Lo tomó en sus manos y sintió la superficie tibia. Le hizo unos cuantos bocados y murió a las dos horas.

Mamá separa la masa leudada en seis bollos y amasa uno de ellos.

—¿Mariam se mató después de él?

—Se encerró a llorar su amargura —añade mamá amasando otro de los bollos—. Se sentaba en una silla al lado de la ventana y observaba los atardeceres del desierto. El dolor

en el alma le hizo olvidar que ese día no se había indispuerto, ni tampoco lo haría el día después...

—¡No me digás!

—Poco después nació un varón sano y hermoso. Lo llamó Baher.

—Lo debe haber cuidado como si fuera de cristal —digo sirviéndome otro vaso de agua. Lo tumbo entero en mi garganta.

—Lo bañaba varias veces al día por más de que el agua escaseara. Lo sostenía en sus brazos y lo amamantaba de forma compulsiva. Nadie más lo podía cargar, ni siquiera sus hermanas, de modo que Baher creció vigilado todo el tiempo por Mariam.

Mamá acaba de amasar el último de los bollos y estira la masa. Toma un palo y lo rueda hacia adelante y atrás hasta dejarla achatada como un plato.

—¡Falta que Baher haya muerto!

Repite el procedimiento de achatado con el resto de las porciones. Toma mi vaso, hace un trago de agua. Inspira y sigue.

—Cuando Baher tenía siete años de edad lo mandó a buscar agua al aljibe con dos baldes vacíos. Lo vio tirar de la soga con destreza y escuchó el chillido de la polea girando al bajar los baldes.

—¡Baher se cayó al pozo!

—Hijo, estás obsesionado con la muerte. Siempre lo estuviste. Si Baher se hubiera muerto no estarías aquí. —Se acomoda los lentes y continúa—. Parado en la boca del aljibe cargó ambos baldes en sus manos y caminó de vuelta bamboleándose por el esfuerzo. Caminó a través del sendero pedregoso hasta llegar al lado de su mamá. Los músculos de sus brazos eran duros, como la piedra. No había niño más fuerte en Siria. Con

la respiración agitada y el sudor en su frente, levantó la blusa de su mamá. Tomó el pecho con las dos manos, lo apretó y comenzó a succionarlo. Lo hizo con una fuerza tal que provocó lágrimas en Mariam. «*¡Omi akalt bassal!*» protestó Baher antes de comenzar con el otro pecho.

Mamá achata el último pedazo de masa.

—¿Y... qué significa *omi akalt bassal*?

—¡Mamá, comiste cebolla! —al decirlo teatraliza la cara de Baher.

—Era un tipo de carácter este Baher.

—Sí que lo era, hijo. —Abre un cajón y saca un tenedor—. Creció y se convirtió en líder de un grupo de jóvenes de Sadad. Colaboraron en la refacción de algunas de las catorce iglesias que se erigen en la ciudad. Pero la pobreza y la falta de trabajo hizo que decidiera abandonar su pueblo natal en busca de un futuro, al igual que el resto de los que dejaron *il bled* —añade pinchando con el tenedor los pedazos achatados de masa.

—¿Cómo fue que la receta del pan terminó acá en Deán Funes?

—A los dieciséis años Baher subió al techo de su casa con el colchón sobre su espalda. Lo estiró en el aire, lo arrojó al suelo y gritó con todas sus fuerzas: «*¡Yalla América!*». —Mamá alza sus brazos al decirlo—. Ese ritual es famoso entre los que decidieron emigrar. —Busca una asadera en una alacena y consigue sacarla en medio de un sonido de ollas—. Mariam lo despidió desolada. «Mi muchacho, mi muchachito», le prodigaba bendiciones. En el anverso de la postal de Nuestra Señora de Sadad, escribió la receta del pan con el que no pudo envenenarse. Le agregó una dedicatoria: «Cuando prepares este pan, sentirás el sabor de tu tierra y las caricias de tu madre. Enséñaselo a la mujer que elijas. Que sea árabe». Baher se subió

a bordo de un vapor de bandera otomana y partió rumbo a Buenos Aires —dice al acomodar los panes en la asadera.

—¿Acabó en Buenos Aires?

Me sirvo más agua, empino el vaso otra vez, la bebo de un golpe, los ojos se me ponen vidriosos y eructo.

—Se trasladó a Córdoba, como muchos árabes. Se convirtió en un comerciante próspero de la ciudad de Mina Clavero. Fue intendente. Era un tipo muy querido. Tuvo un hijo: tu bisabuelo Pedro Atala.

Abre la puerta del horno y comprueba que está a ciento ochenta grados.

—¿El famoso Pedro «Pito de Oro» Atala?

—¡El mismo! Reconoció a diez hijas mujeres, todas llamadas María, y a tres hijos varones de diferentes madres, todos llamados Fortunato. Él es el papá de tu abuela María «Chabela». Ella fue la que me enseñó esta receta.

Mete la asadera en el horno, cierra la puerta y se sacude las manos.

—Pedro fue el papá de demasiada gente —comprimo los labios.

—Mirá hijo, hay rumores de que casi toda el área de Traslasierra tiene un poco de sangre Atala. Era un mujeriego irrefrenable.

Camina hasta el lavabo, abre la llave y con movimientos parsimoniosos se despega la masa adherida entre sus dedos.

—Ahora me dio hambre. Quiero comer ese pan, mamá.

—Vas a tener que esperar media hora hasta que lo saque del horno, hijo. —Se acerca y estudia mis ojos enrojecidos por el trasnoche—. Te servirá para la resaca. Este pan levanta muertos —concluye y pellizca mi nariz.

# LOJAIJÚ

## I

Descubrir la masturbación sepultó mis sueños de ser astronauta, presidente o estrella de rock. La primera vez que sentí un orgasmo fue como si una usina descargara su energía en mi pelvis. Tenía once años. Lo recuerdo con nitidez porque otro evento importante ocurría simultáneamente: Maradona metía un gol contra Inglaterra. Ambos usábamos la mano para ganar un poco de satisfacción. Luego, él anotaría el gol más increíble de la historia, ganaría un mundial y se coronaría semidiós entre los humanos. Nada fue igual después de eso.

## II

Dos años después decidí actuar. Mi primo me dejó en la puerta y huyó haciendo rechinar las llantas de su camioneta sobre el asfalto. Respiré contra la palma de mi mano para revisar mi aliento. Achaté mi peinado dividido con una raya al costado, contra el cuero cabelludo. Un camión que transportaba ganado transitó sobre la ruta sesenta, chorreando la bosta líquida que rebalsaba por el piso del acoplado. El calor de la siesta de verano sumía a Deán Funes en el sueño. Me agaché a limpiar con un pañuelo una vieja mancha de helado sobre la punta de mis zapatos blancos de domingo. «Roxa-

na», decía el cartel pintado con caligrafía descuidada sobre la pared. Bajo el nombre, alguien había dibujado una mujer desnuda embutida en la cavidad de una copa de Martini. A su lado escribieron una leyenda: «Te darán besitos...».

No lo consulté con nadie. Supe que ocurriría y nadie podría impedirlo. Estaba lanzado como un meteoro y era imposible volver sobre mi trayectoria. Abrí la puerta de madera y sonaron los cascabeles metálicos clavados al dintel. Las persianas bajas mantenían todo en penumbra. Adentro, el calor dio una tregua. Un tipo grandulón con cara de malo bebía whisky detrás de una barra. Mis amigos me habían advertido que se llamaba Iván. Sentí el peso de su mirada en el brillo de sus ojos irritados. Me dirigí hacia él con pasos cortos. Chupó la última pitada de un cigarrillo, lo tiró al piso sin apagarlo y al exhalar, formó con los labios un redondel por donde salieron círculos perfectos.

—¿Qué buscás pibe? —dijo Iván con el mentón levantado.

Su voz era más ronca de lo que había imaginado. La piel de su rostro estaba marcada por cicatrices de acné.

—¿Cuánto cuesta estar con Roxana? —pregunté con voz tembleque.

—Todas se llaman Roxana. La media hora vale un palo —dijo con el índice levantado.

El olor a cerveza impregnaba las paredes. La cuerina rasgada de un sofá desvencijado mostraba retazos de goma espuma. El resto de muebles estaban teñidos por quién sabe qué líquidos derramados en peleas de borrachos. El grupo de cuarteto Chebere, sonaba con sus arreglos de trompetas llenando el vacío del recinto. Del techo pendía una bola giratoria hecha con pedazos de espejo. Figuras de luz se alargaban y contraían contra las paredes y el piso. «Velocidad /



ayúdame para olvidarla / porque esta vida / siento extraña / ¿dónde te has ido? / ¿dónde estás?...», preguntaba la voz del cantante con dramatismo al compás de las congas echando su eco en los muros.

Saqué mi billetera. En los ochentas, cualquier argentino podía tener un millón. En pocos años las tasas de inflación le habían agregado como diez ceros a la moneda. Mil eran una luca, cien una gamba, el millón un palo.

Conté diez billetes de cien mil y se los di. Iván, quien moriría en una prisión de Buenos Aires, a la que llegó acusado por narcotráfico, no se inmutó al recibirlos. Encendió otro cigarrillo y me pidió que lo acompañara. Caminamos por un pasillo hasta el patio. Seguimos rumbo a unos cuartos a medio terminar, que se divisaban al final del recorrido. Una higuera proyectaba su sombra alargada encima del sendero. La maleza abrazaba unos hierros clavados al piso que sobresalían del hormigón. El sol de las tres de la tarde fusilaba el suelo desgranado y sin baldosas. Por alguna razón, probablemente de origen psicosomática, yo sentía frío. Al final del recorrido, Iván golpeó la puerta despintada de una pieza. Una morena de un metro cincuenta la abrió. Vestía una bombacha negra diminuta que insinuaba la hendidura de su vagina. Los pechos inflaban una camiseta blanca de algodón que traslucía las areolas. Se apoyó en el marco poniendo un pie sobre otro. Su uñas estaban pintadas. Un hilo gris serpenteaba en el extremo de su cigarrillo y desaparecía en la atmósfera. Sonrió, se llevó el cigarro a la boca y exhaló el humo masticando chicle. Me tomó de las manos y me guiñó el ojo.

—Creo que está cero kilómetro —le dijo Iván.

Estiró su labio inferior en dirección al cuarto y me indicó que entrara. (Iván era un tipo muy experimentado en su profesión).

Ella cerró la puerta y repasé la habitación sin ventanas. El baño estaba sin puerta y el inodoro sin tapa. Una cadena herrumbrosa colgaba al costado del tanque plástico de descarga. Las cañerías goteantes producían un murmullo de río lejano. Hacia el centro del cuarto, las telarañas se descolgaban desde el techo hasta un cable que alimentaba una bombilla de luz roja, cubierta de polvillo. Un espejo circular con contorno de plástico colgaba de la pared. En su reflejo aparecía yo junto a la mujer que me convertiría en hombre.

—¿Estás bien? —preguntó con acento extraño.

—Ajá —dije.

Tragué saliva. Detallé sus caderas y descanse la mirada en sus labios rojos y carnosos. Sus dientes eran perfectos.

—¿De dónde sos? —pregunté.

—Sacate el pantalón, bebé. —Tiró el cigarrillo en el inodoro y una cucaracha se metió en el resumidero—. Soy de Asunción del Paraguay.

Llenó una palangana roja con agua. Mis manos sudaban. Estaba por cruzar esa línea: mis últimos treinta segundos de infancia. Ya nada sería lo mismo. Mi inocencia quedaría desintegrada en los pliegues de las sábanas de aquel burdel. Penetrar a una mujer haría que todos mis fantasmas desaparecieran. Eran muchos...

Para mi primera comunión tomé un curso de dos años, donde me prepararon para recibir al Espíritu Santo. Leíamos pasajes de la Biblia, citábamos a los apóstoles, contábamos palomas, panes, peces, milagros y nos admirábamos del poderío bélico de Dios cuando desplegaba su ejército de langostas para arrasar a esa gente desafortunada que, de vez en cuando, lo ofendía con la duda. El día llegó y recibí la salvación con mis dos palmas juntas, mis ojos cerrados, y una seguridad típica de aquel que se ha preparado. Para perder

mi virginidad nadie me explicó nada. No leí ningún libro. La taquicardia agitaba mi respiración. Estaba a punto de recibir la suma de todos los sacramentos. Al mesías, a Dios, a los santos amontonados, y también al diablo. Entrarían en mi cuerpo bailando al ritmo de *La isla bonita* de Madonna, que sonaba con interferencias en una radio cubierta por una carcasa plástica deformada por el calor. El aparato lucía como en penitencia, encima de una caja de cartón envuelta con un pañuelo rojo. Esto también era un salto de fe.

—Me llamo Soledad —dijo.

Sus manos chapotearon en el agua de la palangana. Tiró mi prepucio hacia atrás, y apretó la uretra desde la pelvis hasta el glande en busca de alguna infección. Al terminar, me tomó de la mano y me guió a su cama.

—Yo soy Julito Cortázar. Soy de acá, de Deán Funes —murmuré mientras ella se ponía la verga en la boca.

Me miró con complicidad, dejándome saber que ese momento era algo que jamás se repetiría en mi vida. La tibieza de su boca alborotó mis hormonas. Me entró un cosquilleo. La tumbé de espaldas, se la metí y eyaculé a los pocos segundos con un grito que hubiera enternecido a una abuela. Seguramente ella estaba profundamente conmovida. Me acosté a su lado y clavé la mirada en el cielo raso lleno de manchas de humedad, con una sonrisa férrea de *rigor mortis*, y la certeza de que un espíritu divino me había cubierto con su halo. La abracé, respiré el olor a jabón de su piel y saboreé su saliva con gusto a cigarrillo.

—Creo que te quiero.

Mis ojos brillaron. Los cerré para darle otro beso.

—¿Sabés como se dice te quiero en guaraní? —preguntó con una sonrisa.

Negué con la cabeza.

—Lojaijú.

Iván golpeó la puerta. Con un gruñido nos dejó saber que era hora.

—¡Bueno, Iván! ¡Ya está, ya terminamos! —resopló Soledad.

Se puso de pie. Sacó otra palangana, la llenó de agua y se acuclilló sobre ella con las piernas abiertas. Se echó agua con la mano en forma de cuenco. Tomó papel higiénico, desenrolló un metro, lo dobló en tramos, y se secó la entrepierna. Echó el bollo de papel en un tarro oxidado de dulce de batata. Me vestí. Ese momento no se repetiría jamás. Salí a la intemperie. El sol aún echaba su furia sobre el mundo. Mi primo me esperaba con una sonrisa. Subí a su camioneta con el corazón repleto, listo para contarle que había conocido el pecado y la blenorragia.

## PINTOR DE MI ALDEA

«Nadie puede inventar la primavera».  
Mario Sanzano, paisajista deanfunense

### I

Las luciérnagas encienden la negrura del jardín. El viento vela el sueño de los deanfunenses, produce aullidos prolongados y se cuele por las chimeneas. La luz de la luna traspasa la ventana y mancha con su blancura la habitación. El niño duerme. La penumbra se extiende por los objetos, el escritorio en el que yacen los libros del colegio, el asiento acolchado y los juguetes de madera regados por el piso. El silencio es total. La fiebre ha tejido una pesadilla y arranca un grito de su garganta. Su padre entra, enciende la luz y moja su frente con un trapo.

—Es ese mismo sueño. Los trenes parten desde la estación y no vuelven más. Vos vas en uno de ellos, papá —dice temblando.

—Aquí estoy y no voy a ninguna parte. Intentá dormir, hijo —le dice y besa su frente.

El niño vuelve a dormir y despierta por la mañana por el eco de una voz ronca que llega del corredor. El brote de las flores perfuma el barrio El Palomar. En verano, Deán Funes se tiñe con el rubor de los lapachos y el verde de las tuscas. Su mamá entra en compañía del doctor Zelaya, un hombre alto con un lunar que parece una verruga en el cachete. El médico lo ausculta con un viejo estetoscopio y le hace preguntas.

—Tiene la piel y los ojos amarillos, náuseas, fatiga y dolor abdominal. Es hepatitis —afirma el doctor—. Debe guardar reposo absoluto. Comer durazno al natural y beber mucha agua para purificar el cuerpo. Nada de jugar al básquet o de salir a gomerear lagartijas. El hígado se te podría desintegrar y después tarda en rearmarse —miente al niño para desanimarlo.

Durante los días de convalecencia sus hermanos se mantienen alejados, pasan los días nadando, jugando al básquet y al fútbol en la escuela de verano, y por las tardes remontan barriletes, lanzan trompos y trampean pájaros con ligas.

El niño no aguanta más el aburrimiento, suda a todas horas, da vueltas para un lado y para el otro, siente el colchón hirviendo y su cama es la boca de un animal que se lo está tragando.

Se pone de pie y arrastra sus pantuflas hasta la ventana. Divisa una reinamora asentada en una rama. La luz brillante del verano le da a sus alas negras un tono púrpura. Empaña el cristal con su aliento y dibuja el ave. Con su índice traza cuatro líneas que emiten un chirrido en el vidrio. Busca un lápiz y un cuaderno. Dibuja las margaritas del jardín, continúa con el viejo paraíso, el gomero, el aloe vera, las enamoradas del sol y los geranios. Le agrega una hamaca, dos gnomos y una bruja. Le suma unas pocas nubes al cielo. Acaba con el cuaderno y pinta la abeja reina que liba el néctar de las azaleas en el reverso de las boletas de electricidad. Durante el resto del día dibuja diferentes objetos de la casa: jarrones, vasos, lámparas y sillas. Recuerda el rostro de Carolina, una niña del barrio que lo enloquece de amor pero lo desprecia. Desea que lo distinga entre los demás: que quiera compartir con él una caminata al atardecer. Alucina con aquel beso imposible. Aprieta el lápiz con fuerza y dibuja sus ojos cargados de amor.

—Estos ojos solo podrían mirarme a mí —repite en voz baja con el corazón palpitante.

Sonríe al descubrir que puede transformar la realidad con su destreza.

—Quiero ser pintor —le dice a su papá—. Me gustaría ser como Santiago Terrera, nuestro vecino de enfrente.

—Para ser como él vas a tener que practicar mucho —le responde y acaricia su cabeza—. A dormir, hijo, debés descansar.

El papá recibe una llamada al amanecer. Besa a su esposa, camina en la oscuridad hasta el cuarto de su hijo y le controla la fiebre (por las noches se acentúa). Ceba tres mates amargos y sale rumbo a su trabajo. Debe comandar el rescate de una locomotora a la altura de Quilino. Se monta en el guinche de descarrilamiento y viaja con el viento del amanecer contra su rostro. La máquina cargada de herramientas echa humo y se desplaza por el sendero que bordea un monte de quebrachos y algarrobos. Piensa en su hijo convaleciente, en su propia infancia, la que fue algún día y pasó, como pasa todo.

Encarrilan el tren con los gatos y lo devuelven a las vías. Acaba su jornada de trabajo con satisfacción a pesar del esfuerzo que supone reparar una máquina de ese porte. Camina con pasos cansados por el centro de Deán Funes y siente tristeza al ver el nuevo estilo de la catedral del pueblo. Quedó con un diseño simple: líneas rectas y muros altos, art decó, dicen algunos. Parece una prisión con la garita en lo alto para cuidar a los reos. Por alguna razón el progreso se mueve en una dirección extraña. Acabará con el espíritu que trajeron los inmigrantes al bajarse de los trenes con deseos de echar raíces y embellecer la región. Piensa en la modernidad del siglo veinte llena de artefactos nuevos que proliferan. Entra

en una librería y compra una caja de lápices de colores, una carpeta de hojas lisas apaisadas, y un lápiz negro.

Pide que envuelvan todo en papel de regalo y le pega una tarjeta con una leyenda: «Con esto podés pintar tus primeros dibujos».

El niño recibe el regalo y abraza a sus papás. Apoya la carpeta abierta sobre sus piernas extendidas en la cama. Contempla la hoja y la acaricia. Piensa en aquella superficie limpia como un mundo que pide a gritos existir. Abre la caja de colores y toma uno negro. Reproduce objetos de su casa. Pinta la estufa deshabitada de leña, el chorro de la ducha abierta, las viejas baldosas invadidas de luz. Por las noches lo pellizca la vigilia y dibuja a sus hermanos en las camas. Inventa constelaciones extendidas sobre cielos negros surcados por cometas y asteroides. Enciende una vela y le llama la atención la flama oscilante. Estampa en un dibujo los grumos de cera derretidos.

—Así deben comenzar los grandes maestros —susurra al percibir las intermitencias sutiles en la oscuridad.

La convalecencia acaba y el doctor lo libera del reposo. Se mira al espejo y nota que ha recobrado el color rozagante de su tez. Ignora que su enfermedad produjo un giro afortunado del destino.

## II

Toma el sándwich de milanesa, lo pone en un contenedor pequeño, terea su bolso a través del pecho, se despide de su mamá con una voz que se ha engrosado y sale. El cielo limpio genera una sensación de frío que aminora cuando hay nubes. Baja las mangas de su campera, toma las empuñaduras del manubrio y pedalea con sus piernas largas y flacas.



Al final de la calle pasa frente a la mansión del doctor Moreyra Ross. Su fachada beige de paredes altas, le recuerda a un castillo. Bajo las molduras que adornan la cornisa yace un ojo de buey cubierto por un vitral de tres colores. Una bandada de benteveos se refugia en las palmeras levantadas junto al portal.

Dobla la esquina y pedalea hacia el andén principal de la estación de trenes. Desmonta la bicicleta y se acerca a la sala de control. Los colegas de su papá conversan sobre el paso del gran Pelé por Deán Funes. El Santos viajaba rumbo a Tucumán. Debía tomar una conexión hacia Perú donde disputaría un partido por la Copa Libertadores de América. Entre risas recuerdan cuando el tren tuvo que entrar a mantenimiento y los brasileños, para matar el tiempo, caminaron por el pueblo y jugaron un «picadito» contra los lugareños en el potrero de los Manrique.

Termina de escuchar el cuento y camina hasta la oficina donde debe estar su papá. Otros trabajadores ferroviarios conversan sobre el regreso de Juan Domingo Perón a la presidencia del país por tercera vez, en un lapso de treinta años.

—Dicen que está muy enfermo —comenta un hombre grandote que luce una gorra. Lo apodan «Maleta».

—Si algo le pasa lo va a suceder esa gallega que no tiene ni la más puta idea de nada —agrega uno apodado «Langosta».

—Por más que le haya dado regalos al pueblo, este país no ha hecho más que retroceder. Ya verás de acá a cuarenta años —agrega «El gringo» Montevecchio—. Vos no habías nacido, chango, pero este país era glorioso —le dice al joven.

—Juan, te busca tu hijo Alberto.

Le entrega el almuerzo. Su papá le da un beso en su frente cubierta por el acné y camina con su mochila en dirección

a la pasarela que divide al pueblo (una de las más largas del país). Escala los peldaños y camina hasta quedar sobre los rieles. El viento sopla y enfría su rostro moreno, coronado por una mota de rulos. Mira al norte. Detalla la casilla de control de arquitectura inglesa, intenta evaluar el esfuerzo de los obreros para montar aquel ferrocarril y se pregunta cuántos durmientes de quebracho colorado habrá desde ahí hasta Frías. Piensa en el tren como un aparato moderno que va poblando los lugares en cada viaje. Mucha gente de todas partes del mundo se ha radicado en Deán Funes gracias a él.

—Venimos de los trenes —dice en voz baja—. ¿Qué sentirá un inmigrante al llegar a un lugar nuevo para comenzar una vida sin nada y sin conocer a nadie? —le pregunta al viento.

Saca su carpeta y sus lápices. Fija su vista en una locomotora y observa con detenimiento la forma en que la distancia modifica las proporciones de los objetos. Entrecierra los ojos. Los amarillos de la grama seca se enrojecen, los verdes de los álamos se hacen celestes. Juega con la luz mientras el sol entibia la plancha metálica del piso. Bosqueja la máquina lista para abandonar el pueblo y la plasma con naturalidad sobre la hoja. Algunas imperfecciones en su diseño embellecen la realidad que se transforma al pasar por sus ojos. El pitido produce un eco que se pierde en la brisa. La máquina cobra movimiento y le recuerda aquella pesadilla de su niñez. Piensa en el futuro y le duele aceptar que algún día sus papás se irán. Detalla los álamos que proyectan su sombra al costado de las vías. Dibuja la copa de un inmenso paraíso que invade el primer plano de su obra. Le agrega unas nubes encendidas por el sol. Se sienta y colorea su dibujo. Lo mira con detenimiento. Sabe que lo podría hacer mejor si alguien

le enseñara técnicas para pintar. Al acabar, baja las escaleras y camina hacia el andén. Su papá aún trabaja. Toma la bicicleta y pedalea en dirección a su casa. La guarda en el cobertizo, le da un beso a su mamá y cruza la calle hacia la casa del maestro Santiago Terrera. Contempla el buzón de correos por unos instantes, traga saliva y le deja su obra titulada *De paso* junto a una nota que dice: «Santiago, quiero que me enseñe a pintar de verdad. Soy Alberto Manzano, el chico de enfrente».

### III

Colorea el cielo con trazos rápidos y firmes, retiene las ramas de algunos de los lapachos esqueléticos de color café, las sombrea con delgadas líneas negras y pinta los gajos de flores nacientes. Piensa que la imaginación es importante en la vida de un artista, aunque nadie puede inventar la primavera. Deja el dibujo a un lado y baja a ayudarlo a su mamá.

—¿Creés que no le gustó? —le pregunta—. Ya transcurrieron tres semanas.

—Santiago Terrera tiene fama de sabio, y los sabios suelen ser locos —responde ella.

Alberto sube a su cuarto de nuevo, levanta un color y lo regresa al escritorio. Se tumba en la cama y piensa que la cabeza de Terrera debe ser un caos de construcciones, composiciones cromáticas, experimentos, formas y travesuras geniales. Se duerme y sueña que está atravesando un río de aguas revueltas hasta que su mamá entra al cuarto con una sonrisa.

—Te buscan, hijo.

—¿Quién, mamá?

—Es él.

Atraviesa el comedor y abre la puerta. Un hombre de unos sesenta años se quita el sombrero. Viste una camisa blanca y unos pantalones de tela de grafa, iguales a los del uniforme que distingue a los empleados de la fábrica de sillas de Deán Funes (la más grande de Sudamérica). Su pelo largo y canoso insinúa rebeldía. Su tez curtida añade carácter a su mirada de ojos marrones. Su contextura delgada da una falsa noción de debilidad. Trae en la mano una obra.

Santiago Terrera camina en dirección a él y la pone en una mesa de la entrada. Alberto no da crédito: es la suya. El maestro cruza los brazos y entrecierra los ojos. Los dos quedan enfrentados a la pintura.

—Las nubes están demasiado pegadas a los árboles. En la copa de ese árbol no caben los gorriones. —Alberto baja los ojos—. Te espero mañana en mi casa cuando salgás de la escuela. La puerta estará abierta.

—¿En serio?

—Si querés ser pintor, tenés que pintar y no perder ni un segundo más —se despide, camina unos pasos en dirección a su casa, se detiene y da media vuelta. Alberto lo mira con ojos grandes—. La locomotora me gustó.

Al otro día llega del colegio, cruza la calle y entra a un jardín. Camina bajo una pequeña selva de naranjos añosos y fresnos desnudos. Alcanza la puerta de entrada de la casa y se planta. Contempla la armonía de la fachada. Dos columnas de madera sostienen un alero con un portal abierto que comunica a otro patio repleto de flores.

—¡Santiago, soy Alberto Manzano, el chico de enfrente!

—Subí —responde el maestro—, estoy aquí.

Pisa los peldaños de una escalera de caracol y mientras sube mira la cantidad de pinturas colgadas de las paredes o

asentadas sobre los muebles. El ambiente huele a trementina y aceite de lino. Es una mezcla extraña que le agrada. Atraviesa un pasillo y encuentra al maestro con un lienzo montado en un caballete.

—Acercate —le indica con una espátula y una paleta sostenida sobre su brazo izquierdo encogido a la altura de su pecho.

Alberto detalla diferentes montículos de óleo fresco distribuidos en círculo alrededor de la superficie. El blanco, los azules, los rojos, los naranjas, los tierras y por último los amarillos.

—La paleta debe estar diseñada para el tamaño de nuestro cuerpo. Es como la cocina donde están los condimentos de la obra —dice y examina de arriba abajo a Alberto—. Vos vas a ser alto. ¿Sos deportista?

—Sí, me gusta jugar al básquet como a mi papá. Es la segunda cosa que más me gusta hacer. Dicen que tengo buena puntería.

El maestro levanta un poco de óleo blanco con la espátula, un poco de azul y otro poco de rojo. Los pone en un rincón de la paleta, le hace señas a Alberto para que se acerque y los empieza a mezclar. El joven ve como el maestro crea el violeta. Las Sierras Chicas toman ese color cuando se las ve contra el firmamento, piensa. Observa la pasta de óleo. Las nervaduras azulosas y rojas avivan la mezcla. Piensa que es imposible componer dos veces el mismo violeta.

—Mientras más fresca, mejor. Si la pasta es buena, el cuadro suele ser bueno —dice el maestro.

La espátula emite un sonido cuando la fricciona contra el lienzo. Pinta frente a un tocador con dos espejos contrapuestos. Sobre la piedra de mármol el maestro ha dispuesto un libro de poesía de Artur Rimbaud llamado *Iluminaciones*.

Bajo el libro se extiende un pañuelo de seda que cae hasta el piso. Un ventanal traduce los destellos del sol que baña el mueble antiguo. Alberto observa con detenimiento las sombras en los pliegues del pañuelo. Descubre que sin el préstamo transitorio de la luz ningún color podría existir.

—El que más se usa es el blanco, por eso es el que más cerca debe estar de tu espátula.

—Esta composición me parece triste —dice el aprendiz.

El maestro comprime los labios. Inspira y al exhalar le explica:

—Este libro de poesía era el favorito de mi esposa. Enfrente de estos espejos se peinaba todas las noches antes de dormir, mientras tarareaba nuestras canciones favoritas. El pañuelo aún tiene su perfume. —Mira al aprendiz y agrega—: Esta es mi manera de mezquinársela al olvido. ¿Entendés?

#### IV

Suena la campana y la clase de matemáticas termina. Alberto camina hasta la salida de la escuela Fray Luis Beltrán. Se monta en su bicicleta y rueda por las calles rumbo a su casa. El sol del mediodía echa su lumbre sobre las copas de los eucaliptos. El frío no ha llegado con todo su poder, aunque da sus primeros indicios. Algunos álamos clavados en la vereda sueltan sus hojas amarillas y sus ramas descubren las fachadas de las casas. El otoño es una mujer desnuda que posa con sus árboles de colores en cada esquina. Guarda la bicicleta en el cobertizo, saluda a su mamá con un beso, carga bajo el brazo el lienzo del aguaribay centenario que reina en el jardín de Santiago, cruza la calle y sube hasta el atelier. El maestro la evalúa en silencio y lo manda a repetir la obra. Al-

berto obedece y vuelve un par de días después con un cuadro nuevo. El maestro analiza los trazos y piensa que su pupilo podría llegar lejos, muy lejos. En vez de decírselo, lo manda a pintarlo una tercera, una cuarta y una quinta vez.

—Maestro, ¿por qué me hace pintar lo mismo tantas veces? —replica por fin Alberto.

—Mirá —dice Santiago—, Fernando Fader, el gran maestro impresionista que vivió en nuestro pueblo...

—¿Acaso a él lo mandaban a pintar mil veces las mismas cosas?

Santiago suspira ante la impaciencia de su aprendiz.

—Déjame contarte el cuento: un día Fader pintó una represa. Luego sintió la necesidad de pintarla una vez más. Luego, otra y otra más. Cuando estaba por pintarla una quinta vez, apareció su otro yo y cuestionó su honestidad artística. Le pareció escuchar que le decía de manera severa: «¡Otra vez pintando la misma represa! ¿Sabés qué van a decir? ¡Que te repetís!» —explica Terrera teatralizando a Fader.

—¡Claro! —aventura Alberto—. Lo entiendo porque la repetición indica falta de imaginación —arguye y muestra sus palmas—. ¿Y qué hizo Fader?

—Por un momento estuvo a punto de ceder ante la frustración. Quiso arrojar la espátula lejos, pero surgió la voz de su yo verdadero y lo tranquilizó con esta pregunta: «¿Acaso una emoción se da de la misma manera dos veces en la vida?».

Alberto se para enfrente del aguaribay una vez más. Algo ha cambiado en él. Descubre que ninguna de las cinco veces que se ha parado ahí ha sido el mismo pintor frente al árbol. La luz siempre es diferente, el árbol cada vez tiene menos hojas y esta vez un siete colores se posa en una rama exhibiendo su antifaz azul, el pecho anaranjado, las alas verdes

con visos marrones y amarillos, el pico negro y el rabo rojo. Vuela hacia el horizonte de nubes entrantes. El aprendiz piensa que las raíces y el tronco del aguaribay permanecen estáticos pero que el árbol tampoco es el mismo. Esa noche le cuenta la enseñanza a su mamá.

—Eso me recuerda esa frase famosa: «nadie se baña dos veces en el mismo río» —dice ella.

Un par de días después vuelve donde su maestro con el nuevo cuadro. Terrera lo toma en sus manos, examina los colores, mide la luz y siente que su aprendiz ha entendido.

—¿Por qué quieres pintar? —le pregunta el maestro.

—Cuando era niño, me enfermé de hepatitis. Durante mi convalecencia tuve una pesadilla recurrente. Soñaba con trenes que partían y jamás volvían. En uno de ellos iba papá. —Lo mira a los ojos—. Creo que me he dado cuenta del significado. Tengo esa sensación amarga de que las cosas cambiarán y el olvido se llevará todo, así como un viento fuerte que barre la llanura... Deán Funes, las casas, la gente, hasta nuestras montañas. A veces siento temor porque nada será igual.

—¿Entonces pintás porque quieres que la gente recuerde cómo eran las cosas? —reflexiona el maestro con su mano en el mentón.

—Una vez pintado ya no puede morir. —Mira las ramas del aguaribay por la ventana del atelier—. ¿Ahora me entiende?

—Claro que entiendo, Alberto. —El maestro palmea su hombro—. Una vez un sabio llamado León dijo: «Pintá tu aldea y serás universal». —Repasa la pintura y siente que está muy bien lograda. Se queda pensativo y le asegura:

—Tranquilo, hijo, este árbol quedará.



## CAMINO AL FESTIVAL DE LA TRADICIÓN

Lustro la cara de mi guitarra criolla con un paño humedecido. Le he puesto cuerdas nuevas. El tubo fluorescente refleja su frialdad en la madera de ciprés barnizada. Pulso con mi pulgar la sexta cuerda, y vibra echando un tono desafinado que se apaga hasta enmudecer. Tendré tiempo de corregirla antes de actuar. Guardo la viola y descubro que los herrajes del estuche están oxidados. Pasé diez años junto a ella fuera de mi ciudad, dando vueltas por ahí. Hoy testifica mis cicatrices nuevas, mis dolores viejos y algunos asuntos pendientes. Esta guitarra jamás me ha pedido nada, y me ha dado todo: su tiempo, su voz, su cuerpo y su alma. Esta noche tocaré en el festival de mi pueblo. Acompañaré a Martín Bravo. Me ha delegado la responsabilidad de ejecutar los ritmos de base. El «bombisto», Darío Lazzarini, tiene más responsabilidad aún. El tempo representa el corazón de la interpretación. Ica Novo lo explica bien en *Yo toco solo bombo*: «Para cantar chacarera / hay que sentir bien hondo / hasta que sean uno solo / corazón y bombo».

No puedo hablar de los misterios de la dodecafonía. Schomberg, Brahms, Stravinsky y Mozart me son ajenos. Soy un guitarrero de asado, experto en el ritual de los abrazos, conectado al folclore por el cordón umbilical del vino de las sobremesas.

Esta noche es especial: estrenaremos una zamba que escribí. Se llama *Deán Funes a lo lejos*. Habla de un viajero que

vuelve al pueblo. En su ausencia sufrió desamor, aislamiento y lejanía. Escribo canciones —y otras cosas—, porque camino por un laberinto que abandonaré para transformarme en polvo de estrellas.

Algunas de mis canciones hablan de Deán Funes. Hace un año volví con la idea de quedarme un mes y seguir viaje. Subestimé la gravedad de mi tierra, que todo lo succiona y lo vuelve suyo. Me atraparon sus historias, sus calles, sus noches de bohemia, sus paisajes y sus personajes, algunos de ellos, dignos de pertenecer a ficciones descabelladas. Mi ciudad parece elegir a sus habitantes. Tengo la certeza de que Deán Funes me eligió para ser suyo. Me pregunto si será tiempo de quedarme para siempre.

Salgo a la calle con el estuche rígido. Calzo unas sandalias de cuero negro que compré en el mercado Modelo de Salvador de Bahía. Visto una camiseta con un cacique indio estampado en el torso que conseguí en Itacaré. Olvidé echarme desodorante. Como estoy al borde de la soledad absoluta, supongo que a nadie le molestará el hedor de mis axilas. Al pasar por el casino del pueblo, veo las bicicletas estacionadas en la entrada. El cartel luminoso titila y parece reírse de la impotencia de una señora de setenta años, que por su lenguaje corporal, ha sido despojada de su dinero. Monta en su bicicleta y cuelga en el manubrio una bolsa que contiene escasas provisiones del supermercado. Pedalea con dificultad y da bufidos. Cuatro personas testifican el hecho con la vista clavada en el piso, a la espera de que sus cigarrillos se consuman. Quieren entrar y apostar de nuevo. Uno de ellos aspira hondo una pitada y echa la colilla al suelo. La extingue de un pisotón con un mocasín de cuero roto. Camina hacia la entrada y exhala el humo a toda prisa. Intentará sobreponerse a la indiferencia de la Fortuna. El

amor y el juego, a menudo, son asuntos de suma cero: lo que ganan unos lo pierden otros.

La voz de un cantante llega debilitada a mis oídos. El viento arrastra su eco por el aire como si fuera un turista ebrio que se desvanece. Vivo a cuatro cuadras del anfiteatro municipal que fue construido para celebrar el festival, creado por Abraham Manzur y Faridi Cordi, dos deanfunenses amantes de la cultura. De los altoparlantes salen los repiques de una chacarera de Néstor Garnica. La canción me llega nítida, aunque me parece demasiado patriótica: «Levántate cagón / que aquí canta un argentino».

Lo imagino con el puño en el aire, enfrentado a una pequeña multitud llena de orgullo patrio. Los argentinos nos hemos sacado de encima a todos esos indios molestos para poder darle rienda suelta a los sueños. Tenemos una súper industria de jugadores de fútbol que exportamos por millones de euros mientras los maestros cobran miserias. Todavía aceptamos que los hacheros del obraje sean cautivos de los terratenientes. Atendemos con resignación nuestra prensa inútil que fomenta el olvido de lo importante y nos entrega a cambio los culos siliconados de las vedettes, y el resto de la vulgaridad anestésica que nos degrada.

«Soy el olvidado / el mismo que un día / se puso de pie / tragando tierra y saliva / camino hacia el sol / para curar las heridas», continúa el artista.

La canción de Garnica es una ficción. El personaje intenta curar las heridas de la injusticia al caminar bajo el sol recalitrante.

No me queda muy claro qué significa ser argentino. Tengo un documento verde que me da la identidad, un acento y mis prejuicios. En el anfiteatro tal vez alguien lo entienda. De acuerdo al sonido de los aplausos, calculo que habrá unas dos

mil personas. Alguien me contestará qué significa, de verdad, la tradición argentina. Después de todo, eso es lo que estamos festejando esta noche. Me lo explicará con un juguete chino en su mano, comprado a la salida a un hermano senegalés, mientras admira el espectáculo de la doma. Los gauchos castigan con sus látigos y espuelas a caballos que lloran, mudos, el dolor del sometimiento, mientras el metal hiere sus ingles. En algún momento de la noche, algún animal corcoveará y cobrará su venganza lanzando al domador de forma violenta, mientras unos muchachos de poncho, sombrero, dispositivo satelital *Blackberry* y bajo eléctrico Yamaha, se preparan para subir al escenario.

Hay motivos gauchescos que me parecen un poco «patrioteros». Algunos inmigrantes, que eran tratados como la última hez de Europa, llegaban desposeídos al Río de la Plata. Movidos por el hambre, prosperaban y terminaban convirtiéndose en gauchos ricos. Refregaban la diferencia económica en la cara de los pobres, y aborrecían a los «gringos», olvidando quiénes eran cuando vinieron muertos de frío (y de miedo), en un barco hacia un destino incierto.

El nacionalismo es una cuestión extraña que aún no entiendo. A menudo, escucho que las personas usan el término «boliviano» de manera peyorativa. En Bolivia no tendrán cuatro mil kilómetros de costa, pero conservan la mayoría de sus lenguas. Las etnias han sobrevivido el holocausto provocado por España y los gobierna un descendiente de los pueblos originarios.

Llego a la avenida donde están armados los puestos de venta. Debe haber más de cien, apilotonados uno al lado del otro. Un payador rima los momentos de la doma poniendo acento criollo y haciendo gala de su viril argentinidad. Conozco el folclore y sus rituales. He pasado muchas horas

de mi vida en una de las catedrales máximas del género: la casa de mis hermanos, Los Pacheco. Ellos me transmitieron que el folclore vive en mesas llenas de canto, en reuniones de familia y amigos que se pasan la guitarra. El folclore es solidario y no elitista. Los que más saben apoyan a los novatos y los promueven. Comparten con ellos los códigos. Les enseñan, de a poco, los detalles de este universo fantástico. El respeto silencioso por la ofrenda del cantor es indispensable. La competencia no existe. El interés, el comercio y la frivolidad, quedan afuera.

Abraham Manzur, Faridi Cordi, y el resto de los pioneros de nuestro festival, conocían el concepto cuando comenzaron esta aventura a mediados del siglo pasado. Pensaron que esta sería una ciudad ideal para «pregonar» mensajes en forma de arte. En ese entonces, la prosperidad permitía que los sueños germinaran. Con el tiempo, Deán Funes cambió y su fulgor se apagó. Las industrias cerraron, los sueños cedieron, y la mayoría de sus habitantes enmudecieron. Sé por qué soy adicto al ayer: soy un deanfunense que sabe que lo pasado fue mejor.

Me encamino a la puerta trasera del estadio. Me apretujo contra la multitud que va y viene. El estuche choca contra un señor mayor y le pido disculpas. Me arroja una mirada fuerte y rompo el contacto visual. Faltan unos cien metros, pero tardaré unos quince minutos en atravesar la calle. Espero llegar temprano para repasar las canciones por última vez. Hay olor a carne asada y unos niños corren en la vereda echándose «espuma loca». El show tiene que ser un éxito. Ojalá mi canción le guste a alguien. Me ha pasado que escribo canciones y el olvido las sepulta entre la bruma. Soy consciente de las palabras del poeta brasileño Drummond de Andrade: «Solo lo bello, lo realmente bello, queda».

Me pregunto qué diría don Abraham Manzur. ¿Sabría decirme qué significa celebrar la tradición? Intentaré una respuesta: «Y, miijo, no sé, pero seguro que no es este mercado persa de imitaciones y no son estas calles rotas por las estacas de los puestos que vienen a vendernos cualquier cosa y se van dejándonos la mugre». Tomaría aire, aguzaría la mirada, como los viejos sabios, y continuaría: «Este festival es para que puedan disfrutar de los artistas que traen la voz del pueblo. Sobre todo esas personas humildes que trabajan sin parar y no pueden pagarse vacaciones. Por eso es bueno traerles alegría y artistas que nos honren».

¿Acaso lo sabría don Faridi Cordi? En 1971 malvendió dos estancias para terminar de construir, con sus propios fondos, el estadio que ahora es de todos nosotros. Se desprendió de su patrimonio para honrar su palabra frente a las deudas. Si no fuera por él, es posible que nuestro estadio no existiera. Faridi dejó lo que tenía para que pudiéramos enarbolar un festival de prestigio y lo convirtió en «El primer pregón cancionero del país». El fue un militante de nuestra música. Un respetuoso de la cultura que albergó a folcloristas del calibre de Daniel Toro, Mercedes Sosa y muchos otros. Existen canciones que lo evocan, como aquella de Oscar Valle, el autor santiagueño. El Gringo Pacheco la canta con su voz poderosa en nuestras reuniones: «Compadre venga a Quilino / con ganas de tomar vino / a saborear un cabrito / bien jugoso y doradito / venga de cualquier manera / Faridi Cordi lo espera».

Atahualpa Yupanqui se refugió en una de sus estancias en la época de los militares, y cuando salió de la Argentina le escribió postales desde Egipto, París y Japón. Carlos Di Fulvio lo ha homenajado en sus trovos. Horacio Guarany le pidió ayuda muchas veces y luego lo desconoció en los

momentos difíciles. Faridi murió en la pobreza y la soledad, abatido por una enfermedad degenerativa. Una vez dialogué con su hijo Jorge y le pregunté por qué lo habían dejado tan solo los artistas a los que él había cobijado. Me contestó: «No guardo resentimiento por lo de papá. Las cosas son así. A la luz de los vinos todo es risas y algarabía. Cuando se pasa la noche volvemos a la realidad, y con la luz del día, lo que era importante dejó de serlo. Mi viejo nunca volvió de aquellas noches. Lo dejaron solo y le apagaron las luces».

Faridi estaría un poco extrañado al escuchar la música tecno que transmiten los puestos de artesanías con sus reproductores.

«¿Y la tradición, mijo?», preguntaría al oír el grito de un nigeriano que ofrece réplicas de Versace, Dolce Gabbana y Louis Vuitton, extendidas sobre un mantel en el asfalto.

«Y... no sé, don Faridi», le respondería. «Los tiempos cambian».

Hoy, la fachada de nuestro estadio sirve para exhibir una gigantografía del intendente de la ciudad. Su rostro aparece en el centro, de perfil, emulando a un paladín de la justicia.

Un conocedor del folclore como Faridi me diría: «Mire, mijo, el festival no es una oportunidad para que los políticos cuelguen carteles inmensos con basura ideológica».

Al llegar a un puesto de choripanes, a veinte metros de la puerta trasera del estadio, me topo con una legión de jóvenes risueñas. Reparten panfletos a todo color con la imagen del intendente y la palabra «Sí». Deben ser unas veinte promotoras que van y vienen por todos lados, sin saber exactamente qué es lo que promueven. Según escuché, es un referendo que llama a destituir a todos los concejales de la oposición, que a su vez andan promocionando el «No». Sus camisetas y sus gorras ostentan estampados coloridos con la

misma imagen de la gigantografía. No lo entiendo del todo, para ser franco. Me pregunto de dónde saca el dinero para semejante campaña publicitaria un simple burócrata servidor del pueblo. Una de las jóvenes me intercepta con una resma de panfletos. Tiene los pechos generosos, piernas torneadas, minifalda y una sonrisa pintada de rojo furioso. Su boca de labios carnosos es una trampa. Me ofrece un panfleto. Le agradezco y niego con la cabeza.

—Dale, recibilo, ¿sí? Así terminamos con esta tortura —suplica con voz dulce.

—Mirá, preciosa, normalmente tengo el «Sí» fácil pero te juro que en esta ocasión tengo que rechazarte —le contesto.

Mucha gente cree que el festival es víctima de un hechizo. Se cuenta que unos brujos gitanos se reunieron en un aquelarre en San Vicente, al pie de la montaña, y descargaron un camión entero de sal maldita para condenarlo al olvido. En el 2009 descubrieron un manuscrito lacrado bajo una baldosa en el confesionario de una capilla cercana. «Aweri you tenki fore monsi aja curruntu mununa taripeichi cucharata». Firmado, «la gitana». Los lingüistas rastrearon los vocablos y descubrieron raíces romaníes en el conjuro. Al parecer, echa una maldición clara: lluvia y frío cada vez que el evento se realice, sea la fecha que sea. Para paliar el efecto de la maldición, la comisión organizadora cambió la fecha del festival, y por las dudas, le cambió el nombre y acortó su duración. Al principio eran diez días, después fue una semana, y ahora son solo tres. Es la mejor explicación de por qué nuestro festival entró en desgracia y ahora dura un suspiro.

Diviso una estatua en el medio de la plaza. Sus callejones de piedra rojiza conducen a un monumento del libertador



San Martín. «¿Y usted mi general? ¿Sabe qué es la tradición argentina?», quiero preguntarle. Me contestaría: «Mijo, no sé, yo solo soy un masón educado en España, que peleó en África, que tuvo una amante en Perú, que cruzó a caballo a Chile, que fundó una logia en Londres, y fue a morir a Francia».

Entro al estadio por la puerta trasera rumbo al camarín. Me encuentro a Martín Bravo. Fuma. La espera lo pone nervioso. Camina de un lado a otro pensando, tal vez, en que nadie es profeta en su tierra. Hay canciones que solo un puñado de elegidos, como él, pueden cantar. Entre ellas, hay una que me fascina y se llama *El Antigal*, un homenaje al pueblo indio compuesto por Daniel Toro. Faltan algunos minutos para subir. Miguel Rivaynera, un guitarrista virtuoso, amarra su pelo con una cola de caballo. Javier Levis, otro joven de mi ciudad, afina su guitarra. Abro el estuche, saco la mía y respiro su perfume a madera. La pongo junto a mi pecho. Aprieto las clavijas para graduar la tensión de las cuerdas. El humorista que actúa cuenta un chiste que se mofa de los gays. La gente se ríe. Luego otro, de connotaciones machistas. La gente se vuelve a reír. Luego otro más, que se burla de un gangoso. En el humor se revela la idiosincrasia de mi pueblo, pienso, mientras pruebo un trago enorme de sangría que me comparte el baterista. El asistente de sonido pregunta por la formación de la banda con un plano del escenario en su mano.

—Cinco micrófonos, tres líneas: uno al frente, otro para la batería, tres para las violas —contesta Martín y aspira el humo del cigarro.

—¿No hay bajo?

—No —responde Martín—. Quiero que suene tradicional como mi próximo disco.

—Todo listo —contesta el asistente y levanta el pulgar.

Subimos al escenario para enchufar nuestras guitarras y acomodar la batería. Ecuilizamos las señales de los instrumentos mientras el humorista termina su rutina con un chiste de porteños arrogantes, festejado a los gritos por la audiencia. El viento acaricia mi piel y escucho mi corazón latir. El locutor anuncia a Martín Bravo. Aparece y el estadio lo recibe con un aplauso. Mi guitarra brilla con las luces de colores. La platea está llena de personas y la popular está casi vacía. Un puñado de intrépidos se aventuran frente al escenario. Algunos tienen una mueca en forma de sonrisa y beben vino tinto mezclado con azúcar y trozos de limón. La musa que habita en los viñedos, colorea sus ojos y disuelve sus dolores en lo profundo de los vasos. La vid también es mi planta sagrada.

Interpretamos un carnavalito de Marcos Manzur, una chacarera de Alejandro Gobbi y Martín canta la zamba que yo escribí y él musicalizó: «Vuelvo para Deán Funes / para encontrar esta vez / bajo la pasarela / entre las vías del tren / como durmientes rotos / pedazos de mi niñez».

Su voz suena emocionada. Él también conoce la desesperación de la lejanía. Actuó con Mercedes Sosa y con el Chango Farías Gómez, entre otros. Pasó una temporada en Europa y volvió a lanzar su carrera de solista.

Miguel, Darío y Javier, pierden la vista en el vacío. Ejecutamos un ritmo de influencias africanas y españolas. Con el tiempo fue incorporado a nuestra tradición. El tempo es exacto. Los arreglos fluyen y la melodía se desencadena. Nos miramos: todo está saliendo a pedir de boca. El locutor nos contempla con media sonrisa, mirada extática y brazos cruzados. Mi guitarra está afinada por la luna, que se burla de los gitanos y sus maldiciones. Las estrellas alumbran los

rostros felices de mi gente, y la zamba vuela por el estadio:  
«Ya no seré aquel niño / jugando en el andén / verás a un  
sobreviviente / viajando en el ayer / náufrago de la noche /  
me abraza el amanecer.»

Martín abre sus brazos a la multitud. Los aplausos me llenan el alma. Mi cuerpo los metaboliza y detallo la piel de gallina en el anverso de mi mano. Siento una felicidad que el olvido se tragará en cuestión de horas. Mis ojos deben brillar... Nadie más lo sabe.



## MARATÓN

«Todo el mundo tiene un plan hasta que le pegan una trompada en la cara».

Mike Tyson

### Itacaré

Alejandro Barreiro nació en las entrañas de la Capital Federal, en el barrio de Saavedra. Tenemos muchas cosas en común. Es cantor, guitarrero, padece de una propensión a la bohemia, es padre de una hija y rebelde por naturaleza. Ambos hemos sido posaderos en Itacaré, un pueblo de la Bahía brasileña. Allí vivimos por un par de años. Tiene barba de muchos días y una testarudez que asusta. Existen cosas que no tenemos en común. Sobrevivió a la dictadura militar —muchos de sus amigos no lo hicieron—, y es uno de los mejores contadores de anécdotas de Argentina. En nuestras charlas explorábamos los temas más diversos. Nuestros preferidos eran la política, la religión y la novela.

—¿Sos zurdo? —pregunté un día—. Los que sufrieron con la dictadura suelen ser zurdos.

—¿Así como los rusos? No, turco, así no. Soy socialista izquierdoso, pero no soy ruso —abrió los brazos—. A mí no me gusta mucho el laburo. Vos sabés.

—Pensé que eras de esa línea. Un auténtico comunista ruso trotskista leninista como esos ex montoneros que quedaron por ahí. —Alejandro negó—. ¿Qué tiene que ver el laburo con la ideología?

Tensó el rostro de facciones españolas, se frotó el bigote con el índice y respondió:

—¿Cómo vas a confiar en un país que tiene la bandera llena de herramientas?

«La posmodernidad está haciendo agua, turco», había dicho mientras asaba un churrasco sobre una parrilla brasileña. «No sé si el hombre es una bosta que se debate entre el eros y el tanatos», arremetía contra el padre del psicoanálisis.

Alejandro fruncía el ceño frente a los mochileros israelíes que ingresaban a su posada pidiendo un descuento irracional. Chasqueaba la lengua en el paladar y remataba: «El infierno son los otros, turco, eso lo dijo Sartre».

Gracias a él soy un corredor. Trotamos por Itacaré muchas veces. Mientras mis pasos se hacían dolorosos, él me enseñaba a respirar y pisar derecho. Cuando yo exhibía signos de desfallecimiento, me contaba, para distraerme, los tramos finales de sus maratones; cómo atravesaba la línea de llegada en medio del sudor y las lágrimas de emoción.

—Quisiera correr un maratón, Ale —le dije un día.

No se asustó. Sonrió y levantó el índice.

—Un maratón es una carrera de doce kilómetros que empieza en el kilómetro treinta, turco. Eso lo dijo Emil Satopek. —Me examinó con la mirada—. ¿En serio lo querés correr?

—Sí, Ale —le respondí a los ojos.

Ideó un plan.

—Si seguís al pie de la letra esta rutina, en un año vas a correr tan rápido que se te van a aflojar los incisivos —dijo con actitud de malevo.

Descubrió una pista de aterrizaje abandonada por los narcos en el medio de una plantación de coqueros, la desyuyó a machetazos para convertirla en un circuito de entrena-

miento, y la bautizó «la pista de los unicornios», porque a veces algunos caballos flacos pastaban en la zona. Alejandro compró una caja de hilo dental, desenrolló la madeja de cien metros, clavó diez estacas equidistantes y formó un óvalo de un kilómetro.

—¡Dale con toda Edu! —gritó con el reloj en la mano cuando cronometró mi primer test de Cooper. El resultado fue pésimo.

Yo entrenaba y soñaba con el final de aquella carrera. La gente me admiraría, me aplaudiría y me sonreiría. Yo también me querría un poco más y dejaría de pensar que soy un flojo que abandona lo que empieza. Mis sueños eran más poderosos que los hechos. Corría dos o tres kilómetros y terminaba con calambres. Un día me desmotivé y Alejandro lo percibió.

—Te voy a acompañar en tu primer maratón.

—¿En serio me lo decís?

Comenzamos a entrenar todos los días a las seis de la mañana. Al acabar el recorrido, bebíamos agua de coco y nos dábamos un chapuzón en el mar. Hablábamos de filosofía, de los personajes de Deán Funes y de Saavedra, de las mujeres y de los excesos que alguna vez habíamos cometido —o seguíamos cometiendo—. Alejandro había recuperado su temple de maratonista. Yo me sentía cada vez más feliz y corría cada vez más lejos. La sociedad funcionaba.

El 8 de abril de 2009 corríamos bajo el sol de Bahía. Retornábamos por las afueras de la ciudad, luego de nuestra rutina mañanera. Después de cincuenta y siete minutos de entrenamiento, mis gotas de sudor caían con cada paso. Alejandro no había hablado en todo el camino. Sus pasos eran ágiles y me pareció que se había perdido en algún lugar de su niñez. A veces los corredores avanzamos hipnotizados y los

pensamientos se disparan. No lo quise interrumpir. El aire de la mañana quemaba nuestras fosas nasales, corríamos cuesta abajo por la entrada principal, pavimentada de adoquines centenarios, el río de Contas derramaba su caudal al mar, la península de Maraú alfombrada de coqueros y frutales se extendía hasta Barra Grande, Itacaré se veía pequeña desde la altura, la favela del Barrio Novo se desplegaba a la derecha con casas de paredes finas, amuchadas, el aroma oceánico nos acariciaba el alma...

—Me duele acá turco. —Se tocó la boca del estómago—. Anda vos, nos juntamos en la posada.

Me negué rotundamente. Lo acompañé porque me pareció extraño. Caminamos por unos minutos y se detuvo. Le costaba respirar, su rostro se veía pálido y el sudor caía de la punta de su nariz. Comprimió los labios, se llevó la mano al pecho y comenzó a negar con la cabeza.

—Qué mala leche —se quejó.

—¿Qué pasa?—pregunté detallando la blancura de su rostro.

—Turco, esto es el *bobo*.

Señaló con dificultad su corazón. Respiraba sin ritmo. No esperé ni un segundo. Salí disparado a buscar un taxi. Volvimos con el chofer. Bajé del auto. Lo encontré tendido en el piso en posición fetal, con ambas manos sobre su pecho. Abría la boca y cerraba los ojos. Lo subimos al taxi y arrancamos. En el centro de atención de Itacaré se demoraban en atendernos.

—¿Qué pasa? —le pregunté a las enfermeras.

—Ya viene el doctor —respondieron con cierta desidia.

—¡Ayuda, ayuda! —grité en dirección a los consultorios para que me oyerá el médico.



Al escuchar los gritos apareció. Miró a Alejandro y se apresuró para hacerle un electrocardiograma. Lo acostaron en la camilla, le conectaron los cables a su pecho, muñecas y tobillos, y miraron el resultado en una tira de papel.

—Es un infarto de miocardio por la obstrucción de la arteria circunfleja. Acá no tenemos lo que él necesita. Deben viajar de forma urgente —argumentó con preocupación—. Que le inyecten estreptoquinasa para desobstruirla. Tiene que ser ya —llevó la mano a su reloj.

Nos montamos en un remís, el conductor aceleró a fondo y surcamos la reserva de la biósfera por la ruta que conecta Itacaré con Ilhéus. Las olas del mar reventaban de un lado, las palmeras y yaqueras cerraban la visión de la jungla, del otro. Alejandro sudaba y aguantaba el dolor de manera estoica. El aire entraba con dificultad en sus pulmones. Le di mi mano y apreté la suya.

—Tranquilo Ale, todo va a estar bien —dije varias veces como un mantra.

Abrió los ojos, me enfocó con esfuerzo y me guiñó el ojo.

—Es como una pata de elefante —murmuró.

Volvió a cerrarlos y continuó su lucha contra aquella bestia que punzaba su pecho. Había pasado una hora desde el infarto y apretaba los puños sobre su esternón. Su rostro estaba desfigurado por la tensión extrema. Hay quienes dicen que es el peor dolor que puede sufrir un humano.

Llegamos al hospital que queda en la entrada de Ilhéus. Dejé a Alejandro en el remís y salí corriendo a buscar a los enfermeros. Dijeron que no tenían la droga. Fuimos a otro. Tampoco la tenían. El reloj corría y necesitábamos apurarnos antes que el tejido cardíaco se necrosara. Entramos y salimos de diferentes sanatorios que se rehusaban a atender a un in-

migrante en aquel estado. Deambulamos una hora más por Ilhéus, intentando conseguir uno. En ninguno había lugar. Llegamos a uno en el que mentí que éramos ricos.

—Les pagaremos muy bien si nos atienden —le dije al jefe de terapia.

—Lo podemos recibir pero no estoy seguro de que podamos conseguir la droga a tiempo —respondió.

Volví al remis. Finalmente el hospital São José lo recibió en su unidad coronaria. Lo subieron a una silla de ruedas, le pusieron una bigotera de oxígeno y rodó camino a la unidad de cuidados intensivos. Cuando entramos a la sala, Alejandro casi no podía respirar. La enfermera pinchó su vena y lo conectó a un suero. Abrió la llave del aire y estiró el cordel plástico.

—Es como un cuchillo, turco —me dijo con los ojos aguados, el acento porteño intacto y la camiseta empapada.

Un afro-brasileño esperaba en una camilla vecina. Su piel era de un tono verdoso, exhibía una delgadez extrema y su rostro tenía eczemas en carne viva. Alejandro lo miró, tomó aire y le soltó aquella frase con tono de malevo.

—Nos vemos allá abajo, negro.

El médico Ademir de Medeiros, jefe de terapia, se acercó a él, le dio la mano y le preguntó si era alérgico a algo.

—Sí, a los coágulos. ¡Sacamelos, hijo de puta!

Una enfermera se lo llevó a una zona restringida. Me quedé en una silla del hospital respirando la desolación. A mi alrededor había gente muriéndose. Mi amigo podía correr esa suerte. De hecho, yo también. Nadie tiene comprado el tiempo. Uno nunca sabe cuándo es el momento de decir adiós. Me tomaba la cabeza con las dos manos. Miraba el piso de azulejos blancos. Las paredes blancas. Las enfermeras blancas. Los afro-brasileños que esperaban a ser atendidos,

contrastaban con sus pieles oscuras y sus motas de rulos negros. Eran pacientes a pesar de los estragos que la mala salud había provocado en algunos de ellos. Sus ancestros les legaron la facultad de soportarlo todo. La esclavitud dejó su huella de derrota y resignación. Es una huella brutal trazada con sangre.

Salí del hospital y regresé a Itacaré. No dormí esperando a que Alejandro saliera de terapia intensiva. A los tres días se recuperó y volvió a Itacaré con el humor renovado. El contacto con la muerte había despertado su costado más ácido. Se refería al incidente como «El bobazo». No volvimos a correr juntos, aunque continuó asesorándome en los entrenamientos y seguimos compartiendo nuestra afición por el debate. Cuando mi posada estuvo vacía me mandó clientes para que la temporada baja no fuera tan dura. Me aconsejó sobre mi pareja, que en ese momento, como en cualquier otro, atravesaba una crisis profunda. Meses después decidí regresar a Deán Funes. Su novia Sirlene preparó *bobó de camarões* en la cena de despedida y el sabor a aceite de dendé mezclado con yuca impregnó mi paladar. Intenté grabar ese gusto a Brasil porque pronto sería un recuerdo. Lo acompañamos con un vino reserva de la bodega Concha y Toro. En la sobremesa, Alejandro me alcanzó una bolsa con una camiseta adentro. La saqué y la extendí.

—Con esa camiseta corrí mi primer maratón. Fue en Blumenau. —Me mostró una foto donde su rostro mostraba ojos llorosos en la llegada—. Era de felicidad. Cuando terminés tu maratón vas a entenderlo —agregó y palmeó mi hombro.

Nos dimos un abrazo. Al otro día nos embarcamos en un remís con mi familia y dejamos ese lugar tan lleno de magia. Alejandro se quedó en Itacaré junto a su mujer.

Seguimos unidos por una amistad que la muerte intentó poner a prueba.

### **Deán Funes**

El sol trepa el horizonte, azula el cielo, lo enciende con visos anaranjados sobre las nubes y aminora el frío del invierno deanfunense. Respiro con la boca cerrada para controlar la frecuencia cardiaca. Mis fosas nasales se contraen con cada inspiración. Doy trancos largos y las suelas de mis zapatillas Asics hacen un ruido al rastrillarse con la tierra. Los yuyales de un baldío han desaparecido. Los reemplaza una película de hollín.

El aire helado endurece mi rostro y un líquido transparente gotea de mi nariz. ¿Cuántas clases de líquidos tenemos? Sangre, sudor, flema, lágrimas, orina, linfa, pus, bilis, semen. Todos mensajes del cuerpo. Braceo con los puños cerrados. Exhalo y el vapor forma una figura que se deshace. Voy en dirección al este, donde se levantan las Sierras Chicas. Su pendiente refleja diversos tonos de violeta. Son los violetas de Fernando Fader, Martín Santiago, Mario Sanzano y Alberto Horne, los paisajistas supremos de mi tierra. Alzo mi frente hacia el cielo y la luz me encandila. Un hornero construye su hogar en la altitud de un poste de quebracho del alumbrado público. Más allá, el universo continúa expandiéndose como una piñata que no consigue explotar. Mis ojos, dos traductores en los que a veces confío, se entrecierran. A medida que avanzo, aparecen y desaparecen en el suelo las puntas de mis zapatillas. Recorro la calle Walt Disney —por alguna razón que desconozco, los políticos decidieron honrar al famoso dibujante de aquel país tan rico en producto bruto y armas de guerra, bautizando con su nombre esta apartada callejuela

de tierra en un pueblito ferroviario atravesado por las vías herrumbradas de un tren que no funciona—. Cuentan que Disney hiberna hasta que encuentren cura a su dolencia. A diferencia de una media res, dicen que él duerme en un invernadero de cristal. Aunque es un mito, imagino sus bigotes escarchados. Sus lentes, su caja de lápices de colorear en el bolsillo del saco. Zapatos lustrosos al final de sus piernas tiesas. La gomina de aquella época asegura el cabello canoso contra un cuero cabelludo cubierto de hielo. Correría hasta el invernadero, limpiaría con un pañuelo la superficie empañada, apoyaría mis guantes formando un binocular sobre el vidrio y observaría su gesto de impaciencia, típica de aquel que está trancado en el limbo, entre un mundo que lo retiene y otro que lo espera. Gritaría fuerte. Quizás mis palabras traspasen el cristal, haciendo blanco en su alma.

En un charco que dejó la lluvia se espejan las nubes. Desfilan por el cielo impulsadas por el viento. Al costado de la calle, las casas lucen descoloridas. Algunas ni siquiera han sido terminadas. Los cordones de mi zapatilla se sueltan. Me agacho para amarrarlos. Mi corazón golpea con fuerza, aunque no sobrepasa los ciento treinta latidos por minuto. Ha sufrido una transformación debido al entrenamiento: lo llaman hipertrofia ventricular. «Suena mal, pero es bueno» dijo mi suegro, el cardiólogo Alberto Rosales, con una tira de papel en la mano que exhibía una línea con picos y valles. Amarro con fuerza el cordón. Lo aseguro con un doble nudo y dejo atrás mis huellas impresas en la tierra.

Todos venimos de algún lado y vamos a otro. ¿Realmente conocemos ambos extremos del trayecto? Para anestesiarnos de aquella ignorancia, nos hemos contado historias similares a las de Walt. Todas tienen un final más o menos feliz. En una hay un viejo de barba que todo lo sabe y puede, en otra hay

hurías sumisas de piel tersa, hímenes sanos y pechos de miel. En otra más, hay un mundo repleto de pollos listos para ser comidos: el «*chicken heaven*» de los africanos, que redimen en aquel paraíso hipotético, el hambre que sufrieron adheridos a sus calamidades terrestres. Mientras tanto padecemos el tránsito. Somos polizones a bordo de un barco llamado tierra, navegamos hasta quién sabe dónde. Cargamos como cruces los humores que nos definen. Una marea de hormonas que piden multiplicar la especie. La única certeza del tránsito es la huella. Sabemos que nos hemos desplazado porque el relieve de nuestras suelas está impreso en algún lado y nos revela ese pasado lleno de contradicciones.

Salgo a la ruta, camino a Tulumba. El viento desciende por el asfalto. Bambolea las florcitas silvestres y los churquis de la banquina. El frío me golpea en el pecho, aunque mi buzo abriga bien. Antes de llegar a Sauce Punco paso por el lado de la garita de la Difunta Correa. Su imagen está casi tapada de botellas, chapas con formas de órganos, mensajes con pedidos urgentes y algunos agradecimientos. Unos metros después, una montaña dinamitada aparece al costado de la ruta. Sus entrañas muestran piedras de color rosa. Una cantera funcionó en la época del *glamour* deanfunense, cuando había trabajo para todos. Una pequeña pileta invadida por la maleza se ha transformado en un basural. Por las noches, los jóvenes vienen a manosearse o tener sexo bajo la luz de la luna, sin que nadie los moleste. Yo también he sido adolescente. Por un camino interno, se llega al monasterio de la orden de los Cartujos. Construyeron un templo de millones de dólares y lo equiparon para que cuatro monjes se encerraran a pedir por la miseria del mundo.

Mi corazón me está respondiendo con naturalidad y mis piernas se mueven de forma mecánica. La saliva se ha

espesado. Mi lengua se desplaza con dificultad por el paladar. Me detengo y golpeo mis palmas en dirección a una casa. Un jardín repleto de fresias, geranios y marimonias está custodiado por una tela metálica. El silencio de la ruta se rompe con el aleteo de dos perdices que vuelan de forma rasante hacia el occidente.

Un hombre de unos setenta años camina en mi dirección. Su pelo es blanco, pero su musculatura parece la de alguien más joven. Lo conozco bien. Ha sido deportista toda su vida. Él también es corredor y además, profesor de literatura. Podría contarle que ahora pretendo ser un escritor y quiero traer algún premio a mi pueblo. Uno bien grande. Desisto, quizás se ría de mí.

—Joven amigo, ¿cómo está?—me pregunta Tico Zambrano.

—Tico, ¿cómo anda? Estoy muerto de sed. ¿No tiene un poco de agua?

—Con mucho gusto le traigo, mi amigo —regresa con el vaso de agua y me lo entrega con una sonrisa.

—Oiga Tico, que paisaje tiene acá —digo y bebo el agua.

Sabe deliciosa. Exhalo. Le devuelvo el vaso. Tapo una fosa nasal y soplo. La mucosa vuela contra el pasto amarillento. Repito la operación del lado inverso.

—¿Le gusta? Ese cerro que está allá se llama Miraflores. El que está al lado se llama Centinela.

—Nunca había escuchado esos nombres.

—Los nombré yo, mi amigo —me mira y sonrío. Se lleva el vaso. Lo sigo con la mirada hasta que ingresa en el umbral de su casa con paso calmo. Tico tiene autoridad suficiente para bautizar las montañas—. Suerte mi amigo, no le afloje. Ese maratón tiene que ser un éxito.

—Nos vemos mañana Tico, gracias —levanto el pulgar y reanudo el trote.

Recorro el camino de vuelta con placer. Es de bajada, por eso me doy el gusto de acelerar sin aumentar la frecuencia cardíaca. Las articulaciones se aceitan, y los músculos se estiran más. Entro a Deán Funes por la avenida Hipólito Irigoyen y saludo a un compañero de la primaria que me cruza en una motocicleta. Lo apodamos «Patán» en honor a la mascota de Pierre en «Los autos locos». Giro por una calle de tierra. En una esquina, los operarios limpian un terreno en el que se ubicará la Iglesia Adventista de los Santos de los Últimos Días. Este tipo de protestantismo fundamentalista me disgusta menos. En sus shows de alabanza, arman espectáculos de rock. Lo vi en Estados Unidos. Es bastante mejor que las canciones somníferas con las que torturan a los fieles católicos desde siempre en la catedral del centro del pueblo.

Paso por la puerta del Colegio Nacional, donde unas estudiantes acaban de salir de su clase de educación física. Escucho sus risas de serpentina y las veo caminar codo a codo, desenfadadas. Acelero y me yergo. Pongo cara de macho cabrío indiferente. Ni siquiera han notado mi presencia y continúan riéndose. La naturaleza es un enano fascista. Solo los más fuertes obtienen la atención de las hembras. ¡Maldita sea! Llego fresco aunque estoy transpirado desde la cabeza a los pies. Las endorfinas me causan una sensación de felicidad que nunca comprendo. Apoyo las palmas de mis manos en la fachada blanca de mi casa. Estiro los tendones del talón, y luego los cuádriceps. Necesito agua. Corrí diecisiete kilómetros en una hora y cuarenta. Me siento preparado para la maratón en Río de Janeiro. Es en diez días. Ya saqué los pasajes y no hay vuelta atrás. He surfado en Google en busca del mapa del recorrido. Lo imprimí y lo pegué en una pared de mi cuarto. Parece



eterno. Pronto estaré en tránsito una vez más. Me gusta viajar porque cualquier cosa puede suceder. Lo desconocido puede alterar el curso de tu existencia. Una persona que conocés en un café puede convertirse en un amigo, podés encontrar un amor en una noche memorable y hasta te puede desintegrar un accidente. En cualquier caso el único testigo será la lejanía, con sus inmensos ojos de videotape, como dice la canción de Charly García.

Casi huelo la mezcla de perfumes de los aeropuertos y veo esos rostros que vemos en las líneas de embarque. Las personas se llevan consigo las imágenes y sensaciones que ganaron en algún lugar y quieren compartir con los suyos al momento de su reunión. Algunos habrán sentido la falta de alguien e irán a su encuentro, o se habrán cansado de la rutina —o de alguien—, y habrán mandado todo al carajo. Habrán sacado un pasaje para cambiar de vida, así, sin más, sin dar explicaciones. Escapan de los no-lugares. Los aeropuertos, las estaciones, las paradas de buses, los centros comerciales, los hoteles, los hospitales, son todos sitios de tránsito que no guardan la personalidad de alguien. Alejandro Barreiro me explicó ese concepto aunque lo hizo con otras palabras. «Los aeropuertos no son destino ni origen, turco. Y son todo a la vez».

En Río me hospedaré en un hostel barato del área colonial, cerca de Flamengo. Copacabana es muy glamorosa pero temo salir por las noches. No quiero perder la cordura en una fiesta negra y tal vez acabar con amnesia al lado de una garota peligrosa, bella y fugaz. Estoy corriendo un kilómetro cada seis minutos y creo que podré terminar la carrera en cuatro horas.

Consigo imaginar la alegría de la largada. Los rostros de quienes me acompañarán a través de los cuarenta y dos kiló-

metros del trayecto por la costanera. Atravesaremos favelas, morros y playas. Dejaremos el sudor en busca de la gloria. Seremos uno contra uno: nosotros contra nosotros mismos. Un amigo de Cataluña llamado Adriá Lacorte, ha decidido acompañarme. Entrenamos juntos en Itacaré y hemos continuado entrenando, cada quien por su lado. La ducha tibia golpea mi cuerpo. Adelgacé veinte kilos desde que comencé a entrenar. Quiero que todo termine. Ya no tengo fuerzas para nada más. La libido se me ha enrarecido. Anoche me tocó pedir disculpas a mi mujer por mi performance pobre. «Te deseo, solo que estoy agotado», le dije mientras me ponía de vuelta el calzoncillo.

La energía es la misma para todo: con ella corremos, escribimos, hacemos el amor y tocamos la guitarra. Estoy enceguecido con esta carrera. Para imbuirme aún más en el mundo de los corredores, he leído unas memorias de Haruki Murakami llamadas *De qué hablo cuando hablo de correr*. El autor japonés cuenta su vida de corredor y traza paralelismos con el oficio de escribir. Explica que en ambos casos se necesita disciplina. También, he leído un libro entero de corridas que se llama *Born to run*, que habla de una tribu de México. Los «tarahumaras» viven en las entrañas de las Barrancas de Cobre, en algún lugar escondido entre picos helados y valles ardidados por el sol. Es un lugar secreto de Norteamérica y muy pocas personas en el mundo conocen de su existencia. Los tarahumaras poseen conocimientos que los hacen ser superatletas. Corren descalzos: consideran que las zapatillas debilitan los pies. Viven aislados de la civilización. Se alimentan con lo que la tierra les da y no consumen comida envasada. Los frutos están a la vista: no conocen la diabetes, la presión alta, la degeneración cardíaca, el pánico escénico, la eyaculación precoz y el resto de los males del mundo occidental. Estoy

seguro de que no miran tele, ni tampoco se angustian leyendo los tabloides. Quisiera conocer su orden de prioridades y aprender de ellos. Al parecer son muy celosos de sus secretos. Algunos antropólogos han muerto persiguiendo sus recetas de longevidad como si fuera el Santo Grial. Tengo curiosidad por conocerlos, pero no estoy listo para renunciar a mi vida. Me los imagino dentro de una caverna iluminada con antorchas, en medio de pinturas rupestres como las del Cerro Colorado, prodigándose amor entre todos sin importar nada, haciendo gala de la libertad que perdimos cuando nos endilgaron el pecado original y nos embutieron el matrimonio hasta que la muerte nos separe. A la salida de la caverna, con una sonrisa de placer, fumando la pipa de la paz en el delirio del post coito grupal, alguno exclamará: «Cacique, creo que del paraíso se han echado ellos mismos».

Me siento bien, pero me preocupa un dolor leve en la rodilla. Es persistente y temo que sea producto del entrenamiento excesivo. No correré más hasta el día del maratón: le daré tiempo a mis tendones y músculos para que se restauren. El cuerpo se manifiesta y hay que escucharlo. Salgo de la ducha. Me calzó unos jeans y un sweater de lana para enfrenar el frío. Estoy nervioso y expectante. El momento por el que he estado trabajando tanto tiempo se acerca.

## **Río de Janeiro**

Adriá Lacorte llegó desde Barcelona hasta Brasil. Yo tomé un microbús desde Deán Funes hasta Córdoba, de ahí un Boeing 737 al aeropuerto Santos Dumont de Río de Janeiro, y de ahí otro microbús hasta el Art Hostel de Catete, un barrio de casas lujosas de mediados de siglo XIX que perdieron su aristocracia cuando el gobierno se trasladó a Brasilia. Adriá

y yo paseamos por sus calles, fuimos a ver las mansiones venidas a menos y el palacio de Catete, con su arquitectura neoclásica de ventanales altos, rejas y estatuas de tamaño natural en las cornisas. Ambos nos mantuvimos fieles a nuestro anhelo y viajamos a cumplir el sueño de correr los cuarenta y dos kilómetros y ciento noventa y cinco metros que nos separaban de la meta.

Ayer, a las siete de la tarde chequeé el informe meteorológico. El pronóstico daba nublado con posibilidades de precipitaciones leves. Mejor: el sol de Río puede ser incisivo. Descansé de un solo tirón y me sentí fuerte. Cagué, desayuné y tomé medio litro de agua. Pasé la vaselina por mis tetillas, la entrepierna, las axilas, entre los dedos de mis pies, tal como lo indicó Alejandro, y me amarré los cordones de mis zapatillas que los tarahumaras reprobarían de forma contundente.

Si me vieran con el audífono del reproductor digital ajustado a mis orejas, con una bebida isotónica en la mano y con un reloj para controlar la frecuencia cardiaca en la otra, me entrarían a flechazos. Así es la vida de hoy, yo nací en el valle de Ischilín al que lo único que le queda de indio es el nombre. Busqué en la valija la camiseta roja con detalles negros que me regaló Alejandro, me la puse y me miré al espejo. Cómo hubiera querido que estuviese conmigo para decirme algunas frases que me ayudaran con la ansiedad. Me coloqué un buzo aunque el clima fuera agradable a las seis de la mañana —soy un poco friolento—, salimos a la calle y tomamos un bus hacia Barra de Tijuca, el lugar de largada. El horizonte comenzó a encenderse con destellos violáceos y la luz le devolvió la forma a las playas amarillas. Marcó la línea del horizonte que corta al mar, el relieve de las montañas y las favelas en las que miles de personas viven

de forma hacinada y caminan por escaleras por las que bajan las aguas negras a un lado y otro.

Durante el recorrido pensé en mi abuela. Murió el diez de julio de dos mil diez, unos días antes de embarcarme. En el velorio me peleé con un trabajador de la empresa funeraria, porque ingresó a la sala para llevarse el féretro con su celular pegado a la oreja. Hablaba a los gritos con alguna novia y sonreía con un cigarrillo prendido a la boca. En su otra mano llevaba una botella de formol tapada con un algodón. Me puse en frente de él y lo miré con los dientes apretados.

«¡Fuera! ¡Fuera! ¡Irrespetuoso de mierda!», barrí mi mano hacia la salida. Un hermano de mi mamá, que tiene el carácter débil, me amonestó con la mirada por romper la solemnidad del ritual. Me acerqué a él, apreté su brazo y le dije al oído: «¡Vos sos un pelotudo! ¿Cómo podes permitir que irrespeten este momento?»

Al ver mis ojos envenenados y mi respiración agitada, contestó:

«¿Quién te creés que sos? ¿El centro de la tierra? Sos un creído, y un mediocre, y estás lleno de odio».

La muerte nos altera a todos y nos hace actuar de forma extraña. Ver el féretro con la cinta violeta y las letras doradas con su nombre: María Isabel Atala de Baracat, me llevó a dolores del pasado cuando murió mi tío Eduardo Baracat, mi abuela Matilde Menguenedjian y mi papá Juan Antonio Bechara. Supongo que no queríamos que la abuela Chabela nos dejara. Acumular muertos nos llena de tristeza y nos acerca a nuestro propio final. Con ellos se entierra una parte nuestra. Es la ley de la vida, pero no quiero que se me vaya nadie más.

Aunque el tío y yo acarreamos nuestros defectos, nos reconciamos unas horas después. Ya lo dijo Alejandro Barreiro:

«La clave del éxito en cualquier relación es la aceptación incondicional, turco».

Escribí las últimas palabras para mi abuela y las leí en el cementerio, enfrente de ciento cincuenta familiares y amigos entristecidos:

*«Cuando Chabela encontró el mundo, ninguno de nosotros estaba en él. Nos vio nacer, crecer, y aprender. Tropezar y volver a levantarnos. Curó nuestros dolores. Nos sosegó con palabras sabias y jamás se quejó por nada.*

*El mundo será un lugar más pobre sin tu risa. Un lugar más ajeno sin tu memoria. Siempre te recordaremos, Chabela. Al hacerlo, nos llenaremos de tu magia, una vez más.»*

Luego de leerlo, un tío abuelo que tiene la certeza de que morirá el 31 de diciembre de 2013, me pidió que escribiera su despedida. Dice que las profecías de un cacique comechingón expresan que parte del mundo se acabará en esa fecha. He aceptado escribirlas con cierta reserva. Reconozco que es la primera vez que me han considerado tan en serio por mi oficio. Le he dado dos o tres modelos de su despedida más un epitafio de bonificación con palabras de posteridad. Su petición me muestra que si bien aún no he llegado a ganarme el premio Nobel de literatura, he escalado posiciones entre mis parientes y ahora soy el elegido para escribir sus palabras finales. Se las mandé por email y me contestó con sarcasmo: «Me muero por estrenarlas».

Sea como sea, la muerte siempre llega en la semana errada. Se aparece con su manto negro el día que menos lo pensamos, el mundo se detiene y la gente alrededor del muerto termina descorazonada.

A medida que el bus bajaba la ladera y se acercaba al punto de largada, me preparé para el inicio. Masajeé mi rodilla con diclofenac, tomé un protector gástrico, tragué

dos pastillas de cincuenta miligramos de otro analgésico, le agregué un Supradyn y un miligramo de creatina, estas últimas, de tamaño gigante. Los maratonista brasileños que iban con nosotros lucían radiantes y parecían buena gente. Me acordé de una película en la que unos detectives descartaban a unos corredores como los posibles perpetradores de un crimen. El jefe de la investigación alegaba que estaba probado: los corredores nunca son delincuentes. Cuán lejos estaba esa ficción hollywoodesca de la realidad: en mi país la mayoría de los políticos practican el jogging.

Justin, un norteamericano de Florida, ajustó en su muñeca un reloj de cinco pulgadas con GPS, medidor de velocidad, medidor de calorías y demás funciones. Con Paulo C. y Paulo S., un par de cariocas sentados adelante de nosotros, bromeamos sobre Maradona y Pelé —uno de ellos dijo que ni siquiera valía la pena analizar cuál de los dos había sido mejor—, hablamos de Bossa Nova y nos relajamos con algunas risas. Jamás mencionamos la palabra «carrera» o «maratón». Del otro lado del pasillo, una pareja de Fortaleza se miraba con ojos brillantes. La forma en que se alentaban me hizo ver lo mucho que necesito compartir una pasión así de fuerte con mi compañera. Me muero de ganas por correr con ella. A lo mejor algún día suceda. Mi hermano Dany dice que el amor es compartir pasiones. Él también es corredor aunque actualmente se está preparando para una caminata de veintiséis días desde Katmandú hasta el campamento base del Everest.

El bus se detuvo en una calle llena de corredores y nos bajamos con calma. Le di un par de palmadas en el hombro a Adriá y recordamos la última vez que corrimos juntos, hacía nueve meses, en la pista de los unicornios de Itacaré. El maratón de Río parecía distante en ese momento. Desde

entonces, Alejandro nos guió por un camino que hemos seguido al pie de la letra. Su plan de entrenamiento nos ha llevado a recorrer tres mil kilómetros, lo equivalente a la distancia que hay entre Lima y Bogotá, o lo equivalente a diez horas de trote semanales, a cinco pares de zapatillas de alta tecnología —destrozadas con mis fabulosos pies de *hobbit*—, varias uñas caídas, cientos de horas de reflexión y mutismo, o lo equivalente a encerrarse en aquel mundo y trabar las puertas por un tiempo. Todo eso tenía que valer la pena.

Antes de ir a la largada, me masajé por última vez con una pomada. Al frotarme, alcancé a ver que mi mano tiritaba. Calentamos los músculos como nos enseñó Alejandro. Adriá no hablaba ni una palabra; miraba fijo el suelo. Yo hablaba sin parar. Cada quien tiene una forma diferente de hacerle frente a los momentos críticos de la vida.

Cerca de veinte mil personas estaban listas para salir. La música resonaba en los parlantes y la luz de la mañana dejaba las sonrisas a la vista. Correríamos por Barra de Tijuca, São Conrado, Leblon, Ipanema, Copacabana, Botafogo y al final por Flamengo. Una gira épica y sentimental de la «*cidade maravilhosa*» nos esperaba. Vería lo que vio Vinicius de Moraes y luego plasmó en su libro *Roteiro lírico e sentimental da cidade do Rio de Janeiro e outros lugares por onde passou e se encantou o poeta*, sentiría lo que sintió Chico Buarque en la época dorada del bossa nova y cantaría para mis adentros *Quem te viu quem te ve*. Las olas aplaudirían mi performance en la línea de meta, apretaría los puños y entonaría la siguiente estrofa: «*Hoje o samba saiu / laia láia / procurando você / Quem te viu, quem te vê / Quem não a conhece / não pode mais ver pra crer / Quem jamais esquece / não pode reconhecer...*».

Los corredores de elite se dispararon de primero. Los del segundo pelotón buscaban hacer la tarea en tres horas. Atrás



largamos los que pretendíamos terminarla en cuatro horas, la inmensa mayoría.

—No lo des todo al principio. El maratón se gana con medida. Esa es una de las reglas de Alejandro —dijo Adriá braceando con calma.

El crispar de las olas me relajó, respiré por la nariz, exhalé y regulé el paso. La extensión de playa y su contraste de arena fina con el turquesa del mar me hicieron sentir sublime, como un hijo de Ischilín presto a conquistar tierra extranjera. Me sentí fortalecido por los dioses tarahumaras y sus seres benévolos como el sol, las serpientes y las piedras.

La mano de Adriá en su bajo vientre me hizo ver que necesitaba parar.

—Oye tío, estoy que me meo.

En el kilómetro uno meamos contra el viento. Volvimos al asfalto y seguimos trotando hacia el norte. Los miles de corredores se extendían hasta donde alcanzaban a ver mis ojos. Muy a lo lejos, se vislumbraban algunos morros de Río, dentro de los cuales debía estar el de Ipanema.

En el kilómetro dos nos fijamos una meta: seguir a la rubia del trasero hermoso. En el kilómetro tres comencé a no responderle a Adriá cuando conversaba conmigo. Un pájaro negro cruzó la ruta y desapareció en el mar. En el kilómetro cuatro la molestia en mi rodilla se incrementó de forma leve. Se fue en el kilómetro cinco. El kilómetro seis pasó inadvertido. En el siete la molestia volvió con otro título: se transformó en dolor. En el ocho algo se rompió dentro de mí. Apreté los puños e invoqué a los dioses tarahumaras. Ninguno me respondió. Invoqué a los dioses griegos. Estaban saturados de pedidos en el Olimpo. Invoqué a Osiris. Me dijo que ya había hecho muchos milagros por mí en la vida. Invoque al dios supremo Dagda y me respondió: «¿por qué habría de

ayudar un dios irlandés a un cordobés en apuros?». Me dirigí a la luna de los comechingones y me dijo que nunca había conocido a un deanfunense tan pedigüeño. Invoqué al Dios cristiano y me pareció escuchar: «Y ahora te venís a acordar de mí». En el kilómetro nueve empecé a llorar sin que nadie se diera cuenta. Rengueaba. En el kilómetro diez frené a Adriá, lo miré a los ojos, me saqué el reloj y se lo di.

—Adriá, te tengo que dejar —le advertí con un nudo en el estómago—. Seguía a seis minutos por kilómetro y no mirés atrás.

—Tío, que no te lo puedo creer. Dale hasta que se te reviente. Por favor, Edu.

—Se me reventó hace dos kilómetros.

—Dale un poco más...

Entendió cuando vio mis ojos. Lo empujé hacia adelante entre la muchedumbre.

—¡Hacelo por los dos, pendejo! ¡Te espero en la meta!  
—grité para animarlo.

Fui rengueando hasta una ambulancia. Los ocupantes estaban sentados con los antebrazos apoyados en las ventanillas. Me senté a un costado del camino a masticar mi dolor y arranqué con las uñas el pasto del suelo. Me agarré la cabeza, me tapé los ojos con las palmas de las manos y pensé en todo lo que había trabajado. Los destapé y maldije mi suerte. Cientos de corredores pasaban a mi lado. Algunos me miraban y apretaban los labios en señal de compasión. Un peruano que había conocido en la largada se aventuró a consolarme.

—¡La puta madre compadre! —gritó y negó con la cabeza.

Me quedé ahí un rato pensando que un corredor de maratones conoce el dolor de no poder soportar más dolor. Eso

es lo único que lo puede empujar a la orilla. Era por eso que todos entendían mi gesto desencajado. Ese vacío angustioso que me taladraba el pecho tenía nombre: fracaso. ¿Algo no se hizo como tenía que hacerse?

Me levanté confundido. Había hecho todo lo que me dijeron. Dejé de lado todo y a todos por triunfar en este momento y la victoria se me escapaba de las manos como la marea en retirada. El mar centellaba. La luz de la mañana bañaba de alucinaciones la costa y le daba a mi dolor la magnitud de una tragedia griega. Eduardo Bechara Baracat se desplomaba en el centro del templo de Epidauros y esperaba con su cuerpo tendido, el sacrificio en el altar de Zeus. El padre de los dioses lo fulminaba con un rayo y su corte se lo llevaba en un caballo alado con una cruz roja y la palabra: ambulancia pintada en su montura de cristal.

—¡Mierda! —le grité al viento.

Pasaron veinte minutos y decidí continuar con mi vida. Ya no sería la misma. Algo en mi centro, en ese lugar que me define (el santuario de mi yo), se había fisurado. Con mi orgullo y mis ligamentos dañados subí a la ambulancia.

Auria, la fisioterapeuta, me aplicó hielo. Edson, el doctor, me dijo que habría miles de otras carreras. Monique, la policía de a bordo, trataba de consolarme en español. El chofer hizo unas bromas, y al ver que nada surtía efecto, dejó de hablarme. Enfoqué los desfibriladores, las placas para conectar sondas, el suero, el monitor y los aparatos varios.

—¡Quiero hacerme un electroshock! —dije.

—*Você tem que ser positivo, menino* —respondió Auria.

Unos pocos corredores aún pasaban en sillas de ruedas y muletas.

Iniciamos el camino hacia el centro de Río, hice mis cálculos y les pedí que me dejaran en el kilómetro treinta y

cuatro. Habíamos entrenado para terminar el maratón en cuatro horas. Si caminaba despacio podía llegar rengueando hasta la meta.

Me dejaron en Copacabana antes de que pasara el primer corredor. Las olas seguían centellando y el sol calentaba la arena. El morro Pão de Açucar se levantaba en el norte con su forma de cúpula de piedra. Caminé por la calle frente al tumulto que invadía la orla y esperaba a los corredores de elite. Pasaron dando zancadas largas. Las fibras de sus piernas surgían bajo su piel con cada paso. Sus cuádriceps se dividían en varias partes que demarcaban sus músculos. Sus cuerpos carentes de grasa les daban apariencia de estar mal alimentados. Sus respiraciones aceleradas y rostros de esfuerzo, mostraban la fatiga de estar peleando la carrera. Era el momento de darlo todo.

Seguí caminando entre el tumulto de corredores, terminé de recorrer Copacabana e ingresé al túnel que lleva a Botafogo. Sus pasos lanzaban su eco contra la oscuridad de las paredes y desaparecían camino a la luz al final del túnel. Salí a la pequeña bahía invadida por los veleros. Desde ese punto se veían con claridad los teleféricos que subían a los turistas al Pão de Açucar. Caminé por una punta de la playa serpenteante y me detuve en el kilómetro treinta y nueve con un Gatorade en la mano. Quería ver a mi amigo pasar por ahí, quería aplaudirlo y que vengara mi mala leche. Lo esperé durante una hora y media hasta que lo vi. Venía corriendo de forma precisa, a seis minutos por kilómetro.

—¡Vamos, pendejo, que ya la tenés! —le entregué la bebida.

Se detuvo y tomó un trago.

—Gracias, Edu.

Mostró su pulgar, sonrió, reguló el paso y se entreveró entre los demás corredores. Terminé de recorrer Botafogo frente un mar que tenía unos visos más oscuros. El sol coronaba el cenit y me iluminaba así no hubiera sido mi día. La gente me alentaba. Aplaudía y agitaba sus manos como si me lo mereciera. En el cuarenta y uno recorrí el extremo norte de Botafogo. Algunas lanchas pasaban tirando a esquiadores equipados con chalecos salvavidas. Frente a ellos un morro puntiagudo le daba la bienvenida a Flamengo.

Los corredores me seguían pasando. Arrastraba mi pierna y sentía dolor, aunque me reconfortaba que todo estuviera llegando a su fin. Pasé por el lado del último puesto de hidratación donde los atletas tomaban los vasos de plástico en sus manos, sorbían un trago, y los arrojaban al piso. Los últimos pasos fueron tortuosos. Enfrenté esa última playa en la que el hombre le ha ganado terreno al mar. Cada uno de mis pasos doloridos me ayudó a recorrer un terreno en el que había agua y ahora se levantan edificios habitados por miles de personas. Respiré el aire fresco y caminé por un boulevard que delimita la costanera y acaricia la cara de los morros. El paraje me hizo pensar que el *aterro do Flamengo* es un triunfo de la arquitectura, un premio al anhelo de los seres humanos por acercarse al mar.

Los triunfadores cruzaban la meta y levantaban sus brazos. Algunos lloraban de alegría. La *maresía* los envolvía entre sueños de salitre y caminos eternos. Adría me estaba esperando. Conversaba con otros corredores. Cruce la meta y levanté los hombros. Mi llegada no significó mucho. Tan solo fui un caminante en medio de los maratonistas. Cómo me hubiera gustado llegar por mi propio esfuerzo. El lado oscuro de los seres humanos se me apareció: Por un segundo lo envidié con saña.

Saludé a mi amigo, lo abracé y lo felicité.

—Si no la terminabas vos, nos hubiéramos ido con las manos vacías —dije con mi palma en su hombro.

—Esta te la dedico a ti, tío —respondió.

\*\*\*

A veces las cosas no salen como queremos. Trabajamos duro y nos obsesionamos con nuestra meta. Hacemos planes basados en nuestros caprichos y desconocemos el poder del cosmos para barrer con un soplo nuestras ínfulas. Salimos a la ruta, la transitamos, nos alertamos y nos asustamos al sentir dolor. Y cuando vemos que no hay otra alternativa, el resto de nuestro viaje se nos trunca por causas que no podemos comprender. Abandonamos nuestro sueño y volvemos a casa con las manos vacías.

Esto lo escribo desde el Art Hostel de Cateté. Un lugar que parecía un paraíso a mi llegada. Si fuera un infierno ardiendo en llamas y azufre, ahora mismo ni lo notaría. Me da igual. Estoy triste, cansado, y solo quiero irme a dormir. Mañana vuelvo a Deán Funes.

*Río de Janeiro, 18 de julio de 2010*

## LA FUGA DE NATALIA ZABALA

El reloj da las 9:30 en la noche y las mesas de la confitería La Ideal se empiezan a ocupar. En mi pueblo pululan los analistas de café. Ya veo algunos: se toman el mentón, miran de frente y esgrimen un argumento demoleedor. Otros sonríen: encontraron un refugio de la cotidianeidad al recordar alguna fechoría. Suena una canción que unas señoritas conocen. Mueven los labios acompañando la voz que sale por los parlantes colgados del techo. Es una canción entusiasta de un cantor ilusionista, de esos que gritan al tope de sus pulmones que el amor es eterno y que son felices de verdad. Pertenezco a un mundo donde la felicidad y la ilusión son dos conceptos demasiado gaseosos. Lo compruebo cuando hay tantos niños que no pueden elegir su futuro y están condenados a un universo que les hará daño.

Dos viejos contrincantes abren el tablero de ajedrez y organizan sus respectivos ejércitos. Anatoli Karpov y Garry Kasparov, los dos archienemigos campeones del mundo, no se conocen tanto como ellos. Los he visto practicar este ritual desde que era un crío. Algo cambió desde entonces: uno ya no tiene pelo y el otro lo tiene blanco. Yo también cambié. Me convertí en este... ya es tarde para ser otro.

Antes de ser famoso por su arte pujante y místico, Deán Funes fue uno de los destinos elegidos por los inmigrantes debido a su desarrollo económico. El ramal ferroviario se abría desde aquí hacia el país, como un delta de hierro indes-

tructible. Hoy, esos sueños duermen tapados por el óxido y la desidia de nuestra clase política. «La perla del norte» está rodeada de sierras, inmortalizadas por nuestros paisajistas y músicos. El arte es lo que queda cuando todo lo demás colapsa.

Pago la cuenta. Estoy abarrotado de cafeína. Siento en el pecho un hormigueo extraño. Hay días en que uno percibe cuando algo está por ocurrir. Al salir, una ráfaga me azota la cara. Mi viento y yo tenemos una relación complicada: tal vez sea amor y odio. Hay días que lo siento refrescante, otros, me aturde. La mayoría me recuerda quien soy: un deanfunense de pura cepa, cien por ciento adormecido por la decadencia moral que empujó al exilio a unos y a otros los paralizó en un *statu quo*. Atravieso un piso de laja y veo algunos de los miles de tordos que habitan la catedral de pinos, palmeras y palos borrachos. La estatua de Domingo Sarmiento mira hacia el este. El escenario tiene un muro labrado con el acta de la independencia de Argentina. En la fuente sin agua, juegan dos perros. Ruego salir ileso de una posible lluvia de guano.

Dejo atrás la plaza Sarmiento y cruzo la calle. El edificio del Banco de la Nación Argentina se alza en la esquina con sus molduras artesanales y su escudo. Sigo por la Sáenz Peña por la vereda de la zapatería Falcón hasta llegar a la panadería El Sol, de la que sale un aroma a pan recién horneado con el sello español de los Naveira. Algo que dejó la época dorada fueron la arquitectura neoclasicista y las recetas de cocina de los inmigrantes.

Mi abuela llegó al pueblo después de fugarse de Estambul por un camino lleno de cadáveres, mientras Abdul Hamid, el último sultán otomano en ostentar poder absoluto, asesinaba a un millón de sus hermanos armenios. Mi abuelo



llegó de Siria. Huía del hambre y la muerte que dejaban las persecuciones religiosas. Los que vinieron de Italia escaparon del hambre y la peste. Todos mezclaron su saber con el de los criollos y ayudaron a que Deán Funes se convirtiera en un enclave ecléctico.

Me paro enfrente de la escuela de arte Martín Santiago y detallo sus paredes altas. La puerta de cedro puede tener cien años. A través de la ventana veo gente que aprecia la muestra de Natalia Zabala. Supe de su arte a través de un cuadro que tiene mi hermana Astrid, titulado *Pedro Navaja*. Cuando lo vi, pensé que el callejón oscuro, flanqueado de edificios rojos, me tragaría junto a la sombra de dos figuras humanas. Enfrente del lienzo de dos metros por dos metros, supe que a Pedro Navaja lo habían salvado de la muerte una vez más. Artistas como Natalia Zabala tienen el poder de dar vida: ese es el milagro de la creación. Quise conocerla aunque supe que sería imposible hablar con ella. *La vida te da sorpresas...*

En la entrada me topo con un busto de Martín Santiago esculpido por Jorge Luis Garay. Sabemos que Martín era menudo. Sin embargo, el artista decidió que pasara a la posteridad con facciones fuertes y barba de dios olímpico.

Un pasillo ancho con pisos de baldosas coloridas conecta el hall de entrada con el salón de la muestra. El recinto lleva el nombre de la artista: «Sala de exposiciones Natalia Zabala».

Los invitados comentan la obra. En medio de ellos diviso a una mujer que me gusta. Observa un cuadro de la serie *Identidad Quebrada*. Su pelo negro cae por encima de sus hombros hasta una falda que le ajusta el trasero. Antes de arrojarle una mirada romántica o lanzarle una frase de abordaje, me digo a mí mismo y me lo repito como un mantra: sabés que tu corazón está prendado.

He luchado toda mi vida contra los demonios ancestrales de la infidelidad. Me habitan como una maraña de fantasmas y me persiguen donde vaya. No podrán conmigo. ¡Malditos! Aprieto las mandíbulas.

*Las cuatro estaciones* de Vivaldi acompañan la gala. El sonido de la mezcla de cuerdas se acopla a los murmullos. La música clásica tiene esos dos universos: aborda en un nivel básico a los ingenuos como yo, y en otro nivel a los conocedores de verdad. La música nos acaricia.

Muchas de las obras no tienen nombre. Me detengo frente a uno de sus óleos. Una figura de color negro atrapa a otra de color rojo. Es la muerte. Se cobra la vida de alguien y lo arrastra a su imperio de oscuridad. Al fondo, una ciudad llena de edificios.

Mecha Vanella, la mejor amiga de Natalia, me ofrece una copa de vino. La saludo con un beso y sigue de largo. Continúo por la muestra y detallo los dibujos en lápiz. Uno de ellos, también de la serie *Identidad Quebrada*, muestra figuras en conflicto pintadas con varios tonos de rojo.

Desde que el arte es arte, se han tratado de sintetizar los anhelos profundos de los seres. Hay quienes transforman cualquier objeto trivial en uno cargado de emociones. Los artistas de Deán Funes son tan capaces como los de Soho, Nueva York, solo que aquí pocos les dan crédito. Admiro su gallardía. Conozco su lucha y el precio de una profesión que en vez de generar ganancias, genera cuestionamientos.

Pienso en su pureza en contraste con los de la servidumbre televisiva, pseudoartistas con el corazón de algún material sintético. Imagino sus caras en medio de una revolución. Eso nunca sucederá. No me permito soñar que existe una salida en la que todos sonriamos un día abrazados en el escenario de la gloria: soy un «desilusionista».

Una mujer rubia observa a su alrededor. Le brillan los ojos. Me acerco a su lado.

—Soy la mamá de Natalia —dice y aprieta los labios.

—Parece mentira que haya creado tanto en tan poco tiempo —me aventuro a decir.

—Hemos guardado su obra. Después de su muerte decidimos hacer esta muestra —comenta y endereza un lienzo colgado en la pared.

—Cada uno de los artistas le brindó un tributo colgado en las diferentes paredes del salón. Tal vez yo pueda hacer lo mismo.

Bebo un poco de vino y me acerco a un montaje en el que el *performer* Pablo Sebastián Nieves utiliza una *laptop* abierta con un video. *En los pies de ella*, un cortometraje, muestra pies descalzos caminando por un sendero. A su paso va arrojando papeles de varios colores como una ofrenda de luz. Otra pantalla muestra la intimidad de su proceso creativo, a través de un video que aportó Mecha Vanella. Proyecta una paleta, un peine, una tela, un pincel, una silla, una mesa, una etiqueta de cigarrillos vacía y fotos en las paredes. Todos elementos cotidianos de su arte: símbolos de su templo.

«Chepeto», un colega músico, le grabó una canción. Su reproductor Mp3 cuelga de una tanza con un letrero que sugiere: «escuchar». Al colocarme los auriculares, me aborda la canción que compuso para Natalia: «Nada más me dice el frío / Nada más en el silencio / El abismo te hizo más real».

—Natalia era muy querida en nuestra escuela —me dice Walter González, el director de la institución, quien se acerca a conversar—. Su muerte nos devastó.

—Lo veo en los ojos de todos, Walter.

Me hace una seña y me pide que lo acompañe. Una leyenda escrita en la pared con tiza indica que hemos llegado

al tributo que él le hace. Hay un recipiente de vidrio lleno de agua. En la base hay un puñado de bolas de cristal, de esas que tienen su centro coloreado. Adentro de una bolsa de red, reposa una de ellas. Un cartel dice: «Genio descansando». La mirada de Walter está puesta en el piso.

—Ella era luz y transparencia, ¿me entendés?

Ariel Ramos, otro artista de peinado innovador y salvaje, yace al lado de una silla pequeña. Hay un libro de Oliverio Girondo. Sus instrucciones proponen: «Siéntese, abra el libro y lea un poema al azar». Me encamino, me siento y lo abro en un poema que se titula: «Vórtice».

«Del mar a la montaña,  
por el aire, en la tierra,  
de una boca a otra boca,  
dando vueltas, girando,  
entre muebles y sombras,  
displicente, gritando,  
he perdido la vida,  
no sé dónde, ni cuándo.»

Camino afuera y respiro. Tengo un nudo en la garganta. La noche está estrellada («y tiritan azules los astros a lo lejos... Puedo escribir los versos más tristes esta noche / Pensar que no la tengo / Sentir que la he perdido»). El poema XX de Neruda llega a mi cabeza.

La primavera calienta el aire. En el cenit resplandecen las Tres Marías. Si fuera como el viento, correría por esa ruta hasta Sauce Punco, hasta San Vicente o más allá... Descargaría mis frustraciones y tristezas. Renovaría todo con un soplido triunfal. Tal vez me encontraría con Natalia en otra dimensión, le preguntaría cuál es el motivo de la angustia

que germina en sus composiciones. Todo cae en un abismo de cuestionamientos sin respuesta. No me doy por vencido. Necesito ver más.

Me encamino hacia el salón donde se expone el resto de su obra. Pedro Ponce de León, otro artista premiado de mi pueblo, cruza sus brazos y observa. Sobre el piso antiguo de madera entablonada, se proyectan, una tras otra, sus pinturas. *El invierno*, en *Las cuatro estaciones*, continúa intensificando el desasosiego. Vivaldi debió estar muy triste al componerlo.

—Uno piensa que es eterno en el mundo —dice Pedro y frota sus ojos.

—Uno piensa demasiado, Pedro. —Pongo la mano en su hombro—. Puedo ver la desilusión de Natalia en sus composiciones.

Miro la proyección de un rostro de facciones tensas construido con trazos rápidos. Le siguen unos paisajes y unas rutas. Diversas formas geométricas se combinan y se mezclan entre líneas, espacios de colores terrosos y fondos planos.

—Esta es la técnica que mejor la definía: la fuga vertical —explica Pedro—. Las figuras se contraponen, dando una sensación de escape a través del conflicto.

—A mí también me define la fuga, Pedro. No como técnica artística, sino como forma de vida—le explico y subo los hombros.

El último de sus cuadros se proyecta en el suelo y el primero aparece de nuevo, abriendo un ciclo infinito en el que vive para siempre.

Bebo otro vino. La gente se ha ido despidiendo y ya casi no quedan visitantes. Voy montado en un carrusel luminoso que no quisiera detener. Un solo de violín llena el salón. Mis ojos brillan. Saboreo y me cuesta tragar el vino tinto. Veo

montañas y senderos. Me escapo en rutas que atraviesan el planeta hasta golpear al horizonte.

Frente a las imágenes del mundo que nos dejó, me parece escucharla. Con una voz cálida y suave me explica que es una fugitiva de un mundo que intentó apresarla: «Pero no te engañés», termina diciendo. «La tierra es un lugar maravilloso aunque no lo creas».

Quiero decirle a su mamá que Natalia me está hablando de caminos infinitos y atardeceres naranja. Con las últimas armonías del concierto de cuerdas, la veo elevarse a un espacio donde nadie podrá callarla. Nadie.

Con su voz cobran sentido los puntos de fugas que animan sus obras. Natalia Zabala corrió a cumplir su destino con la grandeza. Se fue demasiado pronto, dejándonos a todos con la ilusión desgarrada.

Walter, Ariel, Mecha, Lucas, Carolina, Chepeto, Jorge (con su hija Violeta en brazos) y Silvia, los artistas que gozaron de su amistad, conversan en semicírculo junto al busto de Martín Santiago.

Me despido con un abrazo. Ellos son la fuerza de la resistencia. Cisnes que viven atrapados en un mundo de patos, como dice mi homónimo, el novelista Eduardo Bechara Navratilova. Representan mi orgullo, la razón por la que llevo mi pueblo arraigado en la sangre. Salgo del edificio. Corro hasta mi casa para escribir estas palabras.

## EL ÚLTIMO VIAJE DE MALDJ

La mañana del trece de febrero de 1862, un grupo de oficiales otomanos de alta jerarquía arribó a las llanuras de Marash. Las nubes manchaban el horizonte de Armenia, presagiaban tormenta y el viento del invierno descendía a las calles desde las cumbres nevadas de los Montes Tauro. Cabalgaron por la villa con un pergamino que contenía un texto escrito por el jefe de calígrafos del palacio, rubricado con el sello del Gran Visir. En ostentosas letras doradas decía: «Su majestad, el Emperador Abdulaziz, Califa del Islam, requiere al primogénito de esta casa para incorporarlos al honorable ejército imperial».

Durante aquella semana veintisiete niños fueron raptados y llevados a Constantinopla, en medio de los gritos impotentes de sus padres. El menor de todos era Parsej Menguenedjian.

Parsej creció lejos de su familia, cambió de lengua, de costumbres, y vivió junto a niños griegos, judíos y albaneses, asimilados de modo obligatorio al régimen militar otomano mediante la ley del *devsirme*. Las condiciones monásticas de instrucción militar endurecieron su carácter. Aprendió a leer y escribir en turco, francés y alemán. Estudió los clásicos griegos aunque se deleitaba en secreto con poemas armenios de Ghevont Alishan. Le embutieron las leyes del imperio turco y le inculcaron el amor al Islam. Parsej obedecía a sus ritos pero rechazaba la religión en secreto. Creció en las afueras

del palacio imperial de Dolmabahçe donde contemplaba el rumor del Bósforo arrullando la noche helada y repleta de estrellas. Recordaba con nostalgia a su familia y a sus amigos y se repetía, contra la espesura de la soledad: «Algún día regresaré a Armenia».

Parsej era diestro con la espada y ascendió en la infantería. Fue teniente con diecinueve años y cuando Murad V sucedió al sultán Abdulaziz, fue destinado a la guardia imperial. Unos meses después, durante el verano de 1876, Abdul Hamid II derrocó a su hermano Murad V, hombre ridiculizado por paranoico y gustar mucho de la bebida, y a su otro hermano, Mehmed V, lo encerró en un calabozo. Para acabar con la amenaza de que algún familiar le disputara el trono, Abdul Hamid II fue más lejos y mandó asesinar a su tío Abdulaziz. Dos eunucos encontraron al antiguo sultán en una de las cámaras del harén en el palacio de Topkapi, tendido boca abajo con el rostro lívido apoyado sobre un charco de sangre y las venas abiertas en sus antebrazos. Lo hicieron parecer un suicidio ante los ojos del mundo. En medio de los asesinatos y traiciones Parsej fue escalando posiciones y ganándose la confianza de sus superiores.

Durante el verano de 1878 le dieron una licencia en el servicio y volvió a Marash. Luego de aquellos años de ausencia encontró que sus padres habían muerto y sus tres hermanas se habían marchado de la ciudad. Terminó de romperle el alma darse cuenta que sus amigos de la infancia no lo reconocieron. Se lamentó frente a la cordillera erguida al final de la llanura. Se sobrepuso a la angustia y volvió a Constantinopla deseando hallar trazos de su identidad perdida. En contra de los prejuicios de sus colegas militares se casó con una armenia de Van que le dio un hijo llamado Narcés. Ella le devolvía las raíces que había perdido en el



destierro. La amó de forma intensa durante muchas noches en las que el reflejo de la luna acariciaba la superficie chispeante del Bósforo. Se sintió feliz, ella era su familia, su sangre, un eslabón a sus ancestros. Como suele ocurrir cuando un hombre es tan feliz, el destino le tenía preparado una fatalidad. Dirouhi Pakasian, su bella esposa de ojos claros y piel tostada, se enfermó un buen día, agonizó con fiebres altísimas y murió. Parsej llevó al pequeño de tres años a vivir en la casa de su tía Gelas, la hermana soltera de su mamá, quien se había mudado al barrio Samatia de Constantinopla hacía un par de años. Volvió a su vida militar y en 1893 ganó el grado de capitán en la guardia privada de Abdul Hamid II. Su disciplina y temple le granjearon el honor de ser el primer armenio asimilado en acceder a esa posición en el ejército otomano. Parsej sintió una mezcla de orgullo y desconcierto. Triunfaba y era respetado, pero aquellas personas no eran su gente.

Con el tiempo la tensión entre cristianos y musulmanes se fue incrementando. Los intelectuales armenios se congregaban en mítines secretos dirigidos por literatos, músicos, pintores, científicos y autoridades religiosas que empezaron a planear una protesta masiva. Así, el 30 de septiembre de 1895, un grupo de manifestantes marchó por el barrio de Gálata, guiado por el líder de la iglesia ortodoxa. Entonaban canciones de protesta y blandían antorchas que aclaraban el anochecer rumbo a Dolmabahçe. Todo parecía indicar que sería una protesta pacífica hasta que un grupo de musulmanes a caballo les bloqueó el paso en la costanera que bordeaba al estrecho. Parsej, que descansaba de sus labores militares, se tranquilizó al notar la ausencia de mercenarios *hamidíes*, capaces de incendiar aldeas y violar a hombres, mujeres y niños.

Al reconocer al jefe de la policía turca Fikret Kantaroglu secundado por un pelotón de hombres armados, comprendió que estaban bajo las órdenes del sultán. Un frío atravesó su cuerpo. El jefe levantó su brazo y ordenó abrir fuego contra los manifestantes. Los cuerpos empezaron a caer. Los que suplicaban por piedad o agonizaban eran rematados en el suelo. Uno de los asesinos desmontó su caballo con un enorme cuchillo *yagatán* de hoja oblicua, se acercó a un adolescente y lo decapitó. Sujetó la cabeza sangrante de los cabellos, gritó un aullido enloquecido y la arrojó en dirección al Bósforo. La cabeza rodó sobre los adoquines de la calle y desapareció en el Cuerno de Oro, mientras que los demás sobrevivientes corrían para esconderse.

—¡Los perros cristianos deben arder en el infierno!  
—gritó el uniformado.

Los guardias vociferaron:

—Alá es el más grande —y se retiraron con sus armas al aire.

Parsej, quien no salía de su asombro, maldijo a Alá, al sultán y a su propio destino. Se alejó de la escena, tapó su cara con las manos y cuestionó el momento en que un hombre se gana el derecho a matar. Se recostó contra un edificio y contempló el mar con ojos vidriosos. Se odió por mantenerse fiel a un ejército que aborrecía su sangre y la de sus ancestros, se culpó por haber jurado proteger a un asesino y por haberse quedado callado mientras asesinaban a gente inocente.

El llanto de una niña lo sacó de su mudez. Caminó hacia un callejón y la vio temblando de miedo.

—Por favor déjeme vivir —suplicó la joven con voz temblorosa.

—Tranquila, no soy uno de ellos.

Parsej se acercó despacio. Sus botas negras resonaban en cada paso, las medallas al mérito brillaban en su chaqueta a la luz de la luna, y el *fez* coronaba su cabeza de cabellos rubios. La miró con sus ojos azules pero la niña no se atrevió a devolverle la mirada. Lloró y se cubrió la cara con las manos. Parsej la abrigó con su chaqueta y notó que el orín mojaba sus medias. La cargó en sus brazos, volvió a la escena del crimen, recuperó su caballo, la sentó en la montura y se acomodó detrás de ella. La abrazó con una mano y con la otra tomó las riendas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Nasik Bossian —respondió la niña entre sollozos.

—¿Tus papás están aquí?

—No, los mataron en Sasún.

—Eres de Armenia. Yo también soy de Armenia. —La miró de reojo—. ¿Con quién vives?

—En un orfanato.

Parsej taloneó el vientre al caballo, se pusieron en marcha y la llevó a la casa de su tía.

—Aquí estarás a salvo. Yo te voy a proteger. Te lo juro —le dijo.

La niña no respondió. Le dejó instrucciones a su tía y volvió galopando al palacio. Al ver al sultán rodeado de mujeres un nudo se formó en su garganta. Esa noche soñó que caminaba desnudo por una calle llena de personas. Alguien lo señalaba y le gritaba en una lengua extraña. Quiso contestarle pero no le salió la voz.

Nada volvió a ser igual para él después de la masacre de Constantinopla. Viajó hasta Armenia, averiguó quiénes habían sido los papás de Nasik, asesinados en la masacre de Sasún hacía más de un año, y volvió a Constantinopla. Sintió que algo había cambiado en él para siempre. Odiaba

los planes de expansión del imperio otomano y aborrecía su trabajo. El sueño se volvió recurrente. Fantaseó con asesinar al sultán pero era incapaz de matar. Pensó en ser maestro como su padre, o comerciante como su abuelo, pero era tarde. Él era militar. Esa era su vida. Su posición privilegiada en la que hacía silencio y se mostraba obediente ante sus superiores, le daban una coartada en la que podía proteger mejor a los suyos. Presentía que el ejército otomano seguiría avasallando a las minorías cristianas, pero no se atrevió a desertar porque hacerlo resultaría sospechoso.

Nazik y Narcés crecieron y se educaron como hermanos. Cuando realizaban alguna travesura, la tía los castigaba y los ponía a recitar los salmos. Tenían prohibido profesar la religión cristiana fuera de casa, aunque les enseñaba la historia de Armenia y los alentaba a querer al país de sus ancestros. A los pocos años Nazik se convirtió en mujer. Era de contextura pequeña pero tenía pechos generosos y caderas amplias. Sus ojos turquesa iluminaban su rostro de piel blanca.

—Quiero casarme contigo. He estado enamorado de ti desde el primer momento en que te vi —confesó Parsej un día.

Nazik se sorprendió. Lo veía más como a un papá que como a un esposo, aunque después de tanta muerte se sintió segura en sus brazos. Aceptó y se mudaron al barrio de Sul-tanahmet. Gracias al poder de Parsej, consiguieron arrendar un local en el Gran Bazar, un mercado techado por cúpulas adornadas con lapislázuli y motivos otomanos. Ella se dedicó al comercio de lámparas de vidrio fundido y con el paso del tiempo fue perfeccionando su habilidad para la compraventa. Desde la terraza de su casa respiraban el aroma del puerto mientras el sol se ponía detrás de los *minaretes*. Se tomaban del brazo, caminaban bajo la luz de la luna por las callejuelas

que bajaban al Bósforo e imaginaban un futuro feliz. En sus noches de pasión procrearon dos hijos. Un niño llamado Zareh nació en 1906 y una niña llamada Maldj en 1907.

Al año fue derrocado Abdum Hamid II, el último sultán otomano en ostentar poderes absolutos. (Pasó a la historia como «el sultán rojo» a causa de su propensión a derramar sangre). El grupo golpista formado por intelectuales y militares autodenominados «Los jóvenes turcos», sentaron en el trono a su hermano, Mehmed V, quien había estado encerrado treinta y dos años.

«Los jóvenes turcos» prometieron una reforma, intentaron restar poder al sultán y declararon que el cambio había comenzado. Los armenios estaban expectantes por aquel gobierno que en apariencia apoyaba la igualdad entre cristianos y musulmanes.

—¿Crees que ahora estaremos a salvo? —le preguntó Nazik al beber el café en la sobremesa.

—Son tiempos confusos. No confío en nadie. —Parsej exhaló el humo de su narguile—. Igual hay que ser cauto.

Con el paso de los años se hizo evidente que el anhelo de los cristianos por tener los mismos derechos que los musulmanes era un espejismo. La situación para las minorías se volvió insoportable y comenzaron a oírse los rumores de exterminio étnico. En medio del clima tenso Parsej fue ascendido a coronel y el Gran Visir lo nombró jefe de la guardia imperial de Mehmed V.

Narcés lo cuestionaba, apretaba las mandíbulas, le daba puños a la mesa y se aireaba llevando a Maldj a pasear por las callejuelas del distrito de Sultanahmet. Se detenían frente al convento Derviche, cerca de la iglesia de Santa Sofía (convertida en mezquita por Mehmed II), y se sosegaba cuando la niña miraba a los sufíes bailando al ritmo del *durbake* y

el *tanbur*. Giraban con sus faldones multicolores, los ojos cerrados y las palmas extendidas hacia el cielo en una especie de borrachera. Al atardecer visitaban el puerto y degustaban *bakhlavas* mientras los navíos atracaban en los muelles. Con frecuencia le cantaba canciones infantiles como la del poeta Antranik Berberian: «*Vuela gorrión hacia el Este / trae la luz de la montaña / y ponla en los párpados de mi niño / para que alumbre sus sueños en la noche*».

Narcés dejaba a Maldj en casa y volvía a las reuniones del Frente Revolucionario Armenio. Los jóvenes reaccionarios pasaban noches enteras buscando alternativas de cómo eliminar al *jizía*. Les parecía denigrante que los cristianos debieran pagar un impuesto para mantenerse con vida. Si lograban consolidar un apoyo popular o dar un gran golpe, terminarían las humillaciones que sufrían junto a los demás *millets* cristianos.

Parsej temió que su hijo fuera tildado de *guiavur* y sufriera las consecuencias de esa marca. Los infieles por lo general pagaban aquella afrenta con su vida. La sangre volvió a correr y las masacres se incrementaron. Los *hamidíes* encerraban a los cristianos en sus iglesias, le ponían una tranca y le prendían fuego. De esta forma vieron arder varias villas armenias. El gobierno confiscó propiedades, muchos niños fueron envenenados con inyecciones de morfina y algunas escuelas armenias fueron cerradas y usadas como cámaras de gas. Algunas mujeres con sus hijos fueron llevadas a altamar y arrojadas por la borda de los barcos. En Marash obligaron a las mujeres a desvestirse en público. Las golpearon con ramas de árboles y las quemaron vivas. Los *hamidíes*, asesinos kurdos liberados para hacer el trabajo sucio, arrasaban con lo que encontraban a su paso. Clavaban herraduras en los pies de los cristianos rebeldes y los obligaban a marchar. Otros fueron crucificados

y los más desafortunados atados a caballos que galopaban en direcciones opuestas hasta desmembrar sus cuerpos.

—Hijo, tienes que dejar Armenia en el pasado. No vale la pena morir. —A Parsej le parecía verse a sí mismo en el porte robusto de su primogénito—. Abandona el frente revolucionario, te lo suplico.

—Eres un traidor. Armenia vive en mí así como lo hace mi madre —le contestó Narcés—. No mereces hablarme nunca más.

En la primavera de 1915 Narcés decidió probar el valor de su sangre y en un mitín del Frente Revolucionario Armenio, planeó usar el nombre de su papá para ganar el acceso al palacio de Dolmabahçe. Pondría una bomba en el carruaje imperial o esperaría que el sultán caminara hacia la mezquita del palacio y lo asesinaría.

La información sobre el atentado se filtró a través de dos espías armenios amenazados de muerte y los planes llegaron a los oídos del sultán.

Parsej entró al palacio de Dolmabahçe preocupado. El sultán jamás lo había citado de forma personal. Subió con pasos temerosos la alfombra de mohair que cubría las escalinatas de madera. Su mano sudorosa se deslizó por la baranda nacarada, sus tacones resonaron contra los baldosines de cedro que cubrían los salones del segundo piso y miró su estampa de oficial en un espejo con el marco pintado en oro. Su respiración se agitó y una gota de sudor cayó de su frente. Tragó saliva y siguió frente a un óleo del maestro ruso Iván Ayzavowsky que mostraba un barco tragado por un mar embravecido. Aquellos muros adornados con obras neoclásicas parecían escuchar sus pensamientos. Dos guardias armados abrieron la puerta de la inmensa cámara donde el sultán recibía a los dignatarios internacionales. Un tapiz rojo

con la luna creciente adornaba una de las paredes. A través de un ventanal contempló con inmensos ojos negros la ribera asiática de Constantinopla. Mehmed V esperaba detrás de una enorme mesa rectangular labrada con *mahrabeias*. La barba tupida resaltaba sus pómulos de piel cetrina. Su nariz aguileña incrementaba su aspecto de guerrero. Parsej se acercó, besó sus faldones y miró al suelo.

—Has servido a cuatro sultanes de la *Sublime Puerta*. Por eso no te pediré que mates a toda tu familia hoy mismo. Mándalos lejos de aquí. Si se quedan un día más morirán como perros. —Parsej sintió que se le caía el mundo encima—. Nunca vuelvas por aquí —añadió el sultán.

Parsej salió del palacio, subió a la torre de Gálata y se sentó a llorar su suerte. Observó toda la tarde los barcos en el estuario del Mar Negro. El Cuerno de Oro cortaba ambos continentes con su abismo líquido. Al fondo, sobre un promontorio, se levantaba el palacio de Topkapi. El Mármara bañaba la costa de las Islas Príncipe. La Mezquita Azul llamó al *Salat Al Maghreb* cuando el último hilo del crepúsculo aún persistía. Los fieles se arrodillaron, pusieron sus frentes callosas en dirección al *Qiblah* y rezaron la cuarta plegaria del día. Deseó que alguien pidiera por su familia. Dio una inspiración profunda, corrió a su hogar y ayudó a Nazik a empacar algunas pertenencias.

—No hay tiempo que perder. Presiento que los armenios morirán. Debemos escapar hacia Siria. Una marcha de deportación saldrá desde Zeitun. —La abrazó con fuerza—. Los buscaré allá en unos días y huiremos juntos.

Le dio un puñado de monedas de oro y joyas en una bolsa de tela. Estrechó a Maldj contra su pecho, respiró su aroma y besó sus párpados cerrados. Se sentó en la cama de Zareh y le preguntó:



—¿Cuántos años tienes?

—Ocho.

—Ya eres el hombre de la casa. Cuida a tu mamá y a tu hermana hasta que yo vuelva —le dio órdenes claras.

Salieron en un carruaje a la medianoche. Los escoltó un grupo de infantes fieles a Parsej. Él clavó sus espuelas en el vientre del caballo y salió galopando en otra dirección. Iba hacia Vakeflar, un paraje ubicado en las cercanías del Musá Dagh, entre Antioquia y Alexandreta. La resistencia armenia libraba batallas contra los turcos en diversas localidades. Narcés debía estar peleando con los rebeldes en algún lugar de las montañas. Lo buscó por todos lados y no lo encontró. Se despojó de su uniforme de coronel y por medio de una estafeta rebelde le envió el siguiente mensaje: «El sultán está al tanto de tus movimientos. Dejamos Constantinopla y marchamos hacia Siria. Saldremos desde Zeitun y caminaremos hasta el desierto de Deir el Zor. Debes abandonar esta tierra. Nadie está a salvo».

Le deseó buena suerte al rebelde, montó su caballo y partió con un sentimiento desolador al saber que los armenios jamás podrían sobrevivir frente a un ejército que los superaba en número, organización y logística. Cabalgó en la puesta de sol, cabalgó a la luz de la luna y cuando el sol se asomó de nuevo siguió cabalgando hasta que al caballo se le acabaron las fuerzas...

Nazik lo esperó en vano. Parsej no apareció. Obligados por los soldados turcos se unieron a la caravana de deportación que formaba una línea interminable contra el horizonte. Nazik le rogaba a Dios que su marido los alcanzara. Caminaba con un nudo en el pecho. ¿Adónde irían? ¿Qué sería de ellos? Con el paso de los días la comida y el agua empezaron a escasear. Las caminatas los desgastaban hasta

que las plantas de sus pies sangraban y empezaban a delirar por la deshidratación. Tomaba un puñado de nieve y la mascaba para aliviar la sed. ¿Cuánto les faltaría? Podrían ser semanas, meses. Se sintió desprotegida, sin nadie que velara por su bienestar. Cada mañana se levantaba con la esperanza de ver a Parsej aparecer en su caballo por el horizonte. Toda Armenia parecía huir entre lamentos, gritos y gestos de resignación. Con el paso de los días algunos se tiraban al suelo y se entregaban a la muerte. Los ancianos fueron los primeros. Algunas familias que tenían varios hijos elegían a cuáles salvar. Abandonaban a los más débiles y cargaban a los que tenían más posibilidades de sobrevivir.

En una aldea perdida en medio de la nieve, Nazik le ofreció las joyas a un granjero kurdo.

—Por el amor de Dios, ocúltanos... sálvanos —le suplicó.

—No puedo, arriesgaría mi vida.

—Por favor, ten misericordia —puso las joyas en su mano.

Alentado por las riquezas o porque se compadeció, el granjero los escondió en un establo. Abrió la barriga de un buey, les indicó que se sacaran las botas y metieran los pies desnudos dentro de las vísceras calientes del animal. Los niños lloraron al oler el hedor de los ácidos gástricos y ver la sangre derramándose fuera del cuerpo, aunque el calor de los órganos los reconfortó.

El granjero los despidió y les obsequió un pan envuelto en tela para que lo comieran durante los próximos kilómetros. Se incorporaron de nuevo a la caravana y un hombre se ofreció para llevar a Maldj. Nazik estudió sus ojos —le parecieron bondadosos—, y aceptó con una sonrisa. Le dio la mitad del pan y le pidió que la alimentara. Ella se quedó con la otra mitad para compartirla con Zareh.

Caminaron durante varios kilómetros atormentados por el hambre y la sed. En la noche la caravana se bifurcó para rodear un monte y perdió al hombre de vista. La caravana se extendía por kilómetros hacia atrás y hacia adelante. ¿Dónde estaría su hija? Se maldijo con rabia y regresó doscientos metros al punto donde la caravana se había bifurcado. En la penumbra, guiada por los quejidos y el chasquido de los látigos de los soldados turcos sobre los cuerpos de aquellos que osaban demorarse, les preguntó a algunos caminantes si habían visto a un hombre cargando a una pequeña niña. Sacudían la cabeza en señal de negación. Gritó contra el viento su nombre hasta perder la voz. Un soldado turco le advirtió, con el látigo en la mano, que debía continuar caminando en silencio. Se sumió en la angustia y lloró la pérdida de su hija. Si algo le pasaba a aquel hombre Maldj se quedaría sola en medio de miles de desconocidos.

Continuó la marcha con los gritos atragantados en la boca. Su estómago se estrujaba de dolor al pensar que su hija pudiera estar abandonada. Maldijo su suerte una vez más... Muchos habían muerto y algunos hombres regalaban sus hijos a los campesinos musulmanes. Pidió ayuda a Dios con todas sus fuerzas.

Caminó de forma mecánica. Arrastraba sus zapatos rotos mientras la culpa le roía los huesos. Zareh temblaba sin parar. Lo abrazó y palpó las costillas marcadas en su torso. Volvió a llorar su suerte y avanzaron hasta que le pareció escuchar su voz. Al principio fue tenue; luego no tuvo duda.

—Mamá, mamá, mamá.

Maldj lloraba en la nieve con los brazos sobre el pecho. La rodeaban unos mendrugos de pan que dejaban los otros deportados al pasar por su lado. La abrazó con todas sus

fuerzas y la llenó de besos. Con el espíritu renovado caminó el resto del trayecto aferrada a su hija.

Luego de un mes llegaron a Deir el Zor. Nazik creyó que el suplicio había acabado, pero al ver a unos soldados turcos empujando a cinco jóvenes contra un muro, le pidió a Dios que no la dejara ver lo que estaba por venir. Los armenios, silenciados por mordazas, cayeron fusilados sobre la arena y dejaron sus regueros de sangre.

Nazik solo esperaba que su final fuera indoloro. Un grupo de soldados turcos la condujeron con sus hijos a un recinto, donde los encerraron con otros armenios que sufrían de disentería o hervían de fiebre. Nadie hacía preguntas. Todos fijaban sus ojos en el suelo y esperaban la muerte. Se acomodó en un rincón y abrazó a sus hijos. Rezaron con voz temblorosa. No sentían hambre. El ayuno forzoso les había clausurado el estómago. Sintieron que sus vidas se apagaban. Dos días después escucharon unos disparos. Rebeldes armenios arribaron al lugar, batallaron contra los turcos y los liberaron.

—¿Conocen a Narcés... Narcés Menguenedjian? —le preguntó a uno de los *fedayin* de la resistencia.

—Claro que sí. Es uno de los comandantes del ejército rebelde.

Nazik juntó las manos, miró al cielo y le agradeció a Dios.

Ayudados por los cristianos de Siria, los *fedayin* organizaron una vía de escape desde Deir el Zor hacia Alepo vía ferrocarril. Los despidieron con abrazos y volvieron cabalgando a enfrentar el ejército imperial en otros frentes.

Nazik trabajó de costurera y vivió casi cinco años en diferentes lugares de aquel país hasta juntar dinero para unos pasajes de segunda clase. En agosto de 1920, se embarcaron

junto a otros armenios y árabes cristianos en un barco que tenía escrita la palabra «Darro» en babor.

El viaje fue largo y tedioso, pero la inmensidad del mar y la seguridad de verse cada vez más lejos de aquel infierno en el que corrían peligro, la llenaron de sosiego. Luego de tres semanas y media llegaron a Buenos Aires. Fueron recibidos por otros armenios que apoyaban a los expatriados y les daban la bienvenida con enfermeros y médicos de la Cruz Roja.

La capital argentina le recordó a Constantinopla, aunque era diferente en muchas cosas. La gente parecía más tranquila. Supo que Avedís Bossian, un tío abuelo, vivía en un pueblo de la provincia de Córdoba. Le dijeron que era representante de los automóviles Oldsmobile, una marca norteamericana de la que nunca había oído hablar. Le recolectaron dinero y la despidieron en la estación del tren.

Cuando desembarcaron en Deán Funes Nazik cerró los ojos y respiró el aire perfumado de eucaliptos y álamos. La arenilla de la calle voló contra sus párpados. Percibió el viento en el rostro y lo asoció a la brisa levantina del Mediterráneo. Sonrió al ver las sierras alumbradas por la luz del mediodía y decidió que en este lugar del mundo cobijaría a sus hijos.

Maldj y Zareh abrazaron a su mamá. Los rostros distendidos de los transeúntes le dieron la seguridad de que la guerra era un asunto lejano. El clima primaveral los ayudaría a recomponerse de la tragedia. Un cochero le dio un aventón hasta la casa de Avediz donde les dieron alojamiento y los ayudaron a encontrar una pensión. Nazik trabajó para diferentes empresarios textiles, fue aprendiendo el español y se casó en segundas nupcias con un marashtzí llamado Armando Vartanian. No tuvo más hijos. Lloró hasta el último día de su vida la desaparición de Parsej, aunque lo hizo en silencio.

Zareh creció hasta ser un hombre fuerte y desarrolló el gusto por el arte. Las pinturas lo transportaban a un mundo de fantasía que ocultaba el dolor de la injusticia. Se trasladó a Buenos Aires en donde sobresalió en el oficio de *Marchand de tableaux*. El joven Lino Spilimbergo, un habitué de su casa, pintaría un retrato suyo y de su mujer en tamaño natural.

Maldj, —quien cambió su nombre por Matilde—, se quedó en Deán Funes. Hubo días en los que miraba el horizonte e imaginaba a su padre y a su hermano. El exilio y el contacto con la masacre armenia la habían convertido en una mujer de carácter duro. Se casó con Chaia Bechara, un inmigrante sirio de Sadad. Levantaron una tienda de paredes de adobe, sobre la calle 25 de Mayo, y a diferencia de otros inmigrantes de medio oriente, supo conservar el sentido estético de los europeos. Se pintaba los ojos con delineador grueso, se perfumaba con esencias fuertes, hablaba francés, turco, árabe y español. Heredó la habilidad comercial de su madre, y los ojos azules e incisivos de su padre. Tuvo cuatro hijos en Deán Funes: Matilde, Juan, Simón y Antonio Narciso, llamado así en honor a su hermano.

En 1952 viajó hacia los países que cobijaron a los armenios después del genocidio que Turquía jamás reconoció. En aquellas incursiones buscó pistas que la guiaran a Narcés o a su padre. En Egipto deambuló por el Valle del Nilo guiada por beduinos que le dieron falsas expectativas. En Siria volvió a Aleppo, Sadad y Hafar sin encontrar rastros. Recorrió los pueblos montañoses de Líbano, pero no halló ni un indicio en esas calles estrechas flanqueadas de cedros.

El último viaje de Maldj fue en 1969 con destino a Marash. La recibieron de manera hospitalaria, pero no le supieron decir qué había sucedido con su hermano. Reco-

rrió la ciudad sin rumbo. Caminó por horas sumida en el anonimato. Respiraba el aire helado. La cordillera apenas se divisaba detrás de los edificios. De pronto, le pareció escuchar una voz. «Fue el viento», pensó. «Fue solo el viento», se repitió. Caminó unos metros observando los lirios plantados en los jardines. Encontró una estatua en el centro de una plaza. Aquella escultura mostraba un hombre de facciones que le resultaron familiares. Sus brazos en alto sostenían una bandera ondeante. Maldj se acercó y detalló una placa dorada que decía: «*A Narcés Menguenedjian, Fedayi, héroe de la resistencia Armenia*».

Sollozó la tarde entera a los pies de la estatua. Le habló de aquella tierra nueva y de lo mucho que le hubiera gustado llevarlo con ella. Nunca logró obtener noticias de su padre, Parsej Menguenedjian, el coronel de la infantería imperial del sultán otomano, guardián de la Sublime Puerta y califa del Islam. Volvió a la Argentina. Supo que el círculo se cerraba y algunas preguntas habían sido respondidas.

\*\*\*

Revisando los cajones de mi casa encontré este papel de su puño y letra.

«¿Cuáles son las cosas que uno elige? ¿Y cuáles son las que están en el destino, inamovibles? ¿La vida de una persona es como una masa de arcilla que se puede moldear?

Allá en Armenia dejé mis ancestros. En Deán Funes, dejo a mis hijos. Pronto me encontraré contigo papá, y me llevarás de la mano por nuestras calles. Nos reuniremos con mamá y nos abrazaremos.

Respiraremos juntos el bahar, el comino y el che-  
men, y llevaremos el alma de vuelta a nuestra tierra.  
Dejaremos atrás miserias y dolores. Olvidaremos el  
martirio de nuestros hermanos y ya no dolerán las  
cicatrices.

Escucharé a Narcés cantándome su canción:

*Vuela gorrión hacia el Este / trae la luz de la montaña /  
y ponla en los párpados de mi niño / para que alumbre  
sus sueños en la noche.*

La vida ha valido la pena. Son las tres de la madru-  
gada, me duele el pecho y me cuesta respirar.»

*Escrito la noche de su muerte el 4 de abril de 1984*



## LA MIRADA DE GABRIELA

El altoparlante del edificio del banco de la Provincia de Córdoba, que emite las noticias del pueblo, anuncia el programa del Festival de la Tradición. El cielo promete un buen clima. Sentado en El Café de las Estrellas converso de poesía y mujeres hermosas con el poeta Daniel «Cicutu» Mamóndez. La gente se va a almorzar y a dormir luego la siesta sagrada. Quieren estar en forma para disfrutar de los artistas que nos honrarán en el anfiteatro Fuad Cordi. Pagamos, nos despedimos y cada quien camina para su lado. Me dirijo a casa. La senda peatonal luce diferente en el verano. Paso por Kaos, la disco de mi pueblo. En su sótano he bailado, y me he emborrachado con fernet, y luego de coquetear con el *delirium tremens* he dejado sepultados algunos de mis secretos. Los pinos azules que flanquean la entrada de mi casa echan su sombra en la vereda y cortan el baño de sol de febrero. En medio de la moldura un caballero enfundado en un casco se oculta detrás de un escudo que exhibe un león en dos patas. Meto la llave en la cerradura y la giro dos veces. En el living se respira un aire fresco. Entro a mi cuarto. Sobre mi computadora personal encuentro un mensaje escrito de puño y letra por mamá: «Gabriela Francescón quiere hablar con vos acerca de una muestra de arte. Dijo que pasés por su casa a la tarde».

En las paredes de mi casa cuelgan algunas de sus obras. En mi cuarto un cuadro de su época hiperrealista exhibe una

mujer sin rostro con su espalda desnuda. Telas azules cuelgan detrás de ella como fondo de la obra. En el living hay una de sus naturalezas muertas. Mis hermanas tienen cuadros de su periodo de realismo mágico. Es una de nuestras artistas sagradas. No puedo creer que me necesite para algo.

Metó en la mochila mi libreta Moleskine. En una como esta Ernest Hemingway escribió *París era una fiesta*. Antenoche terminé de leerla por tercera vez. ¿A quién no le gustaría abandonarse al placer de escribir en busca de la inmortalidad? ¿A qué escritor en su sano juicio no le gustaría compartir ideas con Gertrude Stein, Scott Fitzgerald, James Joyce, Ezra Pound y todos los demás genios que caminaban por Montmartre en los años '20? ¿A qué artista no le gustaría codearse en un bar con Pablo Picasso, Luis Buñuel, Dalí o Cole Porter y beber licor de ajenjo hasta sentir que el «hada verde» lo obligue a rebanarse las dos orejas y luego volver a su pocilga gritando a los cuatro vientos que el fracaso no existe?

No me importaría ser un bohemio indefenso. Juro que no me importaría ser aporreado por un mundo que castiga a los artistas. Si aún no he tomado la decisión de quemar todas mis naves es porque la vida es más compleja de lo que quisiera. O porque la cobardía no me permite cortar el cordón umbilical con la cordura. (Tengo un bello sueño recurrente: acciono las tijeras con el rostro encendido por la locura y el deseo.)

*A moveable feast* (título del libro en inglés), me ha dado esperanzas. Uno nunca sabe quién es quién hasta que la lupa del tiempo acaba por revelar todo. Estoy seguro que en Deán Funes somos contemporáneos de artistas que la posteridad premiará. Gabriela será una, así como Mario Sanzano, Ica Novo, Fabián Gómez (el payaso Piñón Fijo), Miguel Ángel Robles y otros más.

Camino en dirección a su casa con el reproductor digital conectado a mis orejas. Desde los auriculares, Las Pacheco sueltan sus voces dulces. Me detengo en una esquina ante un mural callejero que lleva la firma de Ariel Ramos, otro artista deanfunense. Detallo el rostro moreno de un indígena. Un conquistador español cubierto por una armadura sostiene en sus manos una manguera. El chorro de agua sale a presión destiñendo su rostro de ojos rasgados, su legado, sus símbolos y su colorido. Ariel debe haber estado enojado al momento de pintarlo. A veces la furia de los artistas se convierte en sarcasmo. Pregúntenle a Da Vinci.

«San Martín de Porres / mi santo negro / mi buen amigo / mi compañero / dale a todo el Cono Sur / un poco de alegría / pa' que saque a relucir / toditas las mentiras», cantan Las Pacheco. Sus voces fluyen sobre los arreglos disonantes. Las congas golpean, y las guitarras (arregladas y ejecutadas por Claudio Pacheco), las acompañan con armonías sofisticadas. La canción de Rubén Rada delata el inconsciente sudamericano. La impotencia de no poder cambiar nuestro futuro nos hace reclamar justicia a un santo. En el más allá está Dios, los santos, las vírgenes, las apariciones y los espíritus. En el más acá somos un puñado de incordios de cabeza gacha que cantamos esperando que un milagro nos devuelva la justicia o la alegría.

El viento agita las ramas de los paraísos con sus frutos verdes y redondos que parecen confites, y emite un suspiro endulzado por el follaje. Me detengo en una fachada blanca con molduras rojas enfrentadas a dos fresnos jóvenes, me quito los auriculares y llamo a la puerta. Abre Manolo, el marido de Gabriela. Nos saludamos y me guía por el living de su casa. Sobre la tapa cerrada de un piano se encuentran unos cuadros.

—Subí, Edu. Gabriela está esperando en el atelier —indica.

Lleva *El juego de los abalorios* de Herman Hesse en su mano. La etiqueta de cigarrillos Jockey se trasluce por el bolsillo de su camisa. Él es uno de los mejores ajedrecistas de mi pueblo. En una partida en su contra duré diez movimientos. Tramé una apertura «Ruy-López», saqué un alfil y me pasé el resto de mi fugaz aventura maquinando una «defensa india del rey» sin fundamentos teóricos. Cometí un error garrafal y el jaque mate me arrancó de mi ingenuidad. Me levanté apretando las mandíbulas y maldiciendo su velocidad mental, aunque ya lo he perdonado.

Trepo la escalera. Violines y contrabajos adornan la melodía de un piano. Sobre una mesa envejecida yacen los volúmenes de la historia del arte. Afuera del atelier cortan el horizonte las sierras forradas por jarillas, espinillos y vinales. El cielo se abre y los rayos iluminan el valle. Gabriela luce un vestido largo de muchos colores. Una blusa negra de algodón revela sus hombros e insinúa su silueta delgada. Bosqueja con trazos seguros frente a una tela. Los bucles de su pelo caen hasta sus hombros. La luz de la tarde alumbra sus facciones italianas. Aguza su mirada de ojos miel en dirección al lienzo. Es posible que sus composiciones más significativas hayan sido concebidas aquí. Está tan concentrada que no me ha escuchado llegar. Me acerco. Respiro el olor a madera. La arranco de su actividad. Me devuelve el saludo con una sonrisa.

—Qué vista hermosa la que tenés aquí, Gaby. Y esa música es espectacular.

—Es de Rachmaninoff —mira el reproductor—. Es el concierto número dos para piano en do menor. Es el primer movimiento. Moderato.

—No lo conozco, pero ese pianista está poseído por el demonio.

—Es el mismo Rachmaninoff el que toca el piano.

—¿Ya murió? —rasco mi cabeza.

—Rachmaninoff no murió. Dios lo llamó para que le dé clases de piano —bromea—. Hay una película basada en hechos reales en la que muestran su música. Geoffrey Rush, el actor principal, ganó el Oscar. Se trata de un pianista llamado David Helfgot que interpreta su obra más difícil y enloquece.

—Yo me enloquecería con muchísimo menos que eso. De hecho estoy un poco desquiciado —aventuro provocando su risa. (Es una risa dulce).

Detallo un retrato de Martín Santiago colgado en la pared. Fue pintado por Gabriela en 1993. El patriarca de los artistas plásticos de Deán Funes aparece con su barba blanca y su mirada inquisitiva. Es un santo protector que vela para que jamás se apague la luz de la creatividad.

—Martín era un tipo renacentista. Además de pintar como pintaba, hacía cerámica. También escribía muy bien. Te hubiera encantado conocerlo. Hasta inventó un auto-móvil.

—Me hubiera encantado, Gaby. Hace poco vi un video con parte de su vida y obra que se llama *La última luna*.

—Ese es el nombre de una de sus obras más reveladoras. La pintó unos días antes del alunizaje. Martín pensó que a partir de ese momento la luna nunca sería la misma.

—Entiendo. —Tomo de la mesa un libro. En su tapa se exhibe el mingitorio de Marcel Duchamp—. El arte puede tener manifestaciones extrañas, ¿no?

—El arte representa un espacio de articulación entre materia y pensamiento, una dialéctica entre lo finito e infi-

nito, la expansión de la conciencia proyectada y sostenida por el espíritu y su necesidad de trascendencia. —Pierde la mirada en las sierras—. Hay mucha tela para cortar en torno a esta palabra. Gombrich la definió así: «el arte es algo que no existe en sí mismo, solo hay artistas...».

—¿Cuál es el rollo de las vanguardias, Gaby?

—Las vanguardias nacieron con el germen del fracaso oculto en las entrañas de su afán revolucionario: «el arte para todos» quedó limitado por «el arte para algunos». Las propuestas artísticas ligadas a un tiempo histórico terminaron exhibidas en aquellos lugares que repudiaban.

Termino de escribir su respuesta en la libreta y pregunto de nuevo:

—¿O sea que las vanguardias tienen su lado oscuro?

—El encapsulamiento académico las limitó a determinadas minorías intelectuales. Aunque estoy de acuerdo en que representan el cambio y la búsqueda que lleva a descubrir, a explorar, o a renovar ideas y concepciones para ajustarse y testimoniar nuestra realidad compleja, incierta y mutante.

—Cuando veo algunas expresiones de arte vanguardista pienso: eso lo podría haber hecho cualquiera pero a la vez nadie lo hizo.

—Exacto. Nadie lo hizo, entonces tiene valor.

Echo un vistazo por el atelier y los colores de las obras dejan su huella en mi retina. El aroma a óleo y madera me transmite la calidez de su mundo despojado de interferencias. Gabriela flota en este universo. Sus huellas están impresas en cada centímetro cuadrado. Este lugar es ella.

—Habrá una exposición de mis últimas obras. Me gustaría que las veas y me digás qué te parecen —acomoda el pelo atrás de su oreja—. También quisiera que le pongás algún texto. Aunque sea algo corto, lo que vos quieras. Es

para realzar el concepto de la mirada del otro. Quiero que vos seas ese «otro» que las interprete. Llamaré a la muestra: *Miradas*.

—Haberme elegido a mí me parece bastante vanguardista —bromeo—. Pero obvio que será un honor. ¡Mostrame esas obras ya!

—Vení por acá, Edu.

Me guía por su templo con andar pausado. Camina con elegancia. Asienta sus sandalias de goma con suavidad. Al ver la gran cantidad de obras que alberga el atelier, pienso que está empeñada en maquillar con óleo la realidad de un mundo impiadoso. Crea un escudo de texturas y formas para inmunizarnos del veneno que irradian la televisión y los diarios, obstinados en mostrar nuestra existencia gris, tan llena de desilusión.

Admiro su trabajo de una manera que ella desconoce. La imagino en su intimidad mientras concibe sus obras: extensiones de ella misma. Sus sentidos se traducen día a día, en el momento justo y nacen como flores en el desierto, únicas, irrepetibles. Algunos artistas escriben, otros, como ella, pintan. Otros más, como Rachmaninoff, transforman sus inspiraciones en música. Hay quienes intentan convertir la tragedia en belleza y agregan una unidad de luz sobre un antiguo no-espacio. Hoy en día muchos artistas suele ser ignorados. En muchos casos son considerados como defectos de la sociedad o como amenazas: agentes subversivos. A veces sus mensajes suelen ser tan poderosos que consiguen sacudir el andamiaje sobre el que se edifican las sociedades.

—¿Querés un poco de jugo de naranja?

—Dale, Gaby. Gracias.

La veo bajar las escaleras, me acerco a la mesa de madera y detallo el libro *América, mi hermano, mi sangre* (un canto

latinoamericano de dolor y resistencia), que contiene en su interior obras de Oswaldo Guayasamín y textos de Pablo Neruda. En la portada se exhibe un cuadro con rostros tristes pintados con colores ocres, naranjas y matices terrosos. A su lado yacen *Árbol adentro* de Octavio paz, e *Historia universal del hombre*, de Erich Kahler.

La tarde cae y una brisa nos acerca el perfume de jazmines. Los acordes del piano escalan hacia una tensión dramática. Rachmaninoff golpea las teclas de forma rabiosa. Camina por un callejón oscuro; persigue la luz de su tonalidad, y como una definición escurridiza, se le escapa de los dedos. El tempo disminuye y la búsqueda se suaviza por un instante. Los violines lloran con desenfreno y se calman lentamente. El ladrido de un perro en un patio aledaño me saca del hilo conductor de la obra. Gabriela vuelve con una jarra repleta de jugo y dos vasos.

—Cuando uno pinta un cuadro, Edu, transita un camino. Hay tramos fáciles de recorrer, luminosos, otros pedregosos y oscuros. La angustia es parte inevitable de un proceso creativo que te lleva a mundos nuevos. Cada obra es eso: un mundo nuevo.

—Los cuadros podrían ser puntos de partida para escribir ficciones. Cada uno podría sugerir una trama.

—Los cuadros son ficciones aunque parezcan hiperreales, Edu —dice y me alcanza un vaso de jugo—. Este de aquí lo titulé *Asombro*.

El cuadro muestra un rostro con un ojo. Cuando no me asombre estaré muerto, anestesiado en una vida plácida y monótona. El ojo me provoca y me habla. De la boca del cuadro me llega un susurro: «Las almas despiertan, bulle la sangre y cae el llanto: mariposas líquidas del asombro». *Asombro* es parte de una serie de cinco pinturas en las que predominan los tonos azules, los rojos y algunos amarillos.



—Estas telas se llaman: *Convivencia*, *Secretos*, *Soledad* y *Dolor* —señala los cuadros que completan la serie.

En la convivencia buscamos abrazar las diferencias y nos dejamos invadir por la otredad, como decía Simone de Beauvoir. Somos definidos con un tono que cambia todos los días. El Otro esbozará nuestro contorno en su alma. Me viene a la cabeza la siguiente estrofa de una canción que podría componer: Intentaremos buscar una brújula, encerrarnos en una cápsula y ofrendar una lágrima. Que nazca, ruede y estalle. Que venga de lo profundo, de las entrañas del olvido.

Me muestra un cuadro grande donde predomina el rojo. Contiene una mujer.

—La titulé *Desnuda* —dice con sus ojos fijos en ella.

Una mujer se ha despojado de lo innecesario. Sentada sobre un almohadón mira un atardecer que la abruma. Se siente liviana. Una mano toca su tobillo y su brazo amarra sus rodillas. Parece decir: «si me ven desnuda, nadie creerá que en mis huesos, mi piel, mi vientre, y en estos tendones y estas uñas, aletea una revolución».

Gabriela camina hasta un estante repleto de libros. Saca una tela y me la muestra.

—Esta se llama *Enamorados* —sonríe.

Dos seres se encuentran. Sus corazones se han sintonizado. Han hecho el amor con violencia. Acunan en sus brazos la eternidad de un instante. Sonríen.

En *Encuentro* dos amantes se observan. Parecen habitar un paraíso en el que no hay prejuicios. Se cuentan la historia de Adán y Eva. Los evocan. Lleno de coraje y juventud, él se excita al pasar la mano por su piel. Quieren sellar un pacto. «¿Me acompañarías en el destierro?» le pregunta ella devolviendo la caricia. «El destierro es estar sin vos», contesta él. Parecen estar lejos de la serpiente.

Detalle *La vida misma*. Gabriela lo pintó un día de lluvia. Me dice que en las tardes de tormenta el cielo luce como una bóveda tenebrosa. En esos días le provoca pintar. Un rayo quiebra el firmamento, trueno y en el atardecer rugen la furia de la tempestad. Luego escampa.

*Maternidad* me hace pensar en mamá. Me acunó y me dio una raíz, así como Gabriela se la dio a sus tres hijos. Un ruiseñor cruza frente al cuadro, aletea rumbo a una ciudad sin nombre y el cielo se lo traga. Huérfano de raíces, el viento purgará sus pesadillas. Es hijo de la luz y de la tierra. Madre, decimos todos, cuando la oscuridad se cierne sobre el mundo.

—Este es *Melancolía* —me dice.

Imagino que alguien ha muerto. Una madre y su hijo miran el vacío con ojos tristes. Su mente intenta alejarse del momento, sepultar el dolor. Transitan una huella tan larga como el horizonte. La simpleza de sus formas y el reflejo de la desdicha que soporta el ser humano muestran la influencia del gran Guayasamín.

Cinco figuras humanas alineadas muestran sus ojos en un cuadro. Se llama *Miradas* y es el que le da nombre a su exposición.

—Gaby, es fácil olvidar los ojos pero no la mirada.

—La mirada es la energía que recibimos al exponernos al otro. Claro que es inolvidable.

En *Mundo al revés* dos niños colgados del trapecio de un parque de diversiones (uno de ellos lo hace cabeza abajo), juegan a las adivinanzas y al veo-veo. No temen equivocarse ni están intoxicados por la ansiedad. Las necesidades del mundo adulto no pesan sobre sus hombros, no desfiguran sus sonrisas.

—¿Y este, Gaby? —señalo un cuadro de un paisaje.

—*Paisaje puneño*. Purmamarca es un lugar mágico.

Las casas de adobe del pueblo andino se levantan bajo una luminosidad antigua que intensifica el verde de los cardos. El viento arrastra el polvo y los habitantes ocultan sus secretos. Intentan vencer la nostalgia y explicarse por qué lo perdieron todo. Arriba el cielo todo luz, abajo el suelo sangra, atrás quedó la inocencia, adelante se acaba.

—Estás pensativo, Eduardo —dice Gabriela.

Asiento con la cabeza. Escribo algunas palabras en mi libreta: Gabriela Francescón presenta su corazón desnudo. Se escapa por un laberinto para refugiarse en símbolos cotidianos que la apaciguan hasta la próxima metamorfosis. Al pasear por los fundamentos de su emocionalidad he descubierto un tornado que gira con firmeza y promete cambiar de un momento a otro, como la vida misma.

—Tus obras me emocionan —digo mirándola a los ojos.

Hay un entendimiento que trasciende las miradas. Está en el aire. Siento que Gabriela y yo estamos hermanados por la tierra y un oficio lleno de incertidumbre.

—Con lo que he visto tengo una mirada que ofrecerte, Gaby.

—Me parece fantástico, Edu. Veo que has tomado algunas notas. Es importante exponer nuestra obra al corazón del otro. Sin ese otro, lo que hacemos se vuelve indiferente.

—El truco está en no dejarse encerrar en las miradas. Sino dialogar con ellas.

Guardo mi libreta en la mochila, bebo el resto de jugo de naranja y nos despedimos con un abrazo. Bajo las escaleras. Manolo lee a Hesse sentado en el sofá.

—Nos vemos, maestro.

—Chau, Edu.

Salgo y camino unos pasos en dirección a mi casa. Los colores de las obras endulzan mi mirada, y las notas de Rachmaninoff hacen eco en mis oídos. Con la progresión de sus movimientos la sinfonía me trasladó a lo profundo de su trama, llena de cuestionamientos, de miedos y deseos. Doy media vuelta y veo a Gabriela en la ventana. Levanta su mano. Yo la mía.

## EN EL NOMBRE DEL PADRE

### I

El sábado 17 de agosto de 1991 subí al ómnibus en la entrada del Liceo con destino a Deán Funes. Aún lo recuerdo: aquel año la adolescencia bullía en mi sangre. En el Liceo Militar General Paz de Córdoba habían intentado amaestrarme para convertirme en un soldado. Para resistir las ideas del nacionalismo y permanecer fiel a mi corazón subversivo, inventé un mundo escindido de la realidad y me refugié en él. Mis ínfulas de libertad me costaron encierro. Mi indisciplina me granjeó cientos de días de arresto. En esa institución, mi nombre es, hasta el día de hoy, sinónimo de mal comportamiento y conflicto.

Viajé tres horas a bordo de aquella máquina que se desangraba en bocanadas de humo por la ruta nacional. Al mediodía desembarqué en la terminal de ómnibus de Deán Funes y descendí con pasos pesados. Una guardia de veinticuatro horas me había minado el sosiego, drenado la fuerza y pintado unas ojeras moradas. El resto de los adolescentes del planeta se habrían descosido en una disco bailando al compás de *Joyride* de Roxette. Tal vez habrían enamorado una mujer, mientras yo sostenía en mis manos congeladas un fusil automático calibre 7,62.

Al descender del ómnibus, tomé mi bolso azul reglamentario, mi portafolio y caminé unos metros hasta detenerme en

los murales de cerámica que hizo Martín Santiago. Me amarré los cordones de los zapatos negros estilo prusiano, y continué mi camino. La chaqueta del uniforme se había arrugado un poco, aunque todavía se mostraba elegante, con sus botones dorados lustrosos y su insignia de cadete de cuarto año en la manga derecha. El invierno había gritado presente con su aliento glacial y el viento sacudía las copas de los paraísos. El frío envolvía mi cabeza de cabellos rasurados a la raíz, cubiertos por una gorra que exhibía el escudo nacional. Se me colaba por las charreteras, por el cuello y bajaba hasta mis pantalones grises con rayas negras. En aquella época, el aire deanfunense aún no apestaba a *feedlot*, y nos dejaba en las narices la dulce sensación de habitar un bosque. No había duda, caminaba por mi pueblo. Llegué a casa, abrí la puerta y entré. Encontré a mi familia almorzando. Mi papá entró a la cocina y me acerqué a darle un beso. A sus sesenta y tres años había sufrido una descompensación renal. Tenía poco apetito, había adelgazado quince kilos y caminaba despacio. Casi todos mis ancestros han caído presos de la diabetes tipo II, que destruye las arterias en silencio. Mi papá no era la excepción. Me senté a la mesa, con un mal humor a flor de piel. Me reclamó con voz suave por no haber realizado un trámite. Dejé salir toda mi frustración adolescente con gritos y más gritos. Me levanté de la mesa, maldije, agite mis brazos y lo enfrenté con todas mis fuerzas. Grité por la escalera que lleva a la terraza. Fumé tres cigarrillos seguidos con los ojos nublados, sin poder manejar mis emociones. Deseé que el mundo se prendiera fuego. Algo me pareció extraño: aquel día, mi papá, un coloso de energía ilimitada, no ofreció resistencia.

Bajé de la terraza, salí dando un portazo y caminé por las calles del pueblo enojado con la vida, cuestionándomelo todo,

especialmente aquella decisión de seguir en ese internado desperdiciando mi juventud. ¿Qué tenía que ver mi papá en todo eso? Nada. Era yo el que no podía abandonar a mis amigos a esa altura del partido. Mis compañeros del liceo militar se habían convertido en mis hermanos de la vida al cabo de cuatro años de convivencia. Habíamos sufrido juntos el frío, el encierro y el absolutismo que solo sirve en aquel terreno macabro: la guerra. Después de reflexionar por dos horas sin rumbo fijo, volví a mi casa para pedirle perdón. Tenía mis disculpas ensayadas: «Papá, perdoname. No sé qué me pasa. Estoy nervioso y no me puedo controlar. Estoy encerrado toda la semana. Las minas no me dan bola porque piensan que soy un idiota. Sé armar y desarmar morteros, pistolas y fusiles. Conozco sobre emboscadas y tácticas de asalto. Sé desfilar con mis borceguíes y cómo apuntar a la cabeza de otra persona, pero no sé cómo acercarme a una mujer. Estoy en una escuela que te enseña a morir por un paño de dos colores y te enseña a odiar a los extranjeros. No sé quién soy y necesito que me ayudés a encontrarme en la vida».

Una ambulancia estaba estacionada enfrente de mi casa. Entré apresurado. Mamá lloraba. Cuando abrí la puerta de su cuarto encontré a papá tendido sobre su cama, rodeado de doctores, con sus pupilas turquesas vacías de alma, y su mandíbula desencajada. Miré a mi mamá con los ojos llenos de cuestionamientos. El aire no me entraba en los pulmones y me desvanecí. La última imagen antes de caer sobre la alfombra me quedó grabada: mi mamá apretaba con su mano de viuda joven la de mi papá. A los treinta segundos volví en mí. Descubrí que no había sido un sueño y que lo lloraría por el resto de mi vida. Nadie merece que su papá muera sin antes hacer las paces.

Con Eduardo Bechara Navratilova, mi homónimo, nos embarcamos en la tarea de escribir las cosas que nos afectan. Lo hacemos a través de ficciones y crónicas. Hemos presentado nuestros libros y a menudo, hemos discutido nuestras ideas con efervescencia. También, de un modo extraño, hemos fusionado nuestras familias. Así fue que la vida, de alguna manera, me puso al frente de otro padre: el suyo. Álvaro Bechara Baruque comprendía nuestro plan a la perfección. Nos apoyaba y aconsejaba con su visión panorámica de la vida (Baracat tiene la misma raíz que Baruque. Significa bendición: otro de los misteriosos puntos de coincidencia entre los dos).

En el 2010 hablé con Álvaro por teléfono. Entendí por qué Eduardo es el luchador que es. Encontré en su papá a una persona recta, enemigo acérrimo de la corrupción, conocedor de la naturaleza humana y de la historia universal. Un padre que representa una bendición para cualquier hijo: uno que lo impulsa, lo alienta y lo acompaña. En su voz serena y firme, encontré un bálsamo por aquella pérdida tortuosa de mi papá. Escuchaba sus consejos y me sentía contenido por su sabiduría. Hablaba de la justicia, de lo sagrado de la escritura y de lo importante de no rendirse. En Álvaro, encontré un maestro de corazón revolucionario, que le inculcó a Eduardo que todo es posible, siempre y cuando estemos dispuestos a pagar el precio con trabajo y dedicación. Eduardo Bechara Navratilova fue mi mentor y me ayudó a dar los primeros pasos en la escritura. Lo hizo de la misma manera que su papá lo hizo con él: creyendo que todo es posible.



En noviembre de 2010 le prometí a Álvaro que iría a conocerlo pronto. Le mandé una copia de mi libro con una dedicatoria que decía: «A mí también me gustaría ser su hijo. Con amor, Eduardo Bechara Baracat».

Conocer a Álvaro sería la oportunidad para redimirme y sentirme cerca de mi papá. Tenía la sensación de que eran parecidos, aunque, a diferencia de él (Álvaro hizo una maestría en la universidad de Nueva York, ayudó a negociar unos contratos importantísimos para el desarrollo de Colombia, y más tarde asesoró al Banco Mundial en asuntos de derecho internacional comparado), mi papá dejó la secundaria para dedicarse a trabajar desde adolescente. Al ver a Álvaro por primera vez, lo estrecharía en un abrazo, lo miraría a los ojos y pensaría: «Aquí estoy para aprender de usted. Qué gusto saber que tengo esta suerte». Por eso saqué con tanto entusiasmo mi pasaje para viajar a Bogotá el 3 de mayo de 2011. Eduardo y yo nos preparábamos para presentar, el 8 de mayo, nuestros trabajos en la vigésima cuarta feria del libro de esa ciudad.

A finales de marzo, una fibrosis pulmonar que parecía avanzar despacio se aceleró y empezó a minar la capacidad respiratoria de Álvaro. Lo internaron en la Clínica Reina Sofía. Llamé a Eduardo y le pregunté por su salud.

—Está mal. Antes se asfixiaba al caminar hasta el baño. Ahora lo hace al acomodar su almohada.

—No te lo puedo creer.

—¿Cuándo vas a venir? Él ansía conocerte.

—Yo también. Es más, ya saqué el pasaje.

—No te demores.

—¿Y como está Hana?

—Vuelta mierda, como toda la familia.

A los pocos días escribía un cuento llamado *Yo soy Blas* (una crítica al himno nacional argentino y al nacionalismo),

en el café Bonafide de Córdoba, cuando recibí un email titulado: «Mensaje de mi papá». Encontré el siguiente texto: «Dile a Eduardo Bechara Baracat que lo quise esperar, pero que le tengo el amor incondicional que te tengo a través tuyo».

Le contesté con un nudo en la garganta: «Hermano, ahí te estoy llamando».

Inmediatamente recibí la respuesta: «Si quieres llamarlo a la clínica, el teléfono es: 00571-6252111. Cuarto 415. Llámalo por ahí dentro de una hora.»

Salí temblando del café. Caminé por Chacabuco ajeno al cruce de las personas. Me habrán visto con la mirada extraviada. Apreté los puños y arrugué la cara. Compré una botella de agua mineral en un quiosco. La abrí, sorbí dos tragos gigantes y esperé que la angustia se trasladara de mi garganta a otro lugar más lejano. Enrosqué la tapa y maldije a Dios, di algunas otras vueltas de forma errante y entré en una cabina telefónica. La voz del contestador automático de la clínica me sugirió apretar el número 17 y después el número de cuarto. Atendió Eduardo.

—Hola Edu —dijo con la voz tenue—. ¿Cómo estás?

—No estamos bien, mi hermano. No estamos bien —le contesté y metí el aire bien adentro del pecho.

—Acá te paso a mi papá, quiere hablar contigo.

Mi corazón bombeaba con furia. Una mujer de unos cuarenta años hablaba en la cabina de al lado. Evitaba mirarla.

—Edu —dijo con dificultad Álvaro.

—Padre.

—Edu, no voy a poder esperarte —su voz sonaba firme y decidida, aunque respiraba de forma acelerada y la falta de oxígeno era evidente—. Quiero que sepas que te considero como mi hijo y sé que vas a estar ligado a Eduardo para siempre. Ustedes están unidos por una cuestión profunda, ancestral

y orgánica, de forma indisoluble. Sigán adelante en todo y no se detengan ni un minuto. Les espera un gran futuro a los dos juntos. Sé que ambos son fuertes y serán grandes escritores y hermanos. Saber eso me llena de felicidad y me deja ir tranquilo. Te dejo todo mi amor a través de Eduardo.

Quise decir algo y no pude. Cerré mis ojos para contener las lágrimas pero fue en vano. Algunas caían sobre la guía de teléfonos. Me pasé la mano por la nariz, limpié la flema transparente que emanaba de mis fosas nasales y sequé la palma en mi pantalón.

—Este cuerpo es perecedero —continuó Álvaro—, y el alma es lo que queda. Quise esperarte pero la vida tiene esta parte que también la constituye. —Tomó un último impulso—. Te dejo todo mi amor de padre a través de mi familia que te espera. Te envió un fuerte abrazo —concluyó a la espera de mis palabras.

Quise decirle que esperara unos días más. Que crecí con mucho dolor sin saber de él. Quise pedirle perdón por los demonios que me acechan. Quise decirle que mi vida había cambiado, que ya no soy aquel adolescente incendiario y que mi furia se ha disipado. Que tengo una hija y la quería ver en sus brazos. Que llevo en mi pecho su fortaleza y que voy a honrar su nombre hasta el fin de mis días. Que necesito un último abrazo. Quise decirle que nos veríamos pronto. Que aún necesito encontrar mi lugar en el mundo y necesito su orientación y sus bendiciones. Quise decirle muchas cosas, pero la bronca estaba encajada en mi tráquea y bloqueaba mi aliento. Solo alcancé a insinuar, con mi cabeza metida entre los brazos un:

—No...

Mis palabras llegaron cuando él ya había cedido el teléfono. Me vi de nuevo como el chico de quince años. Un

boomerang que tardó veinte años en dibujar su elipsis volvió a golpearme en el pecho con toda su potencia.

—Yo sé, Edu, yo sé —dijo Eduardo— Yo sé, Edu, yo sé. Imagínate cómo estoy yo.

Intenté decirle algo, consolarlo así como yo necesitaba que alguien me consolara. Decirle que perder al papá es como romper la brújula, quedar en el laberinto en medio de la oscuridad. Que la pérdida marca un antes y un después, y aunque el vacío se carga para siempre, Álvaro seguirá habitando el mundo a través suyo. Quise decírselo, en serio lo quise, pero mi tristeza y los asuntos pendientes colgados en un limbo inalcanzable me cerraron la boca.

—Hermano, ahora no puedo hablar, disculpame.

Colgué, me dejé caer en el asiento y cubrí mi rostro con las manos. Permanecí ahí unos minutos y levanté la cara. La mujer me miró y comprimó los labios. Respiré profundo, me calmé un poco y le marqué al celular de Eduardo.

—Hola hermano, lamento no haber podido hablar.

—Me vine a llorar al baño de la sala de esperas. Él tenía muchas ganas de conocerte. Tú y yo sabemos lo que esto significa.

Salí del locutorio apurado, caminé a la plaza San Martín y miré durante una hora y media la forma en que los mendigos alimentaban a las palomas. Esa noche tomé un microbús con los asientos tapizados, aire acondicionado y música funcional. Al pasar por el Liceo Militar divisé a dos cadetes haciendo guardia con sus fusiles terciados. Me compadecí. En el resto del camino hacia Deán Funes pensé en todo lo que he cambiado. Ya no llevo uniforme militar sino un pantalón de jean viejo, una camiseta desteñida, pelo largo y una barba que dejé crecer para manifestarme contra la falsa pulcritud de una existencia convencional.

Volví a ver los murales de Martín Santiago. Los vi con otros ojos y entendí que el maestro quiso imprimir la historia para inmunizar mi tierra del olvido. Entré a casa. Mamá diseñaba unos cacharros de cerámica con sus manos llenas de arcilla. Le di un beso, bebí un vaso de agua y tomé un somnífero. Dormí hasta el otro día. Me levanté con la mirada nublada, froté mis ojos, me serví un vaso de jugo de manzana y subí a la terraza. El sol de la mañana alimentaba mis pupilas. Pensé en mi viaje a Colombia y le pedí al cielo que no me negara aquel contacto con Álvaro. Unas palabras con él lo cambiarían todo. Bajé y revisé mi correo electrónico. Era la mañana del domingo 10 de abril. Había un email de Eduardo: *«Edu, Bechara significa buenas noticias, en este momento te tengo que dar una mala. Papá murió. Lo siento mucho. Tu bro».*

\*\*\*

Aunque no tuve la suerte de conocerlo en persona, quise a Álvaro como se quiere a un padre. Me dejó conocerlo a través de Eduardo y de Hana Navratilova. Sus ideas de libertad, honradez y generosidad quedarán como su huella. Intentaremos transitar sobre ella para dejar un mundo mejor al momento de partir, tal como él lo hizo. Con una sonrisa recordaremos la luz de su estrella. Espero que haya entendido mi silencio en el momento culminante de su vida.

Tuve el honor de ser el destinatario de algunas de sus últimas palabras. Su cuerpo se desmoronaba pero su alma estuvo, hasta el último momento, cargada de fortaleza. Las últimas palabras que escuché de su voz fueron un mensaje de alguien que pertenece a otro lugar, mejor que este. Eduardo y yo tenemos la responsabilidad de preservar su legado: uno

de claridad, nobleza, y sacrificio. Escribo estas palabras para decirle adiós a un segundo papá.

Cuando tus nietos abran nuestros libros, verán que nunca te has ido, Padre.

*Deán Funes, 11 abril de 2011*

## EL VELO DEL «TRUSA» GARZÓN

Siempre venís a tu casa de campo para meditar. Por el marco de la ventana se vuelca la luz del atardecer. Una hilera de pinos azules sobrevive al hongo asesino de coníferas. Algunos cuervos bailan una danza circular en el cielo. Sobrevuelan dos algarrobos clavados en el monte. La muerte los alerta con su perfume trashumante. Allá en el oeste, se empieza a perder el sol. Desciende tras unas sierras violetas, despacio y seguro, como lo haría un viejo sabio. Una nube con forma de isla se traga un avión. Lo mastica con sus dientes de algodón y lo escupe por el otro extremo. Tal vez llueva mañana.

La mitad de tu rostro está bañado de crepúsculo. La taza de café humea. Espera sobre la mesa que tus labios chupen un trago de su alma negra, azucarada. Joaquín Sabina canta una canción muy triste que habla de Praga, de cristales de Bohemia, de cicatrices y epidemias. Tu casa huele a roble. Tus brazos rodean tus piernas. Los dedos de tu pie aparecen al final de tus sandalias exhibiendo uñas de color naranja. Tu mirada está lanzada contra el horizonte. El pelo castaño brilla sobre tu hombro. Aquel vestido amarillo con motivos hindúes cubre tu cuerpo, pero resalta la curva de tus nalgas. Sos bella, tan bella como para despedir el atardecer con una lágrima.

Intento olvidar. Quiero esconder el recuerdo. Pero los recuerdos me arañan en los atardeceres y en las mañanas. Eso sucede hasta en los sueños, donde el tiempo es más confuso.

Recuerdo y mi corazón se transforma en un barco gobernado por un marinero ebrio que ha roto su mapa, su brújula, y se adentra en el mar en busca de una isla en la que, hace mucho tiempo, fue rey. La encuentra luego de años de vagabundear por el océano, pasando el ojo de una tempestad. Desciende, pisa tierra firme, y al barrer con la mirada la geografía, descubre que otro ha enarbolado su bandera y hecho suyo el reino. Corta las amarras, rocía con bencina la cubierta y se sienta sobre la arena de la costa a respirar angustia.

Me dijiste que no te molestaba que te llamara. Que yo te parecía distinto. Luego salimos esa noche a un café con techos altos y un cartel de neón muy cursi. Hicimos el amor unas cuantas veces y dejaste que te vendara los ojos con mi corbata azul. Le dejaste impreso tu perfume dulzón de base cítrica, que aspiro cada tanto cerrando los ojos. Cambiaste al amanecer. Lo noté en el tono de tu voz y en la forma en que me mirabas. Cuando te mandé bombones al trabajo me contestaste con un mensaje de texto: «gracias». No atendiste más el teléfono. ¿Y aquel email dónde escribiste: «No sos vos, soy yo», con el mismo tono cliché de los amantes rancios?

Me pediste que no te siguiera. Que estabas viendo a otro. Cuando te mostré las fotos de ese tipo con otra, me miraste con tus ojos miel, asustados. Disparaste a quemarropa: «Vos sos un loquito y no te quiero ver más, por favor desaparecé». Quise olvidarte pero no pude. Ese día que te intercepté en la plaza Sarmiento, te expliqué que te amaba, que yo era tu amor. Chasqueaste los dedos, arrugaste la nariz y me dijiste «Circulá, entendés. Circulá». ¿Circulá? Si fuera tan simple escapar del verdadero amor...

Te levantás y prendés un cigarrillo. Qué placer siento al estar a tres metros de donde vos estás, respirando tu aire. Tus pasos suenan sobre el piso de madera. El mundo gira,



y acelera la caída del crepúsculo. Escucho mi corazón galopando: aún late herido. Hay algo que me impide olvidar. Los médicos me dieron pastillas toda la vida. Alifáticos, piperidínicos, piperazínicos, butirofenonas, tioxantenos, benzamidas, difenilbutilpiperidinas, dibenzodiazepinas, dibenzocicloheptanos y alcaloides. Ya no las tomo, ¿sabés? Me cansé de que me envenenen. No confío en ellos. ¿Cómo confiar en quienes aplican una teoría universal a una persona individual? Porque yo soy un tipo único. No estoy enfermo, ellos me están haciendo creer que estoy enfermo, así como vos me querés hacer creer que no me amás.

Apagás el cigarro y tomás el último trago de café. Encendés la luz y acompañás la canción de Joaquin Sabina silbando. «Amores que matan nunca mueren» canta. Él debe estar igual de enamorado que yo. Ojalá pudiera escribir como él. Sobre la biblioteca tenés muchos libros. Alcanzo a leer en el lomo de uno: *Verónica decide morir* de un tal P. Coelho. Comenzaría por ese otro flaco de un tal Ernesto Sábato: *El túnel*. Te ponés de pie y caminás en dirección a mí. Aparezco de atrás de la biblioteca. Estás temblando. No quiero que te asustés. Los ojos se te ponen raros y te tapás la boca con la mano. Siempre pensé que tenés manos de artista. Empezás a sollozar y me das esa mirada que tanto odio. Se supone que tenés que estar feliz de verme. Deberías hacer una sonrisa como esas de final de película yanqui. Vos sos más linda que cualquier actriz de cine. Al ver el cuchillo en mi mano, comenzás a llorar desconsolada. Comenzás a gritar.

—No, no, no, por favor no —decís arrugando la frente.

Joaquín sigue: «y morirme contigo si te matas / y matarme contigo si te mueres». Eso de morir amando a alguien me causa un cosquilleo en todo el cuerpo. No me salen las

palabras, solo tengo una erección. Con mi índice en la boca, te sugiero que no grites más. Me acerco y te arranco la ropa. Se te aflojan las piernas. Te abrazo con mi mano libre.

—¡Shhhhhhhh!

—Por favor no. Por favor no —repetís con la voz entrecortada.

Tenés una bombacha con mariposas y estrellitas. Te tiro al sofá, te la saco de un tirón y te hago el amor. Te explico que así me siento vivo. Paso mi lengua por tu cara. Tu mirada de ojos de piedra está clavada en el cielorraso. Un camino de lágrimas se dibuja en tus pómulos y tus mandíbulas apretadas. Me enfurezco de saberte tan ingrata. Me salgo y te clavo la primera puñalada en la tráquea. La segunda en el tórax. La tercera en la ingle. La cuarta, la quinta y la sexta en la cara. Me voy a casa salpicado de sangre.

La cara de la luna refleja la luz de un sol ausente, y la echa sobre el camino de tierra. Deán Funes duerme. Los cuervos habrán aterrizado y la espesura de la noche protegerá nuestros secretos con su manto de silencio. Mis ojos se nublan: llorar es como ponerle un velo al olvido.

**Este texto está dedicado a la memoria de Salustiana Rivas Rómoli, asesinada por «El Trusa» Garzón.**

LA POETISA RABDOMANTE, EL PROFETA HEDE  
Y EL NIÑO PERDIDO EN LA PATRIA DEL VIENTO

I

Mamá despreció la vida en sus diez últimos años. Bebía litros de vino en cajas de cartón y tragaba antidepresivos para aplacar su tristeza. Rechazaba de manera rotunda cualquier intromisión, refugiada en la penumbra de su cuarto. La indiferencia inmovilizó sus expresiones y, al final, su suicidio no fue ni elegante ni rápido.

Cuando murió me hundí en la oscuridad. Pasaba horas en mi habitación con la mirada clavada en el techo. No atendí el teléfono, no contesté los *emails*, dejé de asearme y le tomé fobia a los espacios abiertos. «Lo bueno de tocar fondo es que no podés llegar más abajo», me mentí. Enrollaba cigarros de marihuana y los fumaba con la esperanza de cicatrizar mis heridas.

Un día busqué entre sus pertenencias aquel maletín rígido, cerrado con una combinación numérica. Probé con diferentes códigos. No abrió y lo destruí a martillazos. Encontré un camafeo de ágata con el relieve de una mujer de perfil (lo llevo colgado del cuello), y algunas fotos. Entre ellas, una de su fiesta de graduación de la secundaria con un largo vestido rosado y, en sus manos, un ramo de rosas. Otra la mostraba niña con mi abuelo, montados en un caballo tobiano. Había otras de algunos viajes, y algunas más en las que aparecía yo.

Bajo las fotos, en un compartimiento escondido, encontré un cuaderno. Allí revelaba el motivo de su dolor y su deseo de acabar con su vida. Su testimonio produjo una fisura en mi manera de comprender el mundo. Me cambió para siempre. Lo leí varias veces y me tragué la angustia en medio de lágrimas. Entendí su decisión y me maldije por no haber podido detenerla.

Me enrosqué en un espiral de odio. Me levantaba en medio de la noche y apretaba los dientes. Maldecía la memoria de papá. Miraba en el espejo sus ojos y me despreciaba al saberme tan parecido. Quise vaciar su sangre de mis venas.

## II

La ciudad dormía la siesta. Los jardines reverdecían con la calidez de septiembre. Las palomas aleteaban rumbo a las palmeras y yo, sentado en un banco de la plaza Sarmiento, leía los *Versos satánicos* de Salman Rushdie. Había sacado el libro de mi trabajo (soy empleado de la biblioteca). Gibreel Farishta y Saladin Chamcha caían de un avión partido al medio y atravesaban las nubes camino al abismo, en medio de butacas, carritos de bebidas, máscaras de oxígeno, azafatas, pilotos y otros cuerpos.

Sentí que me miraban. Levanté los ojos y vi una rubia de unos veintitantos años. Estaba frente a mí. Bajé el libro. Me miró de arriba abajo. Me pregunté de dónde habría salido. Se me acercó. Sacó de su bolsillo una bola de cristal sujeta a una cadena dorada. La tomó con su mano izquierda y extendió su brazo. Sus manos eran blancas, con dedos alargados y uñas pintadas de negro. La bola quedó colgando. Cerré la novela con el señalador en la página quince (nunca más la volví a abrir).

—¿Qué hacés? —le pregunté.

—Busco un niño perdido.

—¿Qué es esa bola? ¿Es como magia o algo así?  
Negó con la cabeza.

—Suelo encontrar agua y personas perdidas con mi péndulo.

Tres perros jugueteaban en el piso de laja. Se detuvieron, olieron un palo borracho y lo mearon uno a uno. El cristal comenzó a girar. Las ramas de las palmeras se sacudían, pero yo sabía que el viento era incapaz de generar aquel movimiento.

—La señal es fuerte.

Abrió sus ojos azules, adornados por pestañas negras.

—¿Siempre encontrás lo que buscás? —pregunté—.  
¿Cómo sabe tu péndulo lo que estás buscando?

—Intento dibujar en mi mente su imagen. Es como un rompecabezas... —contestó— ... estoy segura que está cerca.

—¿Cerca... cerca dónde? —levanté mis cejas.

—En algún lugar de la Patria del viento.

El péndulo giró con fuerza por unos segundos y se detuvo. Ella suspiró y esbozó una sonrisa de labios gruesos. Repasé sus dientes blancos y alineados. Yo podría besar esa boca, pensé.

—¿Me puedo sentar a tu lado? —preguntó.

Asentí y me desplacé a un costado para darle lugar en el banco de piedra. Guardó la bola en su bolsillo y se sentó.

—Me llamo Eilidora O'Keefe.

—Yo soy Toribio Gómez —me presenté—. Nací seismesino, entonces mi mamá le hizo una promesa a Santo Toribio de Mogrovejo. Vos sabés... la gente promete cosas.

Me contó que había aprendido el oficio de su papá:

un masón de la logia de los rabadomantes irlandeses. Una elite de nómades expertos en las estrellas, las rocas, el agua y el fuego. Su adiestramiento había durado diecinueve años (ese es el tiempo que tarda la luna en marchar con el ciclo solar), y se había especializado en hierbas curativas, poesía y radiestesia.

—¿En qué trabajás? —curioseó.

—Soy bibliotecario —contesté—. Es un trabajo fácil aunque un poco solitario. Puedo leer todo lo que quiera sin que nadie me interrumpa. Y tomo mates, muchos mates.

Le conté que iba a leer en aquel banco de la plaza casi todos los días. No tenía ganas de quedarme en mi casa solo, respirando aquel perfume a pasado. Le dije que desde la muerte de mamá, mi vida se había enrarecido.

—Desde hace un tiempo amanezco con los oídos tapados y dolor aquí— toqué mi esternón—. No es un dolor fuerte, pero es constante. Debo estar somatizando. Vos sabés... a veces la mente te juega una mala pasada.

—¿Has pensado en salir de aquí? Las cosas suelen ser diferentes en otros lugares.

Reconocí que comenzar una vida nueva en otro lugar era una gran idea. Imaginé que sería óptimo vivir en una ciudad pequeña, con mar, donde mis asuntos pendientes no me encontraran con facilidad, y mis zonas erróneas pudieran ser enjuagadas por la marea alta.

—El problema no son los lugares, soy yo. Cargo un lastre pesado —abrí mis palmas—. Tampoco sabría adónde ir.

Algunos autos circulaban alrededor de la plaza. Parecían no tener intenciones de llegar a ningún lado. Las nubes taparon al sol por unos minutos. Poco después, el cielo se abrió. Mostró un fondo azul y se iluminaron las baldosas.

—¿De dónde sos? —pregunté.

—Vengo de un lugar lejano. —Perdió la mirada en el vacío—. En aquel lugar soñé..., mis sueños no regresarán allí.

«Mis sueños no regresarán allí», repetí en mi mente. Al evocar aquel lugar su voz se animó. Sonreía y me hablaba del aroma a leño en los inviernos, de mañanas de sol que entibiaban la superficie del océano. De puertos con barcos repletos de marineros embriagados de nostalgia.

—El viento de Deán Funes me es familiar —manifestó—. Mi viento también se arremolina. Es esquivo y pasional: capaz de soplar pesadillas en tus oídos o arrullarte en las noches estrelladas.

—¿A dónde tenés que ir a buscarlo?

—En aquella dirección —señaló hacia las sierras — ¿Me acompañás?

—¿Por qué no? Además, no tengo otra cosa que hacer —levanté mis hombros.

Metí el libro de Rushdie en el morral, me lo colgué y nos levantamos del banco. Caminamos uno al lado del otro. Pasamos por la plaza San Martín, la terminal de ómnibus y seguimos por el Mural del Viento, a través de la avenida que sale de la ciudad. Ella avanzaba con determinación. Yo no tenía idea del rumbo, pero tampoco me importaba. Saludaba a algunos transeúntes, Eilinora se mantenía indiferente, con sus ojos puestos en el camino. Parecía una mujer determinada, eso me gustaba. Llegamos a la ruta y nos detuvimos. Aguzó su mirada hacia el norte y sacó el péndulo. Lo extendió y cerró los ojos. Inspiró hondo. La bola comenzó a girar despacio, luego lo hizo con tanta fuerza que sentí que el cristal se desprendería de la cadena y nos golpearía la cara. La corriente de aire agitaba su cabello largo y desordenaba el vuelo de unas pocas

golondrinas. Las montañas se veían a lo lejos. Detuvo el péndulo y lo guardó.

—Es por allá —señaló la entrada a un sendero.

Pasamos por una escuela al costado del camino a San Vicente. Dijo que en sus sueños aquel niño pedía ayuda desde el interior de una montaña.

—Aún escucho el eco de su voz contra las piedras —señaló su oído—. A veces se me revelan unos pocos datos. Algunos son simbólicos. En estos casos, la búsqueda puede durar más tiempo.

—¿Hace mucho que lo estás buscando?

—Más o menos.

El camino de tierra estaba agrietado, cercado por unos cuantos piquillines. Sus hojas tiritaban prendidas a las ramas espinosas. La brisa me acercaba el perfume de Eilinora. Debía tener la piel suave. Era tan blanca que el sol había coloreado pecas en sus pómulos. Me pregunté si tendría más pecas en su espalda y en los pechos ocultos bajo su blusa. Imaginé sus piernas desnudas. Sentí deseos de abrazarla. El llano se desplegaba hasta la base de las sierras en tonos verdes y amarillos. Dos algarrobos se erguían en medio del monte.

—Los árboles son generosos. ¿No te parece? —aventuré.

—Tanto como los humanos tenemos de egoístas —sentenció.

Nuestra respiración se agitó durante la subida. Ella se detuvo. Nubes oscuras flotaban sobre las sierras. El resto del cielo se mostraba limpio, aunque perdía brillo con cada minuto que pasaba. Se acercaba el fin de la tarde. Sacó el péndulo. Estiró el brazo y cerró los ojos. Inspiró el aire cálido. La concentración tensaba sus facciones. Imaginé que si el niño estaba cerca, ella podría escucharlo o conectarse con



su desesperación. La bola giró y se detuvo. Eilidora frotó sus ojos con los puños. «Buscar personas perdidas debe quitarle la energía», pensé.

El sol fue cayendo y brilló esa tenue claridad que colorea el horizonte. Respiramos el aroma a peperina y yerba buena y nos deleitamos con el silencio. Me tomó de la mano y me guió hacia una capilla abandonada a los pies de una montaña. Pasamos frente a un cementerio pequeño donde la maleza había sobrepasado las cruces de cemento e invadido las lápidas dispuestas en el suelo. En un lugar como aquel, la muerte es redundante. Pensé en mamá y me detuve.

—¿Por qué te frenás?

—Cuando las personas dejan este mundo se transforman en ausencia. Luego, el silencio comienza su tarea y desfigura los recuerdos. Es como verter un constante hilo de agua sobre un papel.

Eilidora me abrazó. Sentí los latidos de su corazón.

—Sé que te duele, pero nunca le ganaremos a la muerte ni al olvido.

—¿Y si nada de esto fuera una opción? —La miré—. Vos sabés... acá estamos con este rostro, en este tiempo y en este camino que acaba en la base de una montaña, en esta capilla abandonada. Nada de esto fue idea nuestra.

—Muchas veces nuestro mundo decide cosas por nosotros. Vamos montados en un péndulo que se contorsiona entre crepúsculos y gira rumbo al vacío sideral.

—¿Esa es su manera de manifestar su existencia: arrojándose al vacío?

—La vida puede ser un acto de arrojo o de aversión —explicó.

«La vida puede ser un acto de arrojo o de aversión», repetí para mis adentros. Traspasamos el umbral y transitamos el atrio

rodeado de jardines. Las puertas de la capilla estaban cerradas. Desaté el alambre que las mantenía unidas. Un cuervo graznó en la cruz de metal, sobre el campanario. El herrumbre en las bisagras produjo un chirrido. Entramos con cautela. Nuestros pasos sonaban en el piso. Una ermita empotrada en la pared, detrás del altar de roble, mostraba una figura de Jesús. A su lado, una imagen de su madre en tamaño natural, con su rostro blanco de facciones virginales, tristes.

—Todos heredamos la tristeza de un mundo que se arrastra desde el pasado —dijo ella.

—¿Cómo podemos detener el dolor sin renunciar a la vida? —pregunté.

Los bancos alineados contra la pared lucían viejos y descuidados. Los tirantes de madera que sostenían el techo, daban la sensación de venirse abajo. Eilínora se acercó a mí. Afuera, las montañas vigilaban a Deán Funes con sus ojos verdes. La última luz se colaba por las ventanas y revelaba nuestros rostros. Eilínora puso sus brazos alrededor de mi nuca.

—Todos heredamos el mundo de nuestros padres. Pero si queremos, podemos rechazarlo —dijo.

Nos besamos. La tomé de la mano. Besé su cuello, abrí su camisa, besé sus pechos y respiré el perfume de su piel. Bajé sus pantalones y bajé los míos. Le agradecí al cielo y la penetré sobre un banco.

—¿Quién sos? ¡Decime quién sos! —susurré con voz temblorosa.

Me abracé a su cuerpo con fuerza.

—A veces soy esa mujer que camina a mis espaldas. Ella me conoce y yo la conozco a ella. A veces sus tiempos se vuelven míos —explicó con mis manos en las suyas—. Busco niños perdidos y aunque a veces me tardo, siempre los encuentro.

—¿Qué vas a hacer cuando lo encuentres?

Mis ojos brillosos se escondían en la penumbra. Sentí deseos de llorar pero me contuve. Suspiró y me acarició el rostro. Sus dedos olían a azahar. Me contestó al oído:

—Aquella mujer se habrá ido. Nada de ella habrá quedado. Cuando llegue el alba tendremos que construir el olvido.

Sacó el péndulo. Giró con fuerza. Un gato se albergó en el confesionario de madera. Sus ojos resplandecían. No recuerdo más.

Me desperté tendido sobre el piso de la capilla. Eilinora no estaba. Pensé que había sido un sueño. Pero los sueños no dejan perfume. Los sueños no saben a saliva ajena. Uno no se despierta de los sueños con la certeza de haber sido traspasado por un rayo de luz que dejó en penumbras todo lo demás. Caminé de vuelta con un nudo en la garganta. El cielo limpio y la calidez del sol de primavera no significaron mucho para mí.

Me sentí liviano. La angustia había cedido. Recordé su rostro, el sonido de su voz, sus pasos decididos, sus palabras y el halo de misterio que la recubría. Todo había sido tan real y se había evaporado.

Por meses la busqué en Deán Funes. Cada siesta regresé a la plaza con la esperanza de ver aquellos ojos azules. Tan solo necesitaba verla una vez más, decirle que mi alma había cicatrizado. Los meses pasaron, el verano se fue. También se fue el otoño. Cuando llegó el invierno no pude construir el olvido.

### III

Decidí visitar a Manuel Graña Etcheverry, profeta hede, poeta, erudito y maestro en el arte de la memoria. Sus libros

son objetos de culto entre muchos deanfunenses. Aquella mañana en la biblioteca, había repasado algunos de sus ensayos sobre metafísica. También ojeé sus tratados sobre el ritmo en el verso y otros escritos sobre la filosofía poética de Hedalia. Alguien como él podría ayudarme a descifrar aquel misterio.

Caminé hasta su casa una tarde de julio. Algunos transeúntes iban por la calle Santa Fe con sus abrigos gruesos. Una fina llovizna se convertía en escarcha al tocar el suelo. Los alumnos de la escuela de Bellas Artes Martín Santiago salían de sus clases. La mayoría de ellos usaba gorros de lana para evitar que sus orejas se congelaran. El cielo era como una salina gris. Mi respiración se convertía en vapor con cada exhalación. Froté mis manos heladas, me detuve, toqué la puerta y esperé unos segundos en los que contemplé el pulso de Deán Funes.

Don Manuel abrió la puerta. Una ráfaga de aire cálido acarició mi rostro. Vestía un chaleco repleto de bolsillos como esos que utilizan los fotógrafos o los pescadores. Cargaba en su mano un insecticida en aerosol.

—Adelante, por favor —dijo con una voz gruesa, de tenor.

Me guió hacia una mesa atestada de libros, notas y papeles. Me senté. La escasa luz del día se colaba por la ventana de vidrio. Me ofreció un vaso de Sprite que sacó de la heladera. Sobre la mesa había un poema escrito a mano. Era su letra.

El calor de la estufa me hizo olvidar del frío. Barrí el lugar con la mirada y encontré fotos de sus hijos en las paredes. El ambiente olía a madera. Detallé una biblioteca de cedro. En su interior distinguí varios libros del poeta brasileño Carlos Drummond de Andrade. Manuel había traducido al castellano toda su obra y conquistado el amor de su única

hija, María Julieta, aunque ella había muerto hacía mucho tiempo.

—Tu visita es inoportuna...No es que no te quiera recibir —se justificó—, pero yo había preparado todos los elementos apropiados para iniciar un combate frontal contra las hormigas que me están devorando el jardín —pronunció una sonrisa—. No creas que es una lucha fácil. La dejaré para mañana.

Don Manuel se sentó y apoyó sus antebrazos sobre la mesa. Le pedí disculpas por haber aparecido tan abruptamente. Le expliqué mi situación. Bebí unos tragos de gaseosa helada (sabía deliciosa). Le hablé de la aparición de Eilinora, de su búsqueda del niño perdido, de nuestro amor fugaz y su desaparición.

—Sus últimas palabras fueron: «tendremos que construir el olvido» —le conté—. Como puede ver, no lo he logrado; por eso estoy acá. De hecho, la recuerdo cada vez más. Ella se fue sin dejar rastro, así como el viento.

—Entiendo —dijo y se tomó el mentón.

Se levantó y buscó en la sección de libros raros de su biblioteca. Trajo uno de Yüan Luang: *Méthode pratique de Divination Chinoise*. Se sentó de nuevo y leyó con prisa algunas hojas. El libro parecía muy viejo.

—Este ejemplar se ha salvado del «bibliocausto» de la Inquisición. Muchos de mis libros raros son de artes ocultas, conseguidos en el mercado negro. Mis preferidos son los chinos —explicó—. Este, por ejemplo, revela en uno de sus capítulos, que existen seres que transitan entre dos mundos y son capaces de provocar salvación o condena.

—¿En serio?

—¡Claro! Caminan entre nosotros pero solo unos pocos pueden reconocerlos.

Mencionó otros libros sobre eventos extraordinarios y hasta citó varios fragmentos de ellos (don Manuel es conocido por poder recitar de memoria más de diez mil poemas). Me habló de algunas posibilidades más, pero nada nos acercaba a Eilínora O'Keefe.

Comencé a perder la fe y a reconsiderar mi obsesión por el tema. Manuel entrelazó los dedos de la mano y jugueteó por unos segundos, rozando los pulgares.

—Toribio... —dijo— ... cuando suceden encuentros inexplicables como aquel, se puede tratar de una intervención del cosmos —agregó con tono grave.

—¿Una intervención del cosmos? —Levanté mis cejas.

—Así es. El tema de las poetas rbdomantes se ha tratado, aunque de manera austera, en el libro de Jean Marques Riviere: *Amulettes, Talismanes et Pantacles*.

—No creo que ella hubiera sido así, don Manuel —dije.

—Puede que no lo creas, pero hay algunos testimonios de «interventores» como ella en *La poética del Ciclo del Ulster* y *El Ciclo de Ossian*, ambas piezas fundamentales de la literatura druida.

—No sé qué decirle —rasqué mi cabeza—. Es todo muy confuso.

—¿Te gusta el ajedrez?

—Me encanta —enfaticé.

—Te propongo que juguemos una partida, y por el momento, nos olvidemos del tema. A decir verdad —tamborileó los dedos en la mesa—, no estoy listo para darte una respuesta en el caso de Eilínora O'Keefe.

Comprimí los labios en señal de resignación. Acepté jugar aquella partida y pensé que sería un buen descanso. Manuel se levantó y buscó una caja de madera. Abrió una

tapa corrediza y desplegamos los respectivos ejércitos sobre el tablero nacarado. Yo jugué con piezas de madera clara, él con las de madera de ébano. Buscó un CD de Ica Novo, lo puso en el equipo y escuchamos *Músicos del nuevo mundo*. Le siguieron: *Gato de Cosquín*, *La repiqueteada*, *Verdes infinitos*, *Para don Pedro Vergara*, *Persiguiendo al viento* y otras más.

Permanecimos el resto de la tarde abocados a la partida. La noche nos halló frente a frente, concentrados. Pensé que mi ventaja material (contaba con un alfil y dos peones más), me posibilitaría la victoria, pero Manuel lanzó un ataque repentino sobre mi rey enrocado. Avanzó con un peón por una columna abierta hasta transformarlo en dama. Decidí darme por vencido y abandonar. Fue una gran partida a pesar del resultado. No sentí ganas de volver a casa, pero igual me puse de pie.

Le agradecí por su tiempo y su intento por ayudarme con aquel enigma. Nos dimos un apretón de manos y me acompañó hasta el umbral de su casa. Un joven fresno plantado en la vereda se sacudía de un lado a otro por un viento que silbaba. Pensé en la vida y su manera de eslabonar los eventos con signos que pasan inadvertidos, y en las intervenciones que sacuden nuestro mundo. En algún momento de nuestra existencia, somos como un árbol delgado que se bambolea a merced de la intemperie. Pide auxilio, al igual que un niño perdido en el interior de una montaña.

Caminé por la vereda y escuché su voz a mis espaldas:

—Ya sabrás quién es el niño. ¿Verdad Toribio?

Miré hacia arriba. La noche revelaba universos lejanos, billones de posibilidades encendidas en el cosmos.





## EL REPERTORIO

Quito la tranca de una reja verde y atravieso la galería por un sendero que cruza el jardín. El sol alumbra los ladrillos de la fachada alta invadida por el musgo, y un rosal y un limonero echan su sombra sobre la grama. Abro la puerta y entro a la casa. Recorro un pasillo largo y atravieso una sala que huele a viejos recuerdos de mi juventud. Las risas de las guitarreadas y las noches de bohemia de aquel entonces se han evaporado. Percibo un ronroneo: el tubo fluorescente emite una luz fría que pone en evidencia las manchas de humedad de las paredes. ¡Pucha, cómo ha pasado el tiempo! Inspiro bien profundo, cuento hasta tres, giro el picaporte y abro la puerta del cuarto. Una enfermera llamada Ana hojea la revista *Caras* sentada con las piernas cruzadas. La mañana ilumina las sábanas celestes y calienta el lecho donde yace Victorino. Voy hasta él y contemplo sus ojos cerrados. La respiración irregular emite un silbido.

—Te estuvo esperando —dice Ana y cierra la revista. La pone sobre otra silla. En la portada, una actriz famosa exhibe su cuerpo semidesnudo con un mar azul de fondo—. Repitió durante toda la noche: «¿Cuándo viene Pichón?».

—¿Cómo está?

Ella se acerca y me contesta en el oído.

—No durmió en toda la noche. Se ha quejado mucho y ha tosido sin parar. Llamé al doctor Barbosa hace unas dos horas.

—¿Qué dijo? —pregunto en voz baja.

—Que no hay nada más que hacer, que los dolores serán cada vez más fuertes. Dijo que esta es la última fase. Pobrecito —muerde sus labios.

—Hace tres años que dicen que está en la última fase —niego con la cabeza.

Tomo su mano con suavidad para no despertarlo. Al final de la manguera del suero, cintas adhesivas, pegadas en cruz, sujetan la aguja incrustada en sus venas. Su frente esta surcada de arrugas. Una mosca revolotea y se asienta sobre su barba blanca de varios meses que avanza hasta el comienzo de su cuello. Abre los ojos.

—Este colchón no me deja dormir —su voz suena rota.

Éramos compañeros de banco en el colegio secundario (el Instituto Técnico Fray Luis Beltrán). Fuimos juntos a pedir laburo y enganchamos con el ferrocarril. Hemos animado las farras con nuestras guitarras en muchas oportunidades. Victorino me miraba con los ojos enrojecidos y decía: «Pichón, el día de fiesta tiene que ser diferente a cualquier otro día. Cuando sea igual a los otros, ya no será especial». En las noches silenciosas de Deán Funes lanzaba su voz desde el pecho, la endulzaba en su garganta, y volaba hecha copla con el viento, hasta llegar a los oídos de aquellos afortunados que lo percibían. Su esposa Monona falleció hace dos años de un ataque al corazón. Bruno, su hijo, se fue a trabajar a una fábrica de cocinas a Buenos Aires en la década de los ochentas (hace más de treinta años). Ascendió posiciones hasta convertirse en gerente. Aprendió a jugar al golf y no ha vuelto por el pueblo.

—Se te ve mejor —miento.

—Menos mal que no va a llover, Pichón. —Me siento

en una silla de madera cerca de la cama—. El frío no los va a parar, pero la lluvia sí.

Se lleva la mano al pecho. Cierra los ojos con fuerza y arruga el ceño.

—No creo que llueva. Y si llueve, todos irán.

Sus ojeras son cada vez más oscuras. Otra ráfaga de tos lo toma por sorpresa. Victorino convulsiona varias veces. La enfermera se levanta y lo pone de costado. Alinea la palangana debajo de su cabeza. Victorino escupe. Le limpia la boca y lo acomoda en la posición original. Lleva la palangana al baño, la enjuaga y la deposita bajo la cama.

—Vuelvo a la medianoche, Victorino —se despide Ana metiendo la revista en su cartera. La cuelga en hombro y camina hasta la puerta.

—Mejor no vengas, Anita. Mañana voy a estar bien —dice Victorino.

Ana me da una mirada y niega con la cabeza. Rompo el contacto visual. Sale y cierra la puerta.

—Pichón, empiecen con una chacarerita. Puede ser *La chuncana* de Ica Novo —indica Victorino haciendo un esfuerzo. El aire apenas entra en sus pulmones.

—Después pueden cantar *Maldito ángel* de Germán Cosutta. Esa me gusta y no hace falta que te diga por qué —dice en medio de la tos. Las venas de su frente se inflan. Es otro ataque persistente—. Avisale a los hermanos Novillo, a Fiorelo e Irma Levis y al Beby Brunetti. No quiero que falten.

Sobre el respaldo de la cama hay un póster con el equipo de Independiente de 1984. La foto fue tomada en Tokio, cuando «El rojo» se consagró campeón de la Intercontinental contra el Liverpool. Parados aparecen: Bochini, Percudani, Barberón, Burruchaga, Villaverde y Goyén. Acucillados: Trossero, Giusti, Clausen, Enrique y Marangoni.

Afuera, un jilguero canta unas notas y el silencio regresa con fuerza. Extiende las sábanas de Victorino mientras pienso en la vida y su trajín. Comenzamos resplandecientes. Llevamos nuestro cuerpo erguido a todos lados alentados por el orgullo de la juventud. Absorbemos las expectativas del mundo, hasta que comienzan a arquear nuestra espalda con su peso. Al principio lo sospechamos y luego lo confirmamos: no somos eternos. La inocencia desaparece junto con las fábulas infantiles y aprendemos a aceptar la decadencia. Descubrimos que humanidad es vulnerabilidad. Perdemos el brío librando una batalla imposible de ganar y nos desilusionamos al distinguir la línea de llegada. Atrás duermen sueños truncos. Alrededor encontraremos porciones de nuestro mundo: las personas amadas y otras para las cuales significamos tan solo una bolsa de huesos que adorna la calle. Un resplandor atrae nuestra vista y, envuelta en un halo, la parca ríe su carcajada con pómulos y maxilares inexpresivos. El sonido de su maldición llega desde cuencas sin ojos, desde la oscuridad infinita. Viste un kimono holgado. En una mano sujeta la hoz y en la otra agita una bandera a cuadros.

—*Mandinga y el guitarrero* de Marcelito Bartolomé. Esa también la pueden cantar. —Hace un silencio y me consulta—. Invitemos al mejor bombisto de Deán Funes. ¿Podés llamarlo a Pedro Pacheco?

—Por supuesto, Pedro está en el pueblo —respondo.

El aire huele a enfermedad. Es un olor dulzón mezclado con alcohol evaporado. La luz de la mañana alumbra las paredes mal pintadas. El suero cuelga de un armatoste de metal. Mis manos tiemblan y mi boca está seca. Saco del bolsillo cinco ampollas de diez gramos de fentanilo que conseguí de forma ilegal en una farmacéutica.

—¿Cómo será, Pichón? ¿Te lo imaginás?

Frunce el ceño, muestra los dientes y contiene el aire.

—Tiene que ser mucho más tranquilo que acá. Independiente debe ganar todos los domingos. Hay asado y guitarras. Los que se fueron nos esperan.

Quiebro la ampolla e inserto la aguja en la boca de vidrio roto. Transfiero la droga al receptáculo de la jeringa. Miro a través del plástico y trago saliva. Rompo otra más y repito la operación con las ampollas restantes. Presiono suavemente el émbolo hasta que el contenido rebalsa en la punta de la aguja.

—¿Por qué venimos al mundo, Pichón? ¿Te lo preguntaste?

—Venimos, hacemos lo que podemos y nos vamos. Así es. Nadie tiene la culpa.

—No. ¿No? —se cuestiona con la mirada perdida en el techo.

Me acerco a su cara y nos miramos en silencio. Levanta sus cejas gruesas. Abre los ojos verdes, inspiro y largo el aire. Inyecta la droga en el suero ante su mirada. Mi mano tiembla. Guardo en una bolsa de residuo las ampollas y la jeringa.

Victorino relaja sus facciones, mueve sus pies metidos bajo las sábanas, extiende las palmas y sonrío. Su labio inferior tiembla. La gravedad ha embutido su cuerpo en el colchón. Haber estado postrado por tantos años le ha causado heridas en la piel. Sacude la cabeza de un lado a otro como si escuchara una zamba.

—Otra que pueden cantar es una zambita carpera que se llama *Noche, sin ella* de Marcos Manzur y Claudio Pacheco —dice y tose con fuerza.

Se ahoga por un instante. Traga flemas. Su nuez de Adán se desplaza hacia arriba y abajo. Abre los ojos y me deja ver sus pupilas dilatadas. Los músculos faciales lucen relajados,

aunque el silbido de la respiración se ha acentuado. Suspira. Imagina que canta en una ronda de amigos. El latido de su corazón se mezcla con los repiques de un bombo legüero. O ha vuelto a su niñez y juega a las escondidas, corriendo por los callejones del pueblo, o su primer amor le agradece con un beso aquellas quince rosas que mandó para su cumpleaños. O tal vez, se regocija cuando suena el pitido de un tren llegando a la estación, repleto de pasajeros.

—*Como ninguna* de Martín Bravo y Alejandro Gobbi —dice y exhala otro suspiro. Intenta humedecer con la lengua sus labios agrietados—. Me gusta cuando empieza la segunda parte: *Viento y tierra / sol y luna / el olorcito a tomillo / me lleva a Tulumba* —canta con dificultad el fragmento y una lágrima cae por el rabillo de su ojo—. Pichón, no dejes entrar a ningún político. Quiero que haya gente auténtica y de corazón noble. —Comprime los labios—. ¡Ah! Y debo treinta pesos en el mercadito de Guido. Es un gran chico, muy laborador y siempre me ha aguantado. Haceme el favor Pichón, dáselos.

Su sonrisa se transforma en una mueca vacía. Tal vez camina por una alameda acariciando los churquis. Se da impulso y su cuerpo levanta vuelo. El viento se cuele por sus manos extendidas y toca su rostro. Atrapa con sus manos los cometas y los lanza para iluminar el horizonte de Deán Funes. Desde el espacio sideral observa las calles como rayones sobre una alfombra de colores. Escucha bombos y violines. Sabe que lo esperan los vidaleros, arriando las estrellas con su canto a través de un cielo immaculado.

—Hermano, acordate: no me voy a morir dos veces. Este velorio tiene que ser un éxito.

Sus ojos miran hacia el costado. Su boca abierta muestra sus dientes amarillos y emite un ronquido largo y constante.

Me cuesta tragar saliva aunque siento que he honrado su voluntad. Seco sobre las sábanas mis palmas bañadas de sudor. Me acerco y beso su frente, aún tibia. A las diez y cuarenta del diecisiete de junio, Victorino emitió el último estertor.

—Suerte mi hermano. Te veo pronto —digo y cierro sus párpados con mi mano.

Lo vestí con su camiseta de Independiente, como habíamos acordado. Arreglé los detalles con la funeraria. Lo vinieron a buscar en un Ford Fairline negro y lustroso, de seis metros de largo. Lo velamos en la cooperativa de servicios, y la procesión salió desde el salón de la mutual hacia el cementerio. Además de familiares y amigos, vinieron músicos de Jaime Peter, Chuña, Quilino, Tulumba, San Pedro y San Vicente. Cuando pasamos por debajo del túnel del Boulevard Mitre, el tren detenido pitó la bocina. Todos sonreímos cuando vimos a Zanahoria Albornoz, zapateador y maquinista, porque supimos que había secuestrado una locomotora para ofrecer sus respetos. Parado en los estribos, su colega ferroviario saludó con una gorra apretada contra el pecho. Por un sendero con pinos azules llegamos hasta el nicho número doscientos veintitrés, en el cuadrante sur oeste del cementerio de Deán Funes, donde yo también iré a parar. Cantamos todas las canciones del repertorio que él eligió (las anoté con cuidado en una vieja libreta de almacén). Al regreso del cementerio me detuve a pagar su deuda en el mercado.

—Él me pidió que te pague, Guido —le entregué un rollo con tres billetes de diez pesos.

—Lo siento mucho por tu compadre.

Honramos su partida entre cantos, llantos y risas. Pasamos el resto del día celebrando su memoria y contamos sus anécdotas. Cantamos en su patio de tierra, techado con una

parra de cien años, bajo el álamo carolino en el que Victorino tocaba su guitarra y cantaba. Durante la madrugada el vino aumentó la nostalgia y los asistentes comenzaron a abandonar la casa. Me quedé solo. Apagué las luces. Cerré la puerta con llave y crucé la verja. Los limones aún estaban verdes. Miré el amanecer con los ojos cansados y le dediqué una sonrisa al cielo. Siempre vuelvo a regar sus rosales y cuidar la casa. En las noches toco la guitarra que él me dejó: una *Antigua Casa Nuñez* de madera envejecida y clavijero herrumbrado, encordada de recuerdos y farras. Su caja ha sido templada por manos de amigos que ofrendaron su canto desvelado. Al rascarla, siento que mi amigo me acompaña. Vuelvo a poner flores sobre su tumba y repaso el epitafio que le escribí: «Aquí descansa un guitarrero».



## UN MUNDO INFELIZ

«La población óptima es como el iceberg:  
ocho novenos bajo el agua y uno por encima.»

Aldous Huxley

—Hola. Pasame con ella, me quiero despedir.

Limpio mi garganta y exhalo. Tengo miedo, pero la furia se impone.

—Hija, quiero decirte que sos lo mejor que me pasó en la vida. —Lo digo con voz cortada mientras camino a esconderme detrás de la estatua de Cándido Tejada—. Esto lo hago por vos, ¿sabés? —Miro la holografía de Tejada y aprieto los puños—. Recordá estas palabras hija: todo cambio necesita de nuestra valentía. Cuando mirés mis fotos quiero que recordés a tu papá como alguien a quien le importó tu felicidad. Alguien que te amó profundamente y se encontró en una situación difícil. —Hago una pausa mientras amarro la dinamita a mi cuerpo. Escucho la voz de mi hija como una música celestial. Me cuenta que está jugando con una amiguita. Que su mamá recién ha venido de buscar un vale de carne y otro de gas para cocinar. Mi hija me pregunta a adónde voy. Hago silencio y aprieto las mandíbulas. Mis ojos están nublados. Tomo aire, quiero decirle las últimas palabras pero no puedo. Lo intento mientras preparo el detonador. Hago una última conexión con unos cables que se envuelven al explosivo.

—Voy a hacer justicia, hija mía. Ojalá te sirva —le respondo con la voz cortada—. Nunca te olvidés cuánto te ama tu papá.

\*\*\*

Minuto a minuto se fuga la tarde. El crepúsculo de junio exhibe un cielo celeste con nubes teñidas de colores irreales. Me recuerda la paleta de Pedro Ponce de León, el famoso artista plástico nacido el siglo pasado. Escucho un estruendo y levanto mi vista. El avión desodorizador (propiedad del ministro de Asuntos Ocultos), Héctor «Virus» Lein, surca el cielo aliviando el hedor de los *feedlot* que invade el pueblo. Algunos de los ciudadanos reunidos frente al escenario dejan de presionar los pañuelos contra sus narices. Otros agradecen a Dios y llevan sus palmas hacia el cielo. Esta vez el gobierno eligió un perfume diferente para fumigarnos. Aspiro y me parece notar unas notas de lavanda. Un cartel de tela atado a la cola del avión se agita. Detallo la frase: «Gestión Tejeda, el astro rey que nos mantiene vivos».

Se encienden las lámparas de la plaza de Los Tordos. Echo un vistazo por el centro del lugar. El guano de las aves suena como lluvia sobre la tela de algunos paraguas. Los tordos se ocultan en los pinos, los palos borrachos y las palmeras. Sus cuerpos forman un follaje negro y ruidoso. De acuerdo a la ordenanza con fecha de noviembre de 2030, estos pájaros se declararon aves sagradas y reemplazaron la figura del tren en el escudo del pueblo. Una estatua de Cándido Tejeda, el intendente vitalicio, se erige a tres metros de donde estoy parado. Un hombre harapiento lustra la estatua con frenesí. aguardamos su llegada para escuchar el discurso anual donde se reafirmará como gobernante absoluto del pueblo. En el escenario iluminado un grupo de personas trabaja en los preparativos del acto. Se mueven de prisa, nerviosos. El viento arrastra hasta mí un papel. Se parece a un periódico.

Lo piso. Impido que se vuele. Asiento en el suelo mi mochila y me agacho a recogerlo. Esta debe ser la portada. La foto abarca casi todo el frente. Me detengo en la fecha: 15 de junio de 2059. «*Así fuimos*», propiedad del propagandista oficial Lucero Aliguieri, muestra al funcionario titular de obras públicas (también designado vitalicio desde aquel decreto municipal de agosto de 2012). Aparece con una pala en la mano. Detallo su reloj de oro y una sonrisa forzada. Inaugura la segunda etapa de la red cloacal urbana, anunciada doscientas cuarenta veces desde las últimas elecciones democráticas del 20 de junio de 2011.

La gente joven piensa que Deán Funes siempre fue así. Mi madre, una militante reaccionaria, me contó la historia. En aquel entonces, Cándido Tejeda acumuló el dinero de los fondos de cultivos coparticipables sumado al de los impuestos de los contribuyentes. Compró la voluntad de la mayoría de los pobres a cambio de vales por comida y luz. Lanzó un referendo que cambió la historia del pueblo. Los obligó a marcar el «SÍ» en el espacio en el que se preguntaba si podía gobernar de manera indefinida. Anuló la carta orgánica municipal y prohibió a los medios que hablaran de ese tema. Los empleados de la municipalidad fueron amenazados, y muchos otros fueron coaccionados y silenciados a cambio de favores y dádivas. La prensa se corrompió y los pocos buenos periodistas se alinearon con el gobierno. Fue durante el 2013, tres años antes del asesinato de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner a manos de un matón del sindicato de camioneros.

¡Cómo ha pasado el tiempo! Si mi padre estuviera aquí le pediría que me cuente el resto de la verdad. Pero ya no podrá. Un mafioso pagado por Tejeda le pegó hasta matarlo cuando lo encontró pegando carteles de protesta. Luego el

matón se convirtió en su mano derecha. Hoy es su secretario y vocero.

El volumen de los murmullos aumenta. Cuento, a golpe de ojo, unas ciento cincuenta personas agrupadas. El Comisario del Humor Popular les reparte unas banderas con la imagen de Cándido Tejeda con una leyenda: «*No temas, siempre estaré, como el sol*». Una mujer sin dientes recibe una.

—¿Qué dice esto que nos dan? —pregunta a un hombre parado a su lado.

—No lo sé. Yo tampoco sé leer.

Un niño desabrigado exhibe signos de desnutrición. Su madre lo abraza y lo besa en la cabeza. A su lado una anciana sostiene un vale por mil watts de luz, dos chapas, una botella de vino y dos kilos de asado, firmado por la cabeza del Ministerio de la Generosidad, Abraham Madera. El estiércol salpica sobre las lajas y mancha mis zapatos rotos. Levanto la mochila del piso y me la tercio. Hay un cordón policial alrededor de la plaza. Del otro lado, gente con antorchas quema neumáticos. Insultan al intendente vitalicio. Los más de mil uniformados, unos al lado de otros, forman una cadena humana infranqueable. Usan cascos con viseras blindadas y agitan sus cachiporras en tono amenazante. No pueden impedir que los manifestantes les arrojen piedras que impactan sobre sus escudos. Alcanzo a escuchar una canción de protesta encendida en su voz: «*Queremos otro sol / con este tenemos frío / con este hay miseria y hambre*».

Un anciano de noventa y cinco años de rostro demacrado aparece en una silla de ruedas empujada por una enfermera. Detrás de él van apareciendo, uno a uno, los ministros. Primero lo hace el ministro de Asuntos Ocultos, luego el ministro de Programación Neurolingüística, luego el ministro de Daños Colaterales, y al final el ministro vitalicio

de Obras Públicas acompañado por el ministro de Gestión de la Pobreza. Junto a los ministros, se hacen presentes los concejales vitalicios. Un cartel se enciende con el comando: «**Cantar fuerte**». La gente comienza a entonar el himno a Cándido Tejada que suena desde los parlantes: «*Porque gracias a Cándido / vivimos sin heridas / Gracias a Cándido / el pueblo se ilumina / Loas a Cándido, nuestro astro salvador*». La canción se detiene. El viejo ostenta una sonrisa tenue congelada por el bótox y las cirugías. Da la sensación de alguien noble. Tejada viste saco y corbata a rayas. Encima de él brilla una de las quinientas holografías distribuidas en todo el pueblo con su rostro de perfil. Bajo su imagen distingo la leyenda que tanto he leído a lo largo de mi vida: «*Agradecemos al sol por su presencia infinita*». Un asistente del gobernante conecta un micrófono a la mesa de control. Otro arrastra la estructura de aluminio hasta el lado del anciano. Un joven enciende la lámpara votiva y las llamas serpentean arrojando borbotones de humo gris. Un cartel luminoso con el comando: «**Aplaudir**», se enciende. Las personas bajo el escenario aplauden de forma tímida. El comisario del Humor Popular se acerca a un hombre y le indica con un gesto amenazante:

—Deben aplaudir más fuerte si quieren cobrar la dádiva, mierdas.

El puntero político asiente con una genuflexión. Un asistente con auriculares opera los canales de audio desde abajo del escenario. Un sonido de hélices cortando el aire tapa el rumor de los presentes. La multitud se abre y un helicóptero pintado con la imagen de Cándido Tejada desciende como una bestia mitológica. Aterriza en el centro de la plaza. Se baja un hombre de unos setenta y cinco años. Camina hacia el palco con su celular en la oreja. El helicóptero levanta vuelo, desparrama las hojas amarillas de los árboles y desaparece. La

gente se acerca al hombre. Sin dejar de hablar por teléfono, él les entrega algunos vales de carne, de gas, de luz y de vino. Los va sacando del bolsillo de su saco de tela italiana. Su camisa clara contrasta con su traje negro y zapatos de charol que brillan con la luz de los reflectores. Sube las escaleras y se acerca al lado de Tejada. Le pone una mano en el hombro, lo acaricia como a un perro manso.

—El ministro Madera hace unos meses estuvo dando vales en mi barrio —dice una mujer a mi lado.

El ministro de Generosidad carraspea y limpia su garganta, toma aire, echa una mirada alrededor, acerca su boca al micrófono y comienza su discurso:

—Queridos habitantes de Deán Funes, efectuaré algunos anuncios en nombre de nuestro glorioso intendente, quien no puede pronunciarse por causa de su mudez. Sin embargo, él ha decidido viajar para estar presente en este evento. Como ya sabemos, nuestro sol, Cándido, se mudó a Quilino, una ciudad que tiene los equipos médicos que su frágil salud necesita. Estos equipos pronto serán una realidad en nuestro pueblo. Sin embargo, Dios es grande y nos ha dado este sol para muchos años más —dice mirando al anciano con ternura. Un letrero luminoso con el comando: «**Aplaudir fuerte**», se enciende. Los presentes aplauden con todas sus fuerzas, mientras el comisario del Humor Popular revisa las palmas batientes del pequeño grupo de personas. El cartel se apaga y el ministro de Generosidad sigue su discurso—. Como todos sabemos, el mundo fue arrastrado a una situación apocalíptica que repercutió en Deán Funes, y obligó a nuestros jóvenes a buscar trabajo en otras ciudades. Gran parte de ellos emigró a Guanaco Muerto y muchos otros lo hicieron a Agua Hedionda. Algunos más eligieron Villa Tulumba, convertido en el primer pueblo privado de

nuestra provincia, comprado por nuestro amigo, el intendente vitalicio y terrateniente don Isidoro Méndez. —Toma aire y continúa—. Es un placer estar frente a ustedes. Por más que hayan cerrado las industrias y hayamos quedado solo cinco mil habitantes, acá estamos para seguir gobernando, aunque sea para esos pocos buenos y valientes que se atrevieron a quedarse. Y hoy tengo anuncios excelentes mis queridos deanfuneses: ¡Por fin se hizo realidad el proyecto de instalación de máquinas expendedoras de dádivas en todos los barrios! El mundo ha evolucionado mucho y como no somos ajenos a este progreso, utilizaremos esta tecnología para nuestra gestión. Esta idea brillante se le ocurrió a nuestros concejales vitalicios y pronto será una realidad. Ya estamos gestionándolo, al igual que la fábrica de vodka rusa que se instalará en breve. —Acaricia la cabeza del anciano gobernante que tiene los ojos cerrados. Parece sumido en un sueño profundo. La enfermera le limpia la baba que le cae en la solapa del saco y el ministro continúa—. Después del brutal asesinato del último defensor del pueblo, empalado en la plaza por terroristas anti-gobierno, el pueblo necesitaba una voz. Nuestro sol, Cándido, designó uno nuevo. Él se encargará de decidir cuáles son las cosas de las que deben defenderse. Porque estamos todos unidos y unidos podemos. Unidos pareciera que fuéramos muchos más. —Acentúa las últimas palabras y el cartel se enciende con el comando: «**Gritos y aplausos**». El comisario del Humor Popular arenga al pequeño grupo de personas. Los gritos de los manifestantes se escuchan cada vez con más intensidad—. ¿Cuántas veces hemos tenido que prescindir de nuestra energía porque es cara? Pronto instalaremos un dique subterráneo con aguas de deshielo de la cordillera para abaratarla. Pero les tengo una sorpresa, mis queridos

deanfunenses. Porque hemos demostrado a lo largo de todo el siglo veintiuno que somos la única opción, queremos decirles que nuestro equipo técnico ha conseguido hacer realidad un sueño que hasta hace unos años parecía imposible de imaginar. Y como nos enorgullece contribuir a la felicidad de nuestro pueblo, quiero anunciar hoy mismo, la futura instalación de cabinas simuladoras de progreso. Estarán ubicadas en las plazas. Cuando entren a ellas verán fuentes de trabajo, salud, educación buena, calles asfaltadas, viviendas propias y la posibilidad de defenderse en la vida para que sea digna de ser vivida. Todo esto será una realidad: las cabinas simuladoras de progreso estarán instaladas en junio de 2060. —Se prende una vez más el cartel, esta vez con la leyenda luminosa que indica: «**Ovación**». La gente grita y aplaude. El ministro continúa hablando de las cabinas y luego le cede la voz al ministro vitalicio de Obras Públicas. Este habla de una pista de nieve artificial que se construirá en las sierras, de la creación de una torre de avistaje de ovnis y algunas otras cosas que ya no logro escuchar con atención. Los demás políticos lo siguen con una sonrisa satisfecha.

La furia en los cantos de los manifestantes opaca la voz del ministro. Los policías agitan sus cachiporras y lanzan algunas granadas lacrimógenas. La resistencia del pueblo canta con más fuerza todavía. Nadie huye a pesar del humo y las lágrimas. Tomo mi mochila y la abro. El perfume a lavanda del avión desodorizador se ha desvanecido y el olor a bosta de vaca parece impregnar todo el universo. Un niño descalzo pisa el guano de tordo. Mi mamá me contó que Deán Funes era un jardín. Un lugar de gente alegre en el que había dignidad, solidaridad, la posibilidad de ganarse la vida y respeto por el prójimo. Siempre repetió que por donde



caminaras era posible respirar el aroma a pino. Hoy en día las personas lucen cabizbajas e indefensas. Parecen esclavos lamiendo sus cadenas.

Saco el celular y hago el llamado. Hablo con mi hija. Corto la llamada, guardo el teléfono en el bolsillo y camino despacio hacia el escenario de la plaza. Sudo. Ya no escucho sus voces. Solo veo la expresión de sus caras. Todos los ministros y concejales se palmean los hombros. Cándido Tejeda duerme. Parece estar muerto. Eludo la seguridad y me acerco. Cierro los ojos. Pienso en un mundo mejor para mi hija. Aprieto el botón rojo.



## ÍNDICE

PREFACIO .....	11
EL PAN DE LOS ATALA.....	13
LOJAIJÚ .....	23
PINTOR DE MI ALDEA.....	29
CAMINO AL FESTIVAL DE LA TRADICIÓN .....	41
MARATÓN .....	53
LA FUGA DE NATALIA ZABALA .....	79
EL ÚLTIMO VIAJE DE MALDJ .....	87
LA MIRADA DE GABRIELA .....	105
EN EL NOMBRE DEL PADRE .....	117
EL VELO DEL «TRUSA» GARZÓN .....	127
LA POETISA RABDOMANTE, EL PROFETA HEDE Y EL NIÑO PERDIDO EN LA PATRIA DEL VIENTO .....	131
EL REPERTORIO .....	145
UN MUNDO INFELIZ.....	153



Se terminó de imprimir en  
Compañía de Libros S.R.L.  
en el mes de marzo de 2012





